Ecos de
Jaime Salazar Robledo



Perfil biográfico y un asomo a las narrativas fundacionales de los barrios de Pereira

Carlos Vicente Sánchez H.

ECOS DE JAIME SALAZAR ROBLEDO

Perfil biográfico de Jaime Salazar Robledo y un asomo a las narrativas fundacionales de los barrios de Pereira

Por: Carlos V. Sánchez H. Cavisa

Ecos de Jaime salazar Robledo
ISBN: 978-958-52651-2-7

Dedicado a todos los políticos y líderes sociales asesinados, no importando su ideología, y cuyos crímenes aún permanecen impunes y a sus familias que esperan aún justicia

A la familia Salazar Sierra.
A Patricia Salazar Sierra y Juan Antonio Ruiz Romero.

Agradecimientos a la maestría en historia, a Jaime correa de la Universidad Tecnológica de Pereira.

A Isabel Cristina.

ÍNDICE

Introducción 9

Capítulo 1: La 21 13

Capítulo 2: La Pulga 33

Capítulo 3: Crecer 61

Capítulo 4: Directorio del Cambio Social 77

Capítulo 5: Azul 89

Capítulo 6: Las invasiones santas 125

Capítulo 7: Algunas narrativas fundacionales de los barrios de Pereira 163

Capítulo 8: Los ecos 225

Conclusión 263

Recomendaciones 267

CONTENIDO

Introducción

Cap. I: La 21

Beatriz y Abelardo Jaime el hijo Martha y Jorge Patricia

Cap. II: La Pulga

La espalda de Jaime

Cap. III: Crecer

El colegio

Pablito

Comandos al ataque

Cuellar y el "sargentón" afortunado

La corbata azul

Cap. IV: Directorio del Cambio Social

Cap. V: Azul

La universidad El directorio

Jaime Salazar declinó ser gobernador

Cap. VI: Las invasiones santas

Refundación

Cap. VII: Algunas narrativas fundacionales de los barrios de Pereira

La comuna del río

Bóvedas
Río de sangre
Cuba
Las brujas del palomar
500 firmas
Enio Quiceno
Puños de cemento
Estatua en pedazos
El túnel de Plumón
Altagracia o la loma de la felicidad
El poblado comunidad viva
La maldición de San Nicolás
Cap. VIII: Los ecos
La emisora Ecos
Testimonios
Conclusiones
Recomendaciones

Introducción

La historia del siglo XX en Pereira no puede pasar de largo sin que se analice, no solo para la memoria, sino para la comprensión misma de algunas estructuras culturales anquilosadas en el ADN pereirano, lo que representó la figura política del señor Jaime Salazar Robledo, importante dirigente conservador, con gran influencia en los estamentos de gobierno, pero sobre todo entre las clases marginadas, que cuatro décadas después de su violenta muerte, aún lo recuerdan.

En este trabajo investigativo, se han realizado entrevistas con compañeros de causa y amigos de la época, así como con detractores políticos, ex alcaldes, habitantes fundadores de Villa Santana, San Nicolás y El Dorado. Así mismo, se sostuvieron conversaciones íntimas y a profundidad con la familia de Jaime Salazar, lo cual permitió construir un perfil biográfico más cercano del esposo, padre y abuelo que él era. Pero, ante todo, que permite comprender cómo más allá de los intereses políticos, de los mecanismos clientelistas con el que operaban algunos líderes y políticos de aquella época, amparados por auxilios parlamentarios, también prevalecían sentimientos muy humanos, estructuras ideológicas que sin duda impulsaron la puesta en escena de barrios en lomas imposibles, en zonas de invasión y ausentes de servicios, en donde se produjo un discurso que ayudó a fortalecer una idea de civismo, que siendo propia de una narrativa emergente de algunos grupos élites de la ciudad, no dejaba de latir en las comunidades desplazadas

y en el espíritu laborioso de los marginados que veíanen el liderazgo político de Jaime Salazar Robledo, un representante idealizado de la superación de la pobreza.

En estas entrevistas y pesquisas en archivos de prensa, recolección de artículos y columnas que hablan de la vida y labor de Jaime Salazar; se escucharon grabaciones de sus discursos, y entrevistas concedidas a la escritora Stella Cano y al periodista Herney Ocampo, se indagaron los libros e investigaciones críticas publicadas por el grupo de investigación de políticas sociabilidades y representaciones históricas políticas de la UTP acerca de los procesos políticos que se vivieron en torno a la creación del departamento de Risaralda. Con estos insumos se configura un retrato biográfico del líder político. Dichas pistas se han recopilado en estos capítulos sobre el nacimiento de su carrera política, luchas emprendidas y testimonios de quienes compartieron su vida y trabajo social al lado de los más pobres.

En el primer capítulo, a manera de crónica y en la voz de familiares y amigos, se relatan los hechos sucedidos aquel jueves 26 de julio de 1990, en qué Jaime Salazar Robledo fue asesinado al salir de la sede de su directorio. Posteriormente, realizaremos un viaje al pasado montados en "La Pulga", un icónico Volkswagen azul celeste, en el que Jaime Salazar recorrió los pueblos del occidente, en sus campañas proselitista y en su lucha por la creación del departamento de Risaralda. Toda una aventura para convencer a pueblos reacios de unirse a la causa separatista, incluso a expensas de su seguridad personal, comprometida en más de una oportunidad.

En los siguientes capítulos se reconstruye la historia de vida de Jaime Salazar: sus inicios como líder político juvenil en el colegio de varones del señor Deogracias Cardona; su formación como abogado en la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, y la dramática situación vivida el 9 de abril de 1948, con "El Bogotazo", cuando sobrevivió a la violencia y desmanes generados por la muerte del caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán.

Luego se dedica un capítulo a explicar la concepción ideológica, luchas políticas, su defensa del pacto del frente nacional y el ideario social que construyó como soporte a su labor como concejal, diputado y congresista. El credo político de Jaime Salazar se fundamentó en un conservatismo rebelde que, amparado en ideas cristianas, procuraba reivindicar al pobre y tomar distancia de los elitismos de clase, que al parecer él repudiaba -como consta en sus discursos, una suerte de faccionalismo político en pleno Frente Nacional.

Esa convicción lo llevó a conformar el Directorio Conservador Ospino Pastranista del Cambio Social, fiel exponente -primero en el Gran Caldas- y luego en Risaralda, de las ideas de sus copartidarios Mariano Ospina Pérez y Misael Pastrana Borrero.En el siguiente capítulo, el lector conocerá los trasfondos de las ocupaciones de tierra de los años sesenta y setenta en Pereira así como lo sucedido en Villasantana y otros barrios durante los años ochenta; el papel protagónico que tuvieron Jaime Salazar Robledo y Camilo Mejía Duque, como promotores de dichos asentamientos; los conflictos surgidos por la

propiedad y el concepto de refundación de Pereira, que se vivió en esos años con la llegada de familias desplazadas por la violencia bipartidista. De igual manera se recogen algunas narrativas fundacionales que dan cuenta del nacimiento y configuración de algunos barrios importantes de Pereira en el marco de estas realidades políticas, tales como el de Cuba, Kennedy, Villa Santana, Plumón, entre otros. Este quizás sea uno de los momentos históricos más importantes para entender las fuerzas externas e internas que motivaron a Jaime Salazar a realizar su trabajo político.

El último capítulo, titulado Ecos, además de recordar los orígenes de la emisora radial Ecos de Risaralda (hoy, Ecos 1360 Radio) recoge los testimonios de quienes conocieron a Jaime Salazar Robledo y compartieron algunas anécdotas y momentos vividos a su lado.

Posteriormente se podrán leer conclusiones acerca del hombre que fue Jaime Salazar Robledo, con sus totales contradicciones ideológicas y humanas, reprochables y admiradas y las posteriores recomendaciones.

Este ha sido un trabajo de años que reposo entre las gavetas por un tiempo para luego ser re afinado con el propósito de que se publique y dé a conocer al público, pues a la fecha solo ha podido ser compartido de forma oral, y los protagonistas entrevistados como el caso de Gustavo Orozco, ya comienzan a fallecer sin ver esta investigación salir a la luz..

CAPÍTULO. I

La 21



Lapida conmemorativa a Jaime Salazar Robledo ubicada en la calle 21 entre carreras séptima y octava de la ciudad de Pereira.

El 26 de julio de 1990 era un jueves normal en Pereira. El cielo plomizo al atardecer, el viento fresco y húmedo que venía de las cordilleras y la sensación de aburrimiento por una semana que se sentía demasiado larga. Viejos y extensos buses recorrían las calles del centro y dejaban una estela de humo a su paso, mientras en la galería central, las pocas personas que quedaban en el sector a esa hora se apresuraban a cerrar los locales. Las calles, como siempre, tenía un agitado revuelo de gente que iba y venía, en la alcaldía y el Palacio municipal se trabajaba de manera normal, con la pesadez propia de los jueves, cuando la jornada laboral llegaba a su fin.

A escasas cuadras de ahí, en la calle 21 entre carreras séptima y octava, en la sede del Directorio Conservador Ospinopastranista del Cambio Social, se veía la congestión y el acostumbrado ajetreo de cuando Jaime Salazar Robledo atendía comunidades. Serio, impasible, de mirada aguda, escuchaba atento las solicitudes de la gente. Tomaba apuntes en una libreta que guardaba con recelo, y en la cual anotaba nombres de seguidores, teléfonos de políticos amigos y tareas pendientes.

Algunas personas pedían trabajo, una beca o una recomendación; otras, un mercado, ayuda para comprar medicamentos o la remisión al consultorio odontológico que operaba en el mismo lugar. Las demás se ofrecían para trabajar en el directorio político o solo querían saludar al reconocido líder. Estas eran las dinámicas propias de aquella época en dichos directorios que se movían bajo la lógica naturalizada de un clientelismo popular, hoy día tan reprochable.

Jaime Salazar lo sabía, su fortín político dependía sustancialmente de ese clientelismo a veces desgastante y, solía perderse en medio de ese denso bosque humano, en donde las peticiones ynecesidades se volvían tan interminables, como las intrigas y falsedades que caracterizan al mundo de la política.

Esa noche, Jaime tenía una cita importante. Debía encontrarse con Juan Guillermo Ángel, quien lo había invitado para que -según palabras del exalcalde liberal- "juntos cambiáramos el destino de la política pereirana". Luego debía atender otras comunidades, así que Jaime salió un poco afanado del directorio para abordar el campero Toyota que lo esperaba. En la puerta, un hombre en bicicleta le solicitó un minuto de su atención.

Jaime, con la paciencia que lo caracterizaba, inclinó la cabeza calva que se iluminó con la luz de la lámpara de la calle para escuchar la petición de aquel hombre, tal como solía agacharse para escuchar a quienes se le acercaban, pero este sacó de entre su bolso un revólver y, le disparó, justo casi sobre el occipital.

Aquella detonación alertó a las personas que estaban en la veintiuna. Un empleado de las Empresas Públicas, intentó sin éxito retener al atacante, pero recibió un impacto en la pierna, y así, el sicario logró zafarse de su retenedor y huir por la calle 21, hacia el Parque Olaya, en contravía, subido en una bicicleta cuyo color o forma ya era irrelevante. Aquel hombre se perdía para siempre entre la nebulosa impunidad y un caos insoportable se desataba en las calles del centro de Pereira.

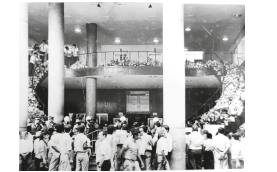
Beatriz y Abelardo:

A las seis de la tarde de ese día, Beatriz Eugenia Salazar Sierra se preparaba junto con su esposo Abelardo y su hermana Patricia, para salir rumbo a Cali en donde tenían programada una cita médica al día siguiente. Estaban subiendo el equipaje al carro, frente a la casa familiar, ubicada en la carrera sexta #23-66, cuando doña Rosa Sierra de Salazar, salió afanada a la calle para decirles a sus hijas y al yerno que se dirigieran al hospital, que habían herido a Jaime. Aquella advertencia paralizó el carro y la tarde. Doña Rosa aún no imaginaba la dimensión de la tragedia, incluso su voz no parecía apremiante.

Patricia Salazar, que tenía 23 años, pensó en ese instante en una herida leve, quizás en una pierna; una caída, o algo menos aterrador que un atentado. Las dos hermanas se dirigieron hacia el Hospital Universitario San Jorge que quedaba a escasas tres cuadras de su casa. Abelardo esperó a que doña Rosa se pusiera un saco y la acompañó al centro asistencial.

Patricia conocía las múltiples actividades de su padre en el directorio político; la habitual fila de personas que iban y venían para encontrar solución a sus problemas y el cariño que le tenían sus seguidores. Por eso, no le pareció extraño ver a toda una multitud agolpándose en las puertas del hospital.

Al ingresar al corredor que llevaba a la sala de cirugía y cuyas paredes estaban forradas en baldosas azulosas, vio



([Honras fúnebres de Jaime Salazar Robledo Cámara ardiente en la Alcaldía de Pereira. Fotografía perteneciente al álbum familiar], 1990)

al Padre Gustavo Valencia, que se acercaba lentamente hacia ella, con un gesto de dolor que le hizo sospechar lo peor. "Patricia, están haciendo lo que se pueda." Dijo el sacerdote, intentando encontrar palabras de consuelo, "pero es una herida en la cabeza muy grave".

La bala llegó al corazón de ambas hijas. Patricia y Beatriz se abrazaron y lloraron juntas y esperaron a que doña Rosa, Abelardo y Jaime Salazar hijo, ingresaran al hospital. El ambiente se hacía cada vez más denso, como una película de Buñuel vista en cámara lenta. Un rumor de río crecido, un bramido afuera del hospital, hacia presentir lo peor.

Beatriz recordó en ese instante los días en que su padre iba a visitarlos a su apartamento, se sentaba en la cocina a comer tajadas fritas y a contemplar con un silencio cálido y sobrecogedor a su nieta Juliana. Parecía como si él, de vez en cuando, emergiera de entre aquel maremágnum político en el que se mantenía sumergido, para encontrar en el reposo del hogar una especie de santuario. Cuando su padre la visitaba, no era para hablar de política, intrigas o de coaliciones, sino para hablar de amor, de viajes, de música, de historia, de esas cosas sencillas y asombrosamente profundas que suelen decirse en la intimidad. Había un grado de felicidad y cercanía que ella y su esposo disfrutaban a plenitud. Esa misma felicidad se estaba rompiendo a pedazos con los gritos de la gente, con el barullo que venía de la multitud aglomerada en la entrada del hospital. Recién habían llegado a ese caldero nocturno y la noticia ya era una enorme bola de fuego que envolvía la vida de todos.Mientras tanto Abelardo caminaba al lado de doña Rosa, rumbo al hospital, en medio de policías y personas que corretеaban confundidas, atravesándose en su paso, pero todas en dirección al mismo lugar. Abelardo Giraldo Congote, era un piloto de aviación, acostumbrado a momentos de presión, y llegó a la vida de la familia Salazar Sierra debido a un pequeño accidente laboral. Tras rodar por las escalas del avión en el que había aterrizado en Pereira, sufrió un esguince de tercer grado. Lo llevaron hasta la casa de Jaime Salazar Robledo, para que lo atendiera Martha Lucía, la hija mayor, médica de profesión. Pero, fue Beatriz, la hermana del medio, quien abrió la puerta y la atracción fue mutua.

Abelardo siguió visitando a Beatriz periódicamente, y con frecuencia se topaba con la figura imponente de su padre, quien le inspiraba un enorme respeto. Al piloto enamorado, Jaime Salazar Robledo se le antojaba casi inasequible y no era para menos: aquel hombre traspasaba el recinto en donde ellos conversaban, saludaba de manera seca y se dirigía a su despacho sin decir nada más, con tal aire de autoridad, que a veces el mismo Abelardo, tan acostumbrado como estaba a enfrentar abruptos cambios atmosféricos en el aire, se sentía intimidado con su presencia torrencial.

Tras sus constantes visitas y seguro de que Beatriz era la mujer de su vida, un día en un viaje hacia Bogotá, Abelardo rompió la barrera del sonido y le confesó a Jaime que quería casarse con su hija. Fue peor que un aterrizaje forzoso.

Jaime Salazar Robledo miró fijamente a ese proyecto de yerno. No dijo una sola palabra. Escuchó atento los impedimentos que tenían para casarse por el rito católico, ya que Abelardo era divorciado. Así se lo explicó en detalle, justo antes de ingresar al Congreso de la República, en donde Salazar tenía sesión en la plenaria de la Cámara. Cuándo ya se le iban a acabar el tiempo y las esperanzas, Jaime le miró con seriedad, con su calma habitual, y, abandonando sus más profundos sentimientos conservadores, le dijo que contaba con su bendición, que no le importaba que una hija suya se casara por lo civil, siempre y cuando fuera feliz. Después le sonrió, pero

traslució esa leve congoja del que sabe que entrega uno de sus regalos más preciados.

Desde entonces, aquel piloto de aviones conoció no solo la fortaleza de las convicciones de Jaime Salazar, sino su increíble capacidad de renunciar a ciertos principios radicales, para ver a otros felices. Fue, según él, un modelo a seguir para su realización como esposo, padre y amigo.

Cuando Abelardo traspasó la puerta del hospital y vio a su esposa Beatriz llorando, derrumbada por el dolor, sospechó lo peor y se unió al abrazo.

Jaime el hijo.

Mientras tanto, Jaime Salazar hijo, intentaba llegar al hospital desde Dosquebradas, donde trabajaba como inspector. Tuvo que soportar un trancón monumental en el sector de la Popa, (en eseaño no estaba construido el viaducto) y una larga culebra de vehículos bajaban lentos - demasiado para la urgencia del momento- en dirección al puente Mosquera. El recorrido fue eterno y tensionante, mientras buscaba cualquier información adicional moviendo desesperado el dial en la radio del carro. Estaba conmocionado. Parqueó el carro de cualquier manera, observaba a la multitud arremolinarse en las afueras del hospital. Los gritos que clamaban justicia, los llantos de mujeres pobres y obreros que exigían a las autoridades que se atrapara al asesino. Intentó abrirse paso entre la multitud agolpada en la puerta del hospital. El vigilante asustado ante tamaña aglomeración de gente, no lo dejaba

pasar. En ese momento, alcanzó a ver a su tío Jesús que caminaba hacia la puerta. El vigilante, terco y temeroso, no aceptaba ningún argumento. El tío Jesús, quien era el conductor de su padre, procuró convencer al guardia, con un tono de voz entrecortado, informándole que él era el hijo de Jaime Salazar Robledo. El guardia, después de largos segundos de duda, accedió al fin y Jaime logró ingresar a la zona de Urgencias. Vio a su familia reunida en la entrada a los quirófanos, esperando noticias acerca del estado de su padre, lo cual alentaba un poco su esperanza de encontrarlo vivo, de decirle lo que se olvida en la cotidianidad, esas palabras de amor, que definen la existencia. De repente, el sacerdote Gustavo Valencia salió de nuevo de la sala de cirugía. Su rostro intentaba expresar sin éxito un gesto de consuelo. Caminó lento por el pasillo en dirección a la familia, que, por fin, estaba casi completa. A Jaime, aquella presencia eclesial, se le antojó la de un heraldo de traje oscuro y anuncios tristes.

"La bala impactó el cerebro de don Jaime… murió de un paro cardiorrespiratorio".

El presbítero Gustavo Valencia Franco, quién en ese momento era párroco de la Catedral de Pereira, elevó una plegaria que Jaime hijo no alcanzó a escuchar, ya que apenas entendió la dimensión de lo ocurrido, cargado de una furia descomunal, asestó un puñetazo contra la pared de baldosa azul del hospital, fracturándose la mano derecha. Sin embargo, poco sintió el dolor en ese momento. Todo era un inmenso rumor, un remolino de expresiones que nadie se atrevía a descifrar: gritos,

lamentos, voces, sirenas. Doña Rosa lloraba desconsolada. Patricia y Beatriz, igual. Entonces la voz penetrante de su tío logró al fin sacar a Jaime hijo de aquel estado de bruma en el que había caído.

"-¡Jaime, Jaime! Gritó el tío. ¡Debemos correr al directorio político y sacar los documentos antes de que saqueen el lugar!"

Aquella solicitud se le hizo extraña, pero el gesto de urgencia de su tío Jesús, la angustia reflejada por su madre y hermanas, le hizo caer en cuenta de la importancia de aquella misión. Corrieron juntos hacia la calle 21. Las llaves del directorio Ospino pastranista se agitaban en sus manos, tropezaban con la gente, esquivaban periodistas, había un montón de personas aglutinadas en las afueras del hospital y evadieron cualquier comentario de pésame.Al llegar al lugar, vieron la mancha de sangre que había sido intentada lavar por un grupo de seguidores, justo en el punto en donde años más tarde pondrían una placa conmemorativa para recordar el suceso. Tal visión, tan dolorosa como era, hundió a Jaime hijo, en una tristeza densa e insoportable. Se dejó caer agitado en un rincón dentro del directorio y, en se momento, sintió el dolor de la mano y ese dolor fue envolviendo todo su cuerpo y su alma. Lloró inconsolable, como quizás nunca lo había hecho, recordando los días en que acompañaba a su padre a las correrías políticas.

El grito de su tío lo sacudió. No había tiempo para consuelos ni llantos. Chucho sabía que aquel lugar era

susceptible de un saqueo. Así que le pidió a Jaime que se levantara, le indicó el lugar en el que su padre guardaba los documentos de la familia, los papeles personales, escrituras de la casa, de un carro recién comprado y cartas privadas. Lo sabía porque días antes entre él y su hermano asesinado habían organizado el archivo. Las llaves temblaban en las manos de Jaime y cualquier sonido en la calle era un motivo de sobresalto. El muchacho advirtió que ya algunos cajones habían sido entreabiertos. Pero su tío Jesús le tranquilizó diciendo que los documentos que consideraba más importantes ya estaban en sus manos.

Ante la calamidad siempre hay alguien que piensa en esas precauciones necesarias. Jaime contemplaba a su tío Jesús, tan firme y decidido como su padre, moverse en medio del caos, tratando de salvar el futuro de la familia de lo que después fue un inminente desastre. Caminaron de nuevo hacia el hospital. Esta vez lentamente, como si ya no hubiera prisa alguna, como si ya supieran lo que les esperaba entre los corredores de baldosa azul. Allá los médicos le revisaron la mano y mientras era vendada, Jaime pensaba que él apenas tenía una breve idea del pasado de su padre, un leve asomo de las historias contadas y que era necesario recogerlas. Lo que ocurrió esa noche en la oficina de su padre era apenas el inicio de un propósito: armar las piezas de una vida, antes de que se perdiera en el olvido. Jaime se convenció de que aquellos documentos eran parte de una larga y valiosa existencia, tan abruptamente cortada y que, sin sospecharlo, representaba también las huellas de un momento

significativo en la historia de Pereira. Para su tío quizás aquellos documentos representaban el patrimonio de su hermano, conseguido a través de años de labor política y que corría el riesgo de perderse en medio de lo que podría ser el estallido de una horda de seguidores furiosos.

Martha y Jorge

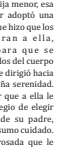
Jorge Alberto, el hijo menor de Jaime Salazar, se encontraba convaleciente en Cali, recuperándose de las graves heridas provocadas por una camioneta que lo arrolló cuando viajaba en motocicleta en cercanías del barrio Belmonte y cuyo conductor luego huyó del lugar. Su hermana Martha Lucía, la hija mayor de Jaime y Rosa, ejercía la medicina en Cali en donde vivía con su esposo, el ingeniero Carlos Marín, y su pequeño hijo Andrés Felipe, quien acababa de cumplir cuatroaños. Precisamente, en cumplimiento de sus responsabilidades médicas y para estar más pendiente de la evolución de su hermano, Martha se llevó para la capital vallecaucana a Jorge. Procurando una pronta recuperación. Pero, esa noche, mientras estaban en su apartamento, Martha Lucía recibió la llamada de una amiga que le preguntó si era cierto lo que acaban de informar en un telenoticiero nacional.

Jorge encendió las noticias, el televisor gangoso y estático informaba sobre un atentado a un importante político de Pereira, mostraba imágenes del hospital y la multitud de personas, luego pasaba a los deportes y otras noticias dejándolos en pausa. Después de llamar

infructuosamente a la casa de sus padres, alguien, desde Pereira, les confirmó la infortunada tragedia.

Martha Lucía y Jorge Alberto tuvieron que soportar tamaña noticia desde la distancia, abrazados por la incertidumbre y los interrogantes. En algún momento, Jorge llegó a sospechar que su accidente, sucedido apenas unas semanas atrás, tenía que ver con lo sucedido. Por su cabeza pasaban cientos de ideas conspirativas e incluso llegó a sentirse culpable. Por eso, pese a su estado médico, se afanó por alistarse para estar en casa, con los suyos. Carlos Marín fue el encargado de manejar rumbo a Pereira. Para todos fue el viaje más largo y silencioso de sus vidas.

Patricia



A pesar de ser la hija menor, esa noche Patricia Salazar adoptó una postura de fortaleza que hizo que los médicos la buscaran a ella, principalmente, para que se encargara de los arreglos del cuerpo de su padre. Patricia se dirigió hacia su casa con una extraña serenidad. Incluso llegó a pensar que a ella le había tocado el privilegio de elegir las últimas prendas de su padre, labor que asumió con sumo cuidado. Escogió una camisa rosada que le

había obsequiado el día del padre, seleccionó el mejor traje y tuvo tiempo de pensar en una camisa extra, de color blanco, por si acaso su madre y hermana no estaban de acuerdo con su primera elección. A pesar del dolor y la orfandad, planeaba cada detalle con increíble previsión. En el momento en que sacaba el traje del armario, observó debajo de la ropa una carta que ella le había escrito a su padre, una de las tantas cartas que Patricia solía escribir a su gente amada, cómo era posible que aún conservara dicha carta, apenas sonrió.

Volvió al hospital e ingresó sola a la morgue. No pensó en el frío intenso ni se fijó en las personas desconocidas que la rodeaban. Actuaba de manera precisa y natural, vistiendo a su padre con sumo cuidado. De repente, un hombre que le ayudaba volteó el cuerpo de manera brusca y torpe y un chorro de sangre brotó de la nariz de su padre, manchando la camisa rosada. Luego, aquel hombre soltó uno de los brazos de manera descuidada sobre la losa. Esa actitud desconsiderada y displicente alteró a Patricia. "- ¡Cuidado con mi papá!", dijo, y en ese instante comprendió que, para ella, solo para ella en aquel recinto, él aún estaba vivo. Tomó la otra camisa que había tenido la precaución dellevar y al terminar de vestirlo, al verlo completamente organizado, le sobrevinieron las imágenes de un pasado feliz a su lado. Los instantes que debía agradecerle, el fervor y la admiración que sentía por él. No lloró, porque heredó la firmeza de su padre. Aún hoy en día mantiene esa serenidad victoriana que le permite ante las circunstancias más complejas aplacar el corazón y tomar las decisiones a que haya lugar.

En la morgue le hablaba, mientras que las otras personas se hacían invisibles o se alejaban respetando ese momento íntimo y especial. Patricia abrió la carta y se la leyó en voz baja. Recordó después los días cuando apenas ella era una niña y el Volkswagen azul celeste de su padre recorría los pueblos, los barrios, dejando una huella particular en la carretera: el paso de un hombre que se hizo grande al lado de Risaralda.

Al salir hacia la casa de velación, Patricia pudo ver el aluvión que significó aquella noche. Gente rabiosa recorriendo las calles, buscando al asesino, enardecida y violenta. Marchas que se repetirían durante tres días y noches, de gentes anónimas, desesperadas, confundidas que perdieron su líder, su guía.

Sintió miedo. Temía que pudiera suceder una nueva tragedia. Procuró mantener la calma y con fortaleza abrazó a su madre y a sus hermanos, consolándolos, acompañándolos en el dolor. Una fotografía publicada en el periódico La Tarde retrata ese instante.

Al día siguiente observó el ataúd de su padre, visitado por miles de seguidores. Una larga fila de personas que ingresaban al Palacio Municipal y que tenían cerrada la carrera séptima. Cientos de ramos de flores, una multitud increíble de políticos, líderes comunales, mujeres, obreros, todos buscando un instante frente al ataúd.

Más allá de la rabia y la desilusión, la multitud sentía el miedo que se agazapaba entre las sombras, producto de la

violencia política que se vivía en ese entonces y que sigue reinando de formas distintas; a los asesinatos de líderes de la UP, como el de Gildardo Castaño sucedido un año antes, el de otros dirigentes y líderes de opinión, se sumaba ahora el de un militante de la derecha conservadora, cuestión que desconcertaba aún más al pueblo pereirano. La romería sería eterna, desconsoladora, y Patricia sintió en algún momento que su padre ya no les pertenecía, que era de ese pueblo inacabable que seguía llorándolo mientras hacía una fila interminable para despedirse de él. Mujeres y hombres que ella jamás imaginó, gente que se acercaba a darle la mano y que ella no alcanzaba a reconocer. Todos le daban las gracias por las acciones de aquel político, el sentido pésame y luego se iban a llorarlo. Era difícil dimensionar su obra y cuantificar la cantidad de seguidores que había logrado entrelazar durante toda su carrera política. No hubo un instante de pausa, de silencio e intimidad. Sintió que le faltó un poco más de tiempo con él a solas, que ese tiempo entre las cinco y las doce de la noche de aquel 26 de julio, había sido insuficiente para que ella y su familia despidieran a su padre, pero eso pasa con los prohombres, ya no son propios, sino de las circunstancias.

La plaza de Bolívar estaba llena a reventar. El carro de bomberos, por orden del alcalde, cargaría su féretro, las calles atestadas, la multitud inquieta y ella, entre tanto, construía una burbuja de supervivencia a tanto dolor.

Recordó, y aún lo hace, la forma como su papá disfrutaba con ellos la navidad, y se dedicaba a armar, con



[[Foto honras fúnebres de Jaime Salazar Robledo que reposa en el archivo de la familia], 1990]

la tenacidad de un arquitecto, el enorme pesebre que ocupaba toda una habitación de lacasa. Colocaba villancicos en el tocadiscos, se quitaba el saco y se recogía las mangas de la camisa, mientras colocaba cada pieza en su lugar. Ella le acompañaba, le traía las vacas y las casas, los camellos y a los tres reyes magos, y esperaba, al lado de todos, a que su padre encendiera las luces, último acto ritual de largos e intensos días de trabajo armando el pesebre.

Esta vez eran las luces del carro de bomberos las que se encendieron. Su hermano Jaime cargaba el ataúd, junto con su tío y otros hombres. La multitud se aglomeraba a lado y lado; los gritos y llantos eran apenas un rumor. Patricia observaba esas luces intermitentes y recordaba el pesebre.

Observó el directorio en el que su padre trabajaba y recordó que después de armar el gigantesco pesebre, se iban en el Volskwagen celeste a llevar regalos a los barrios pobres. A partir de ese momento, la navidad era para los otros, para los de Villa Santana, para los de las veredas, para los habitantes de los municipios de Risaralda. Cuando la bodega de "La Pulga" se abría, refulgían los juguetes y las sonrisas. Imaginó el ataúd como si fuera la bodega celeste del Volskwagen y pensó que al abrirla se verían los regalos, los cuadernos marcados con el nombre de su padre y del directorio Ospino Pastranista, y a su padre sonriendo, erguido con su figura de político amable. Tanto sacrificio, tanto darse, tanto amor por la política no podía terminar así, con un desfile multitudinario, pero desolador. Jaime

Salazar Robledo ya no era suyo, sino de ellos, y ese pensamiento la atormentaba de algún modo incomprensible.

La Catedral no daba abasto para tanta gente. La Plaza de Bolívar desbordada. Cuatro cuadras cerradas por la multitud que rodeaba el carro de bomberos sobre el cual estaba el ataúd. A Patricia le pareció ver a la Pulga en pleno desfile, eso quiso, vio el horizonte repleto de gente que aplaudía y vitoreaba a Jaime, mientras que ella solo pedía justicia. Aún lo hace, aunque con mayor resignación, pide que la memoria de su padre no se olvide y que algún día su crimen sea resuelto.

Cuarenta y un años después, el asesinato de Jaime Salazar Robledo sigue impune. Un acto violento que marcó la historia política de Risaralda, pero además la vida y la tranquilidad de una familia que vivió el terrible desprendimiento de un ser al que amaron hasta la médula y cuyo asesinato dejó en ellos una sombra de temor y silencio, una herencia de vacío que apenas ahora comienzan a salvar.

CAPÍTULO . II

LA PULGA



Nota. En la Foto Doña Rosa Sierra Sierra de Salazar y Jaime Salazar Robledo, llevaban tres años de casados y ya habían nacido sus dos primeras hijas; Marta y Beatriz. Ambos posan al lado del Volkswagen azul, vehículo icónico de Jaime Salazar. Foto tomada en 1958 que reposa en el archivo personal de la familia.

Durante los años sesenta, un Volkswagen azul, modelo 55, solía cruzar los caminos pantanosos y los ríos empedrados de los pueblos de la región caldense, ante la mirada de asombro de algún campesino o el conductor de un jeep atascado. ¿Cómo era posible que un auto semejante atravesara tales obstáculos para llegar a quién sabe dónde? ¿Quién era el empecinado que quería vencer las leyes naturales con un carro tan tenaz como él mismo?

Jaime Salazar Robledo, un incansable político, era quien estaba tras el volante de ese prodigioso automóvil al que bautizaron "La pulga" y cuya placa era HN-3533.

Aquel líder conservador, nacido el 15 de abril 1925 en Pereira y que desarrolló toda su carrera política en Risaralda, se enamoró de su automóvil de manera irremediable. Lo convirtió en el portador de ese sueño de convertirse en el líder más relevante de su época, y comprendió en algún punto de sucarrera, que él no solo requería de un auto confiable que cumpliera con la tarea de transitar las carreteras de toda su región para entretejer los hilos de un departamento que apenas se configuraba, sino que a la vez se convirtiera en una especie de distintivo de su paso por cada lugar. Memoria y símbolo.

A donde llegaba en el auto azul, una comitiva de ciudadanos lo reconocía de inmediato y lo recibía de manera amable. En otras ocasiones, con cierta hostilidad, pues conocían sus propósitos separatistas del departamento de Caldas. Jaime Salazar no solía avisar sus visitas, simplemente organizaba una repentina salida y

partía hacia el pueblo elegido. Cada fin de semana la imagen se repetía. El carro infatigable, como su dueño, llegando a las plazas principales de los pueblos. Luego de que se detenía, un nutrido grupo de seguidores rodeaba el Volkswagen azul. Después de los saludos, Jaime Salazar se dirigía a los sitios de reunión, que eran casi siempre las tiendas de las esquinas, en esas en las que desde siempre se han vendido refrescos, cucas, rollos rojos, o lenguas azucaradas. En aquellos lugares, tan diferentes a las oficinas tradicionales, los directorios políticos o los cafés, él solía escuchar a la gente, y procuraba configurar el sueño que muchos sectores de la élite pereirana y muchas comunidades que se sentían marginadas por la política centralista de Manizales, tenían de un departamento independiente, capaz de separarse de la hegemonía de Caldas.

Jaime Salazar Robledo madrugaba todos los días convencido de que debía iniciar la labor política con el canto de los gallos y un poco antes, de ser necesario. Tenía una disciplina espartana y un estómago inquebrantable. Cargaba entre el bolsillo de su saco una bolsa de pandeyucas y en su maletín llevaba una botella de leche de magnesia que bebía a sorbos durante el transcurso del día. Esto le permitía superar las horas del almuerzo sin ningún problema. Decía en voz alta a sus compañeros que: "En política ni se come ni se duerme" y sostuvo tal precepto hasta sus últimos días.

Solía dormir tan solo cuatro horas. Se levantaba desde las cuatro de la mañana a leer y planear el día. Luego partía

hacia la emisora Ecos de Risaralda, en donde a las 7 de la mañana, hacía su editorial matutino, en el cual defendía a los más pobres y denunciaba los hechos que consideraba improcedentes de las autoridades. Pasaba a su oficina de la calle 21, atendía sus compromisos como representante a la Cámara y como concejal de Pereira y terminaba el día en los barrios de Pereira o en los pueblos del departamento, en donde su labor transcurría hasta casi la media noche.

El Volkswagen permanecía casi siempre repleto de pasajeros que lo acompañaban en sus correrías. Compañeros de causa que en muchas ocasiones eran incapaces de sostener aquel delirante ritmo de trabajo, ya que el día se les iba entre carreteras embarradas y pedregosas, poblaciones y tiendas esquineras. Con el transcurso de las horas ellos empezaban a sentir el rigor de las jornadas y en muchas se veían obligados a recordarle a su líder político que era necesario detenerse a estirar las piernas, comer algo y descansar.En esos momentos, Jaime sorbía su leche de magnesia y la guardaba con celo entre su maleta de cuero. Muchos confiesan ahora que, a escondidas, sacaban la botella del maletín y bebían aquel brebaje, pensando que se trataba de alguna pócima secreta que le brindaba poderes sobrenaturales a ese hombre cuyo estómago parecía de hierro. Pero, con el tiempo comprendieron que tales poderes se fundamentaban en esa voluntad inalterable, producto no solo de sus ambiciones políticas e intereses propios de su labor, sino que, para muchos entrevistados, provenían también de su deseo de servir.

"La Pulga" era tan confiable como su propio dueño. Por eso, Jaime Salazar Robledo recorrió la escarpada geografía en aquel Volkswagen, con la meta de crear una nueva entidad territorial. Pero, para lograr ese propósito se requería de mucho más que discurso y buenas intenciones. Era necesario convertirlo en un proyecto regional.

Por ello, varios dirigentes políticos, empresarios y prohombres de la época unificaron fuerzas alrededor de ese sueño colectivo. Don Gonzalo Vallejo Restrepo, considerado el padre del departamento; Guillermo Ángel Ramírez, Arturo Valencia Arboleda, José Carlos Ángel, Eduardo Valencia, Rafael Cuartas Gaviria, Alberto Mesa Abadía, Enrique Millán, Camilo Mejía Duque y Jaime Salazar Robledo asumieron -cada quien desde sus responsabilidades y esquinas ideológicas- la tarea de establecer un nuevo departamento.

Salazar Robledo tuvo un doble frente de acción: desde su curul como congresista de Caldas, acompañando los debates y ambientando entre sus colegas la creación del que se llamaría en su momento "El departamento Piloto de Colombia."

Pero también, montado en el Volkswagen azul, recorrió cada una de las poblaciones, corregimientos y veredas con el único propósito de sumar adeptos a la causa. Sin embargo, ni Jaime ni sus argumentos fueron siempre bien recibidos.

Javier Vargas, quien al lado de Jairo Cardona fue uno de los conductores que trabajó para Jaime Salazar Robledo,

condujo "La Pulga" durante esa época previa a la creación de Risaralda. Ahora, aquel hombre de contextura delgada, bebe café en un centro comercial de Dosquebradas y goza de una sencilla pensión que le permite vivir una vejez digna y serena. Tiene 75 años y dice que fue gracias a los oficios de aquel político que logró esa tranquilidad que ahora disfruta. Mientras sorbe una taza de tinto, recuerda que esas reuniones no siempre eran sosegadas, y narra la ocasión en que sus vidas se vieron en peligro debido a los ánimos y tensiones que producía el propósito de separarse de Caldas.

"Una vez llegamos a una vereda cercana a Belén de Umbría para convencer a sus pobladores acerca de las ventajas políticas y económicas que implicaba separarse de Caldas. Eso era una cosa muy buena, porque toda la plata del gobierno iba a parar a Manizales en ese entonces, y no se veía el progreso por acá. Además, si Quindío pudo separarse de Caldas, ¿por qué nosotros no podíamos?" pregunta él encogiendo los hombros con cierta obviedad. "Pero fuimos recibidos por una multitud más bien rabiosa, que poco quería escuchar los argumentos del doctor. Un par de hombres con cara de muy pocos amigos, se le acercaron a él para decirle que ya sabían a lo que venía, que mejor nos fuéramos o que nos atuviéramos a las consecuencias", dice Javier entrecerrando los ojos, como tratando de simular la mirada de aquellos hombres, la misma que permanece entre la nubosidad de sus recuerdos.

"A don Jaime se le vio palidecer, entendió el peligro al que estaba expuesto y me dijo que mejor encendiera el

carro. Ambos emprendimos la huida, pero el doctor ya tenía planeada una ruta de escape, como si supiera lo que iba a pasar. Corrió a pie por un rastrojo que lo llevaba un par de curvas más abajo a la carretera, mientras yo conducía el Volkswagen saliendo de prisa de aquel lugar, perseguido por una multitud furiosa que lanzaba tiros al aire y que estaba convencida de que él iba como pasajero. Alcancé a ver al doctor Jaime salir de entre el rastrojo, y luego subirse al carro, todo embarrado". Gajes del oficio, dijo don Jaime riéndose, y luego regresamos a la misma población semanas después. Don Jaime era un hombre así de tenaz", dice Javier sonriendo.

Luego, una sombra atraviesa su mirada y saca de su bolsillo una pequeña tela verde que extiende sobre la mesa, se trata de la primera bandera de Risaralda que fue dada a la gente para promover la idea de la separación de Caldas.

"El Volkswagen, pocas veces se varaba, pero a veces se quedaba atascado en la carretera por algún derrumbe. Como andábamos con tantos pasajeros, teníamos que quedarnos ahí toda la noche, durmiendo cinco o seis personas dentro del mismo carro, en medio del barro y el frío, porque las carreteras de antes no eran como las de ahora. Lo serían si hubiésemos seguido siendo parte de Caldas", asegura Javier con evidente orgullo, como si entendiera justo en ese instante que él había sido parte de aquel gran logro colectivo. Luego contempla aquel banderín verde en el que con letras blancas y verticales se lee RISARALDA, el cual conserva desde el momento en que

se logró la creación del Departamento. Ese quizás sea uno de los principales recuerdos que le quedaron de tamaña aventura.

Esa no fue la única vez que Jaime Salazar Robledo vio su vida en peligro, todo debido a que había en él una muy fuerte convicción del deber y el cumplimiento, que lo convirtió a la larga en ícono político de la región. El rigor y cumplimiento religioso de sus compromisos, más de una vez jugaron en su contra.

"Pero qué se podía esperar de un hombre tan aguerrido", recuerdan algunos de sus acompañantes de las correrías. Entre ellos, Carlos Arturo Jaramillo Ramírez, abogado y exmagistrado. "Visitamos pueblos y barrios a muy altas horas de la noche. En una ocasión íbamos ya tarde en el carro camino a Pueblo Rico, cuando nos paró el ejército" dice el abogado, con cierta nostalgia. "El comandante de aquella patrulla militar nos obligó a bajarnos del carro, advirtiéndonos que había combates en la vía, que un grupo guerrillero había tomado control del sector. "Pero es que yo tengo una cita que cumplir en el pueblo" decía don Jaime con insistencia. "-Debo ir" y se subió al carro dispuesto a llegar al pueblo. Era tal su determinación que nos tocó obligarlo a bajarse y devolvernos, casi que a la fuerza.

"-¡Yo no le voy a incumplir a la gente!" repetía furioso, hasta que logramos convencerlo del peligro que implicaba seguir el camino. Esa noche descansamos todos cuando por fin cedió y nos devolvimos a la ciudad".

También durante esa época, en la carretera que de Anserma conduce a Pereira, un disparo rebotó sobre el techo curvilíneo de "La Pulga". Aquel diseño del carro le blindó en más de una ocasión contra las balas de sus contradictores. Su hijo Jaime, nació en medio de una situación semejante, y lo recuerda cada vez que trata de rearmar la historia de su familia, y entender los momentos vividos alrededor de su propio nacimiento.

Sucedió el 4 de febrero de 1961, cuando regresando de Marsella, unos hombres dispararon contra el Volkswagen, en tres ocasiones. Pensaron que Jaime Salazar Robledo estaba en el vehículo. Pero quien manejaba el auto era su esposa, Rosa Sierra de Salazar, quien tenía ocho meses de embarazo. Las balas golpearon el techo del carro y el parabrisas. Uno de los plomos quedó incrustado en el vidrio y ninguno alcanzó a impactar a la mujer. La razón quizás de tal milagro fue el diseño del vehículo. Su forma de escarabajo o de tortuga, había servido de coraza y protegió la vida de doña Rosa, quien aceleró hasta llegar al hospital en donde fue atendida. El pánico provocado por el ataque hizo que rompiera la fuente y se adelantara el trabajo de parto. Jaime hijo nació esa misma noche. Al día siguiente, su padre acariciaba la lámina herida del Volkswagen con incredulidad, dando gracias a la Divina Providencia, que hubiese mantenido a salvo a su esposa e hijo. Esa mañana, él y varios de sus compañeros políticos elevaron una plegaria a Dios y agradecieron a Ferdinand Porsche, por el diseño prodigioso de aquel automóvil alemán.

La marca Volkswagen nació como proyecto en la Alemania de 1930, junto con toda la ciudad industrial de Fallersleben, y tenía como objetivo -debido a lo económico y funcional- convertirse en el carro del pueblo, el auto familiar de Alemania y de toda Europa. Su creación estuvo a cargo de Ferdinand Porsche. Sin embargo, el advenimiento de la segunda guerra mundial echó al traste el proyecto y la fábrica de Fallersleben se destinó a la producción militar. Adolf Hitler tenía como propósito convertir la fábrica automotriz en la más grande de Europa, para que compitiera con las ya posicionadas industrias francesas e inglesas, pero pudo más su lógica de guerra que la de mercado. Con el fin de la guerra, Ferdinand Porsche fue encarcelado por su vinculación con el régimen nazi y los ingleses tomaron el control de la factoría. Fue solo hasta la década de los años cincuenta que elVolkswagen tuvo una aceptación entre los europeos como vehículo familiar, y en 1955 se exportaron las primeras unidades hacia América. Uno de estos modelos llegó a la región cafetera y fue utilizado por Jaime Salazar Robledo para contribuir al proyecto separatista de Caldas y darle identidad a su trabajo político, en esos esos recorridos interminables en la Pulga.

La espalda de Jaime

Para que se concretara la creación de Risaralda sucedieron una serie de acontecimientos previos que motivaron la consolidación del proyecto. El historiador Victor Zuluaga (2013) explica como la ciudad mantenía un

carácter insular, y se debatía, por una parte, entre los intereses regionales de los caucanos y, por otra, los de los antioqueños.

Esto ratificaba el espíritu liminal de Pereira, en tanto territorio perteneciente al Cauca, poblado por algunos caucanos, pero con una presencia mayoritaria de antioqueños…" "Lo cierto es que a partir del momento en que Pereira comienza a hacer parte de una nueva entidad territorial, es decir, deja de pertenecer al Cauca, los caucanos van a considerar a sus pobladores como antioqueños, y los antioqueños los señalan como ciudadanos caucanos. Eso quedó bien claro a raíz de la protesta de los líderes conservadores de Cartago a finales del siglo XIX cuando Uribe Uribe presentó la propuesta de crear la Provincia de Pereira. (P.407).

Esta suerte de exclusión simultánea por parte de las regiones del Cauca y de Antioquia, obligó de alguna manera a que los pereiranos buscaran alternativas de independencia desde los años 30. La insularidad que bien alude Zuluaga permitió posiblemente construir mecanismos de integración en torno a un proyecto que como bien plantean otros historiadores como López Pacheco, Jairo Antonio Y Correa Ramírez John (2012) era construido desde las élites y perseguía intereses de poder que se veían reflejados en la medida que se fragmentara el departamento para así acceder más fácil a los beneficios del poder que era difícil de lograr siendo parte del Gran Caldas. Esto incluía; motivar la construcción conjunta de

infraestructura a partir de la narrativa del civismo tan instaurada por la junta Pro Risaralda, así como una institucionalidad departamental en la que en términos de Correa "el clientelismo servía de bisagra entre el Estado y la población. La discusión acerca de si la búsqueda de la separación de Pereira del departamento de Caldas obedecía a un interés clientelista y burocráticos de una élite, seguía vigente en ese entonces y aún hoy día. Pero, cabe anotar que también había, sin duda alguna, un espíritu de inconformidad por parte de la masa popular frente al manejo centralizado de los recursos por parte de la administración de Manizales, lo cual provocó airados reclamos que han quedado plasmados en periódicos como El Diario de Emilio Correa, y en los cuáles se mostraban, de manera estratégica, titulares que enardecían el ánimo de la gente frente a lo que se consideraba modos de exclusión y marginalidad por parte de la dirigencia manizaleña con la mayoríade pueblos de la región. Es Guillermo Ángel Ramírez (1995) quien plantea en su libro El Solar del Grano (1995) que si bien la élite impulsó la campaña, ésta contó con la aprobación y ayuda de todos los sectores sociales.

Zuluaga plantea en su libro que el carácter cívico, promotor de la separación de Caldas, estaba realmente permeado por intereses de índole político y económico, y que la reunión realizada el 18 de agosto de 1965 por parte de líderes políticos y sociales de la época en Pereira, corroboraba, según él, que se trató de una "transacción burocrática de grupos de interés".

Aunque en dicho libro, el historiador referencia en un papel secundario la labor de Jaime Salazar Robledo, otras personas, más cercanas al proceso político independentista, destacan su ánimo inquebrantable, aún a costa de su seguridad personal, buscando el respaldo en los municipios del occidente.

El ex congresista y ex embajador de Colombia en Guatemala, Juan Hurtado Cano recuerda con memoria prodigiosa algunos detalles de esta gesta separatista del departamento de Risaralda y el papel protagónico de Jaime Salazar para lograrlo.

"Como proyecto político definido, la idea de separar a Risaralda surge por allá en 1965 cuando Quindío dio el primer paso. Alentado por esta iniciativa, don Gonzalo Vallejo Restrepo impulsa a un grupo de personas para que en 17 meses se logre de igual manera la separación de Risaralda del viejo Caldas.

Don Gonzalo Vallejo, por aquella época, solo había logrado que le eligieran un concejal de los suyos en las urnas. Es decir, carecía de una gran fuerza política para sacar a delante solo la creación del nuevo departamento. Al contrario de él, Jaime Salazar Robledo y Camilo Mejía Duque habían sacado, entre los dos, nueve concejales de Pereira. Pero esos eran tiempos distintos, la política se hacía de otra forma, y cuando alguien tenía una iniciativa buena y progresista, sin importar su afiliación política, la clase dirigente lo apoyaba.

"Por tal razón, cuando se creó el comité pro-Risaralda y se creía que Gonzalo Vallejo no iba a tener respaldo político para sacar adelante el proyecto separatista, Jaime y Camilo, decidieron que Don Gonzalo, pese a que un solo tenía un concejal, debía presidir el comité y, votaron para que él quedara presidente".

"Fue un acto de caballerosidad que sirvió para demostrar que las buenas ideas no eran apabulladas sino apoyadas, vinieran de donde vinieran, y mostrar que la unidad de la ciudad en función del logro de la creación del departamento de Risaralda era inquebrantable, porque todos estaban apuntando al mismo proyecto."

Y añade Juan Hurtado: "La idea de la creación del departamento de Risaralda surgió en el Club Rialto y Jaime Salazar poco iba a ese lugar. En realidad, era un hombre austero, poco bebía, notenía mayores excesos, a excepción de su inmensa capacidad de trabajo, y procuraba evitar esos espacios de lujo o confort, ya que se sentía más cómodo entre las comunidades: en los ranchos en construcción, en la intimidad de su casa, o al volante de La Pulga. Sin embargo, era culto y bien educado, poco dado a discusiones o efervescencias vulgares. Figuraba con una dignidad tranquila, muy distante de la ostentación. Por eso evitaba, en la medida de lo posible, asistir al club.

Camilo Mejía Duque, tampoco iba a ese lugar. Le gustaba marginarse de espacios que él consideraba propios del "blancaje pereirano". Era vehemente para rechazar esos espacios, según él, de oligarcas y que poco

hacían parte de su búsqueda política y liberal. Se refería así mismo como un negro trabajador y le gustaba reflejar esa imagen popular "Gaitanista", porque de esa manera podía abarcar enormes comunidades que se veían reflejadas en su figura y sus discursos vehementes en contra de los más poderosos.



Sin embargo, ese día, Jaime y Camilo decidieron reunirse en aquel club para discutir la creación del comité Pro-Risaralda y quién lo presidiría. Ambos, respetuosos con el promotor de la idea, apoyaron con su voto a don Gonzalo Vallejo y desde entonces iniciaron, cada uno desde sus costados, una intensa carrera automovilística y parlamentaria para lograr desde sus respectivos frentes políticos, convencer a la mayoría de los habitantes de municipios y veredas para que se unieran a la causa separatista.

El abogado liberal Alfonso Gutiérrez Millán recuerda que; "Jaime Salazar Robledo y Camilo Mejía Duque concretaron una llave exitosa de trabajo en pro de la creación del departamento de Risaralda. Para lograrlo ambos se dedicaron a conseguir votos a favor del proyecto en el Congreso, tarea por demás bastante difícil. Y afirma que:

"Teníamos como adversario temible a la clase dirigente de Manizales. Entre ellos: Silvio Villegas, quien era el gran orador de los "Leopardos", conocidos también como los "Greco- quimbayas". La sapiencia intelectual y capacidad de argumentación de este grupo político, perteneciente a una de las alas más conservadoras de los azules, resultaba un interesante obstáculo a vencer, para lo cual Jaime Salazar Robledo y Camilo Mejía Duque debían captar los votos conservadores y liberales respectivamente, con el fin de lograr la tan anhelada separación.

"El problema era con los representantes de los departamentos de Antioquia y el Valle, pocos amigos de la separación del viejo Caldas, pues temían que, alentados por este espíritu también se sumaran el municipio de Cartago y algunas municipalidades antioqueñas". "Jaime Salazar consiguió buena parte de los votos conservadores, a costa hasta de su seguridad" recuerda Gutiérrez Millán. Con una total actitud de respeto, lanza la sentencia: "A todo señor, todo honor" y hay que decir que Jaime Salazar hizo hasta lo imposible paralograr nuestra separación de Caldas. Todos los departamentos que temían la secesión de sus territorios se negaban a la de Risaralda, pero lo logramos".

La junta Pro Risaralda estaba conformada por: Presidente: Gonzalo vallejo Restrepo, secretario: Alberto Abadía mesa, Miembros: Oscar Vélez Marulanda, Ricardo Illan Botero, Rafael Cuartas Gaviria, Guillermo Jaramillo Arrubla, German Calle Sánchez, Fernando López Salazar, Jacinto. Illian, Alfonso Giraldo García, Pedro Nel Mesa

Mejía, Gilberto Solórzano, Alberto Illian Robledo, Alfonso Jaramillo Orrego, Leonor Botero, Bernardo Ángel M, Jaime Botero Mejía, Manuel Uribe Uribe, Marco Luis Correa, José Carlos Ángel R. (Vallejo, 1992, 93).

En la misma nunca estuvo incluido Jaime Salazar, quien no se apartó del proyecto, sino que al igual que Camilo Mejía Duque, se llegaron a sentir soldados rasos de una causa que para los críticos e historiadores estaba amparada por intereses clientelistas.

Juan Hurtado expresa que:

"Al final la creación de Risaralda se concretó política y simbólicamente, cuando, luego de muchos ires y venires en el Congreso, el dirigente manizaleño Silvio Villegas en un discurso memorable en la Cámara de representantes, dijo: "Sucede como en las familias cuando un hijo se va de la casa. Si se van a ir que se vayan bien idos y seamos todos cofraternales". A partir de aquellas palabras se empezaron a negociar los linderos de Risaralda".

"No fue una negociación fácil", recuerda Juan Hurtado elevando la mirada al cielo con cierta bronca.

"Anserma que quería ser de Risaralda se tuvo que quedar en Caldas. Municipios muy conservadores de Caldas no querían ser parte de Risaralda. La segregación del departamento de Risaralda contemplaba inicialmente 20 municipios, pero la clase política de Caldas paró la cosa ya que no les convenía perder ciertos municipios de fuerza conservadora. Se olvidaron de los límites naturales que

establecía el río Cauca, y el ex presidente Darío Echandía, quien ejerció como Ministro de Gobierno de Carlos Lleras Restrepo, de un plumazo, nos quitó 7 municipios y los dividió de acuerdo con las afinidades políticas de ese entonces, porque escuchó primero a los políticos que a las razones geográficas. Fue muy habilidoso en eso. Los municipios conservadores con menos habitantes terminaron siendo de Risaralda: Santuario, La Celia, Pueblo Rico, Guática, entre otros".

Esa milimétrica separación, según el caudal electoral rojo o azul, cumpliría las pautas del Frente Nacional, vigente en ese momento.

El médico Alberto Herrera, político conservador perteneciente al grupo de unificación, contó acerca de su relación con Jaime Salazar antes de su muerte: "Recuerdo que durante la separación de Caldas se luchó mucho por que quedaran en Risaralda los pueblos de Viterbo, Belalcázar y Anserma; pero Camilo Mejía Duque no dejó para evitar que el departamento quedara solo conservador y nos metió a Quinchía que no cuadraba mucho en el mapa. Se hizo la tarea de la partición de Caldas y Jaime Salazar Robledo fue una columna de esa lucha". (A. Herrera, entrevista personal, junio de 2015)

"El doctor Jaime Salazar Robledo perteneció a la junta Pro-Risaralda, y su papel fue relevante para la separación de Caldas porque era muy amigo de Misael Pastrana, quien sucedió a Echandía en el Ministerio de Gobierno y eso le dio un papel protagónico dentro de la junta. Este dato se puede

encontrar en el libro Desmembrando la mariposa verde de Guillermo Alzate Fernández", explica Ramiro Tabares, antiguo jefe de prensa de Jaime Salazar. Aunque es impreciso en sus anotaciones bien cabe destacar que Jaime Salazar sí tenía muy estrechas relaciones con el gobierno central.

Junto con otros políticos como Guillermo Ángel Ramírez, Camilo Mejía Duque, María Isabel Mejía, entre muchos otros liderados por Don Gonzalo Vallejo Restrepo, Jaime Salazar emprendió tal empresa, sufriendo en su recorrido por los pueblos varios atentados, que según él fueron perpetuados por los mismos conservadores, y no por los liberales, como se podía creer.

"Los conservadores decían que la creación de un departamento con capital liberal era un peligro para la política del occidente, que lo que yo quería era montar una capital liberal para que Camilo Mejía Duque mandara sus hordas a arrasar con sus tierras. Ante esa declaración tan dura no demoraron en detonar los atentados contra mi vida", expresó Jaime Salazar en entrevista concedida a Stella Cano.

Tal acusación fue como colgarle una lápida al cuello, que él mismo se encargaba de quitarse en las noches cuando llegaba en La pulga a casa y veía a sus hijos. Sufrió atentados en Viterbo, Guática, Belén y Anserma, en donde se perpetró el más grave y del que se salvó milagrosamente.

Jairo Cardona tiene ahora 88 años y fue el conductor y escudero de Jaime Salazar Robledo que más tiempo duró con él. Manejó su carro por más de 42 años, y cuidó de la vida de Jaime en más de una ocasión. Él recuerda ese día en Anserma, cuando estaban tratando de convencer a líderes del pueblo para que apoyaran la causa de separarse de Caldas.

"Un bus lleno de pasajeros, procedente de Viterbo, pasó por la esquina en la que estábamos. Entonces una mujer reconoció a Jaime y comenzó a gritar arengas contra él. "¡Mírenlo, ese es el que quiere dividirnos!" Los demás comenzaron a gritar también y al poco rato la tienda estaba rodeada de un montón de personas. La salida estaba taponada por un hombre de ruana y malencarado, que nos miraba fijo. Eso estaba poniéndose feo. El doctor permaneció sentado. La mujer gritaba furiosa, no recuerdo qué decía, pero exasperaba los ánimos. Entonces logré ver la sombra de un hombre menudo que con un arma en la mano apuntaba sobre la humanidad de Jaime, pero no pudo disparar. Por algún milagro, el revólver se le atrancó. Luego se escucharon tres tiros al aire y se escurrió entre la gente que comenzó a correr. Llevé la mano a mi revólver, pero el doctor Jaime me pidió calma. Sin embargo, la gente seguía alterada y ya venían contra nosotros. Tomé al doctor del brazo y buscamos la otra salida, la que estaba cubierta por el hombre enruanado. Entonces vi como sacaba una metralleta de debajo y sus ojos brillaron. "¡Yo me los cargo a todos, doctor!", gritó el desconocido apuntando con su arma a la multitud. "¡No, hombre, no! ¡Cálmese, no vaya a

disparar!", le rogó el doctor Jaime, y aquel hombre nos cubrió con su cuerpo sin dejar de apuntar, hasta que nos pudimos subir al carro y salir huyendo." (J. Cardona, entrevista personal, septiembre de 2015)

Jairo Cardona recuerda que ese día no solo estuvieron en peligro la vida suya y la de Jaime, sino la de mucha gente, ya que lo que empezó con las agresiones e insultos de una mujer que alentaba a la violencia pudo terminar en tragedia.

"Escapamos de Anserma, perseguidos por un *jeep* que cuando vio que ya salíamos del pueblo, decidió devolverse. Eran tiempos difíciles y aunque muchos habitantes de Viterbo se opusieron a la separación de Caldas, hoy en día se arrepienten de no pertenecer a Risaralda. Si el doctor Jaime no hubiese tomado el asunto con la calma del caso, todo hubiera terminado muy mal", añade Jairo, mientras saborea un refresco y sus manos tiemblan leves en el aire, como si aún el espanto de los momentos narrados permaneciera en su cuerpo.

El abogado José Daniel Trujillo, quien fuera Notario Primero de Pereira, y activo militante del movimiento de Unificación Conservadora, explica el papel que tuvieron los habitantes de los pueblos durante la campaña segregacionista. "Los verdaderos adalides de esa pelea de separación de Risaralda eran los líderes de los pueblos, quienes tenían que hacer un trabajo muy duro y enfrentar las consecuencias. Hubo familias que se partieron y terminaron enemistadas debido de la causa separatista. Jaime Salazar Robledo hizo su trabajo parlamentario como

debía hacerse, pero se desconoce la labor de esos que se quedaron en sus pueblos".

Cabe anotar que existió otro fenómeno que sin duda alentó los procesos separatistas. Se trató de las migraciones de campesinos desplazados por la violencia bipartidista. El historiador Víctor Zuluaga (2013) referencia que hubo "Un incremento poblacional entre 1950 y 1960 a medida que llegaron a la ciudad más de 35.000 refugiados por la violencia partidista que azotó especialmente al sector campesino." (p.56).A partir de este fenómeno social se comenzó a reconfigurar la periferia de la ciudad: aparecían nuevos asentamientos; se invadían terrenos, se fundaban barrios, y esas comunidades comenzaron a ejercer una enorme presión política sobre la clase dirigente, en muchas de las ocasiones como se evidencia en los estudios realizados por el padre Fray Arturo Calle, se realizaban desde las comunidades como Cuba. Él mismo alentaba movilizaciones alrededor de esta comunidad para configurar no un barrio, sino una ciudadela. (Calle, 1964, p.28).

También entre los líderes de estos barrios emergentes, surgidos en sectores de Pereira y

Dosquebradas, se ambientó la posibilidad de la separación de Caldas, con el objetivo de tener interlocutores políticos más cercanos y conocidos que aquellos residentes en Manizales. En esos nuevos barrios, se promovieron movilizaciones amparadas en comités cívicos que se sumaban a la gesta separatista por un interés de inclusión y desarrollo. Los pobladores de esos sectores

ondeaban pequeñas banderas verdes que exigían la creación del departamento, y Jaime Salazar Robledo en esos barrios emergentes y periféricos tuvo un papel relevante porque insistía a sus habitantes en la necesidad de consolidar un territorio propio, como primer paso para alcanzar un desarrollo común y próspero.

En las visitas a los pueblos, Jaime Salazar Robledo defendía la necesidad de una completa autonomía administrativa y presupuestal, y arriesgaba la vida para lograrlo. Entre tanto, sus hijos crecían en casa y esperaban a que su padre llegara en la Pulga, a veces casi a la medianoche. Jaime y Jorge, recordaban el sonido del motor de aquel auto celeste cuando anunciaba su llegada. Recuerdan que el sobresalto provocado por aquel sonido, era de felicidad. Muchas veces esperaban despiertos a su padre para escucharlo contar historias; pero, en otras ocasiones, llegaba cuando sus hijos ya estaban dormidos.

Entonces, Jaime Salazar Robledo se conformaba con verlos desde la puerta de sus habitaciones, quizás para vigilar su sueño durante algunos instantes. Luego se dirigía a su santuario: una enorme y nutrida biblioteca en la que repasaba textos y daba vueltas mientras repasaba como había sido su día. Al amanecer, cuando los hijos despertaban para ir a estudiar, lo encontraban dentro de la biblioteca, esculcando entre libros alguna pista histórica, un discurso célebre o respuesta a los eternos interrogantes de un espíritu inquieto.

Martha Lucía, Beatriz Eugenia, Jaime, Jorge Alberto y Patricia Liliana recuerdan que algunas noches, en que

llegaba temprano, se reunían para conversar y escuchar de su padre los relatos de sus correrías y los consejos para llevar una vida recta. Lo esperaban ansiosos los fines de semana, junto con su madre, Rosita, para acompañarlo a algún pueblo y verlo trabajar. Ese era el paseo semanal de la familia.Los niños sentados en la parte de atrás del Volkswagen veían la espalda descomunal de su padre embarcarse en campañas complejas y abstractas para ellos, pero que por alguna razón los llenaban de un profundo orgullo. Todos con los que hablaban expresaban su admiración y respeto por ese hombre que con cada kilómetro recorrido consolidaba una imagen de político "incansable y todo terreno".

Los niños disfrutaban de los paisajes que recorrían en "La pulga". La carretera se abría a los sueños de todos, hasta llegar a esos lugares en donde escuchaban y trataban de comprender las necesidades de otros. Durante el camino, Jaime Salazar les enseñaba lugares y les hablaba de los valores, de los principios humanos que debían regir el mundo, de dar y entregarse. Ahora, con los años, Martha reconoce que tales consejos parecieran ser poco prácticos hoy en día, pero que sin ellos hubiera muy difícil desenvolverse en un mundo contradictorio, violento y enfermo.

Un olor a gasolina y cuero, tan propio de los autos de entonces, acompañaba esas mañanas de domingo, cuando Jaime Salazar Robledo conducía el Volkswagen para llevarlos a los pueblos, a las misas inaplazables y sagradas para él. Al bajarse en algún pueblo, iban a la casa del

dirigente conservador del municipio, jugaban en las plazas, comían en las tiendas de las esquinas, conocían gente nueva y luego subían a "La pulga" azul para emprender otro camino. En esos viajes todos sabían que se encontraban un poco más con él, y entendían, desde la práctica, las razones profundas de Jaime para buscar un mejor estar de sus conciudadanos. Patricia recuerda aún la espalda de su padre, eso era lo que podía contemplar desde la parte de atrás de la Pulga, una espalda que parecía soportar el peso de un departamento emancipado, la espalda enorme de un hombre que protegía a su familia de los desmanes del mundo y les enseñaba a dar.

"La pulga" se convirtió entonces en un símbolo de encuentro, de familia, de unidad. En las navidades, después de armar el inmenso pesebre, Jaime Salazar llenaba el carro azul de regalos que llevaban a los barrios más pobres. Y para la celebración del Año Nuevo, a las 12 de la noche, le amarraba al carro, en la parte de atrás, tarros vacíos y salía junto con sus hijos a recorrer las calles y hacer su propia algarabía de celebración.

En la temporada escolar, se distribuían miles de cuadernos en los barrios, corregimientos y veredas. Un sello azul les recordaba el nombre del político que los consiguió. Nunca a alguien se le había ocurrido obsequiar cuadernos y tal práctica fue tan exitosa que comenzó a ser copiada por otros dirigentes. La bodega del Volkswagen permanecía repleta de regalos

Jaime el hijo, acompañó las maratónicas travesías de su padre en la campaña de 1970. Fue testigo de sus discursos,



(Foto familiar álbum de la familia)

de las madrugadas constantes, pudo sentarse a su lado en el carro azul, ya no veía la espalda de su padre, sino como el vehículo surcaba los caminos y persistía, pese a los años, en el cumplimiento de su misión. Había una cierta semejanza entre "La Pulga" y su papá. En muchas ocasiones se topaban en el camino con otros políticos, quienes apenas iban hacia los pueblos de los que ellos regresaban. Se detenían a mitad de la carretera a conversar y entonces advertía en ellos, primero un gesto de incomodidad y luego de admiración y respeto ante tanto ímpetu y determinación.

Luego de entender lo que significó La Pulga para su padre, recibir ese vehículo fue un legado inolvidable para el mayor de sus hijos varones.

Con el paso del tiempo, casi todos los descendientes de Jaime Salazar aprendieron a manejar carro tras el volante de la "La Pulga". El añoso Volkswagen fue perdiendo fuerza y terminó estrellado contra un barranco, cuando era conducido por una joven aprendiz. "La Pulga" no sufrió mayores daños, pero fue vendido a un amigo. Luego pasó de dueño en dueño, perdiéndose el rastro. Dicen que terminó en una finca, a la salida de Armenia, convertido en un "buggy escarabajo".

Es probable que Jaime Salazar Robledo sintiera cierta nostalgia al ver el final de "La pulga", pero sus múltiples ocupaciones le impedían los sentimentalismos. El auto ya había cumplido con su misión, ayudó a armar el mapa de Risaralda, a consolidar comunidades alrededor de la idea de unterritorio. El Volkswagen se desgastó entre las carreteras, dejando su alma y sus pernos en el camino. Por eso, en los años ochenta, cambió aquel viejo carro por un campero Toyota.

Quizás, en algún momento de soledad, observando en su biblioteca la foto en la que reluce "La pulga" detrás de él y su esposa Rosita, que se ven sonrientes, hubo un suspiro de agradecimiento por ese Volkswagen, que fue, durante décadas, parte de su identidad política.

Durante la celebración de los 50 años de creación del Departamento de Risaralda, el entonces gobernador Sigifredo Salazar Osorio rindió un homenaje a los gestores del departamento, entre ellos Jaime Salazar Robledo y, a través de su familia, reconoció el laborioso compromiso por la consolidación de la entidad territorial..

CAPÍTULO . III
CRECER



(Fotografía de la familia paterna de Jaime Salazar Robledo).

El colegio

Jaime Salazar Robledo comprendió en su bachillerato, en el Colegio Oficial de Varones de Pereira, que confrontar a un profesor con tendencias liberales y cuya cátedra de historia y geografía reflejaba una especie de animadversión en contra del libertador Simón Bolívar, no era nada fácil. Y mucho menos asumiendo una postura conservadora como la que él había adoptado desde su niñez, en una época en la que los ánimos partidistas parecían cada vez más agitados. Pero fueron su rebeldía y la terquedad política que lo caracterizaba lo que lo impulsó a enfrentarse en un combate en el que él llevaba todas las de perder.

Había puesto su futuro académico en riesgo cuando decidió defender la imagen de un Simón Bolívar diferente al que su profesor Pedro Cuéllar desdibujaba en clase. Advirtió que para poder confrontar a su maestro, debía ante todo llenarse de argumentos, y para lograrlo, empezó a dotar supropia biblioteca. Compró una colección de libros de historia que hablaban del Libertador y tras sus lecturas se llenó de los conocimientos necesarios y los argumentos de rigor para probar en el aula y a su maestro que, Simón Bolívar no era un "sargentón afortunado" como el profesor Cuéllar señalaba en clase, y que tampoco se le podían imputar los crímenes de los cuales acusaba al prócer con descrédito y rabia.

"Era evidente -decía Jaime Salazar- el desprecio del profesor por la memoria e imagen del libertador". Creyó necesario, sin ser él un historiador, defender no solo la

imagen de Bolívar, sino también su arraigada postura conservadora. Y así fue como empezó ese debate político que sostuvo hasta sus últimos días, en defensa de sus ideales.

El profesor Cuéllar se empecinó en castigar a Jaime Salazar calificando mal un ensayo que él consideraba poco convincente, poniendo así en riesgo su graduación. Para Jaime, lo que ocurría era que, en lo escrito por él, se advertía una seria y provocadora contradicción a lo enseñado en clase. Era lógico lo que ocurría al interior del colegio. Ambos: profesor y estudiante, estaban enfrentados en una puja de poder en la que la política y la formación ideológica prevalecían por encima del conocimiento.

El profesor Cuéllar intentaba desmoronar con una intención política lo que la institucionalidad había creado a través de los años durante la Era del bronce en Colombia, narrando su propia versión de un Bolívar ajeno a los libros que lo enaltecían. A la par, Jaime Salazar era un estudiante entusiasta y evidentemente conservador, que trataba de argumentar lo aprendido por sí mismo a través de los libros consultados y de la historia narrada de generación en generación al interior de su familia, sin ceder un centímetro en sus convicciones.

Aquella era una época difícil. La segunda guerra mundial azotaba el planeta, Colombia parecía debatirse entre dos discursos altamente polarizados y la puja de poderes llegaba a las aulas de distintas maneras. Pero, ¿cómo llegó Jaime Salazar a ese punto inquebrantable en el

que estaba dispuesto a defender su ideario hasta el punto de perder el bachillerato?



PABLITO SALAZAR
Pro-hombre de la Raza

{[Fotografía de un artículo de prensa del Diario. Recorte de un álbum familiar], Septiembre de 1956}

Pablito

Jaime Salazar Robledo nació en el seno de una familia histórica para la ciudad, en la que su abuelo, Pablo Salazar Osorio, se había convertido en uno de los líderes más destacados de la naciente Pereira. Aquel prohombre vivió 85 años y fue uno de los fundadores de la Sociedad San Vicente de Paul, la cual tenía como misión ayudar a los más desvalidos de la ciudad. Fue el primero en ayudar a construir la capilla San José, y donó la mitad de los terrenos para las galerías centrales de la ciudad. Don Pablo Salazar nació en 1871, en el municipio de Villa María. En 1891, con 20 años de edad se estableció en Pereira al lado de su esposa Sarita Londoño. Tuvo 13 hijos, entre mujeres y

hombresque se establecieron en la ciudad. Don Jesús, el hijo mayor y padre de Jaime, se dedicó a la construcción. Sin ser arquitecto, ganó una amplia reputación, ya que las casas que construía eran sólidas y bien diseñadas. Fue contratado para dirigir la construcción de edificaciones que aún hoy en día, persisten en la ciudad. Una de ellas, ubicada en la carrera séptima con calle 15 de Pereira, es la edificación de tres pisos, en donde opera la emisora Ecos 1360 Radio.

Jesús Salazar Londoño contrajo matrimonio con Hermilda Robledo Benítez y tuvieron doce hijos, entre los cuales nació Jaime Salazar Robledo, un 15 de abril 1925, en la ciudad de Pereira.

Las figuras del padre y el abuelo tuvieron una fuerte influencia en Jaime. La vocación del constructor y hombre recio, tan propia de don Jesús, fue heredada por él, así como el pensamiento altruista, solidario y de valores religiosos bastante arraigados de su abuelo. Al ver trabajar a su padre, construyendo las edificaciones, Jaime comprendió que también él debía dejar una huella, y con los años fue configurando un pensamiento político, en el que los valores familiares, el respeto por el otro, la opción de vivienda y la ayuda a los pobres orientara su ideario, acompañado por un sentimiento católico, bastante poderoso. La solidaridad con el prójimo y la ayuda al más necesitado, eran tan importantes como la infaltable asistencia a la misa dominical. Con ese mismo fervor cristiano fue que levantó su estructura política.

Al abuelo Pablito, fue a quien le heredó esa vocación social y el amor por los libros. El abuelo tenía una enorme biblioteca con todo tipo de libros que hablaban del cambio y de la conciencia social. Para Jaime Salazar Sierra, mucho de la estructuración del discurso de su padre tiene que ver con el abuelo. "No creo que sea solo por sus creencias católicas, sino por una estructura familiar y social, construida con estudio y lecturas".

Jaime Salazar Robledo estudió toda su primaria con los Claretianos, quienes contaban, a su manera, lo acontecido en la guerra civil española. Esto provocó en él una necesidad perentoria de conocer, o al menos intuir, el mundo que le tocó vivir. Procuraba estar enterado de las noticias internacionales: el auge de los nacionalismos en Europa; la crisis económica por la gran depresión; el inicio de la segunda guerra mundial. Llevaba hasta su casa aquel conflicto, analizaba sus implicaciones y las posibles consecuencias que tendría en tierras americanas.

Durante toda esa época forjó un pensamiento conservador. Había atendido las enseñanzas rigurosas de sus padres, de los sacerdotes, de lo que escuchaba en las misas dominicales, hasta que él mismo se consideró bien formado ideológicamente, dentro de los parámetros propios del conservatismo. Por eso, cuando su padre le ofreció que terminara sus estudios en el colegio La Salle, prefirió ingresar al Colegio Oficial de Varones, hoy Deogracias Cardona. Lo hizo impulsado por la curiosidad y la convicción que se revolcaban de manera intensa en su mente. El propósito era claro: "Quería conocer a los comunistas, saber cómo pensaban, cómo actuaban, y era

en ese colegio endonde sabía que estaban muchos de ellos". Esa decisión era parte de lo que él consideraba un necesario estudio político, que aunque hacía de manera empírica, esperaba le diera el rigor de la experiencia. Jaime Salazar quería conocer el otro lado de la política, ese que su familia tanto temía, del que hablaban entre susurros o de manera airada en la casa. Él debía enfrentar el espanto del comunismo y de los liberales en aquella época tan sectaria. Sabía o al menos intuía, que en aquel colegio encontraría los argumentos necesarios para debatirlo y, aprovechando aquellos tiempos convulsionados, comenzó a entretejer su propia estrategia de liderazgo.

La segunda guerra mundial estaba en pleno apogeo. La misma, por su carácter global había llegado al colegio municipal de una pequeña ciudad llamada Pereira, perteneciente a un país suramericano desconocido para el mundo, y que quizás no encajaba en los planes militares del momento. Aun así, las noticias de la guerra llegaban en los descansos. Los muchachos y los profesores, se enteraban todos los días de los avances y las batallas, ya fuera a través de la radio o leyendo La Patria o El diario de Emilio Correa. Se alineaban a favor de un bando u otro, mientras elaboraban discursos justificando la guerra u oponiéndose a la misma. Aquel colegio, de pronto, se convirtió en un borbotón, en el que los enfrentamientos eran habituales y subían de tono en los recreos o en las clases.

Comandos al ataque

En ese contexto, un 7 de agosto de 1941, Jaime Salazar Robledo crea en el colegio el primer comando de

juventudes conservadoras, junto con Arturo Castaño y Luis Zuluaga. Confiesa en una entrevista que: "De un modo muy mesurado, compartía las ideas del grupo de países nacionalistas liderados por Alemania, Italia y Japón, aunque no sus métodos ni las acciones cometidas por Hitler". Para él, la Segunda Guerra Mundial no era un asunto de ideologías sino un pretexto para la conquista del comercio mundial, ya que Alemania a través de una política efervescente estaba desplazando la industria de otros países, apoderándose de la misma en Europa y de distintos mercados del mundo.

Esta forma de pensar lo llevó a enfrentarse a docentes y estudiantes contradictores.

Aquel primer comando de juventudes conservadoras que conformó con un grupo de muchachos que comulgaban con sus ideas, consolidó grupos de discusión acerca de la guerra y la política nacional. Los estudiantes empezaron a tomar partido. Unos apoyaban a los aliados. Otros defendían los nacionalismos. Algunos enarbolaban las ideas comunistas. A través de las contradicciones ideológicas y políticas se gestaba un conflicto que al rector de la época, el mismísimo don Deogracias Cardona, se le antojó insoportable. ¡La guerra había llegado a su colegio!

Por eso reunió a todos los estudiantes y en lo que se consideró un llamado de atención público, pidió mesura a Jaime Salazar, porque aquel joven movía sus cuadros políticos en los salones, poníanerviosa a la autoridad y fomentaba discusiones cada vez más ardientes. El colegio

no podía ser un reflejo de lo que sucedía en el país y en el mundo; por el contrario, debía ser un lugar neutral y así lo pactaron.

Ese primer incidente puso a Jaime Salazar Robledo en una situación incómoda, sobre todo después de la muerte de don Deogracias Cardona, en abril de 1943. Un infarto silenció al Colegio Oficial de Varones. Una baja más en medio de una guerra mundial. Sin embargo, ese deceso no ocurrió por las balas o las explosiones. Don Deogracias Cardona murió entre las tizas y el barullo de sus estudiantes. Aquel hombre, tan dedicado a la educación, logró con su muerte, que el colegio encontrara al fin la tregua que tanto anhelaba.

Después de la muerte del fundador, un nuevo cuadro directivo llegó a la institución, la cual adoptaría el nombre de Colegio Deogracias Cardona. Aquella nueva administración estaba liderada por Pedro J. Marín, su primer rector, quien tenía una evidente inclinación liberal. Jaime Salazar notó con preocupación que la rectoría quería extirpar todo foco conservador al interior del colegio. Quizás se hubiese tratado de una paranoia propia de cualquier joven con inclinaciones políticas, pero los sucesivos incidentes que se presentaron con el profesor Cuéllar anunciaban el infierno en que se convertiría el bachillerato de un estudiante resuelto a dar la pelea por defender sus convicciones.

Durante un largo tiempo, Jaime percibió la sutil persecución. Reagrupó a sus compañeros, quienes seguían debatiendo los temas de la guerra que ya finalizaba, e

informándose a diario de lo que ocurría en el mundo y en el país. Arturo Castaño, quien era interno en la institución, le dijo a Jaime que se cuidara. Había escuchado que lo iban a expulsar y todo dependía del resultado de las elecciones presidenciales de ese año: 1946.

Jaime Salazar Robledo reorganizó sus cuadros. Así le decía al grupo de seguidores. Sabía que su destino dependía necesariamente de una situación en la que poco podía incidir. Aun así, promovió una suerte de campaña en la ciudad, entre amigos y familiares, para que se votara a favor del conservatismo representado en el Ospinismo. Su destino escolar dependía de la elección de una patria convulsionada, de un mundo que quedó enloquecido por la guerra.

Cuellar y el "sargentón" afortunado

Aquel año, en Colombia, se estaba jugando algo más que una presidencia. Eran tiempos complejos, en donde las divisiones se hacían cada vez más sectarias. Los liberales oficialistas acompañaban la candidatura de Gabriel Turbay; los conservadores estaban con Mariano Ospina Pérez, y un grupo bastante significativo de rebeldes liberales le apostaban a Jorge Eliécer Gaitán.

Mientras tanto, los debates en clase alrededor de la vida de Simón Bolívar no eran más que un pretexto para aquel pulso de poder que se gestaba afuera de las aulas. Los asesinatos sistemáticos de líderes liberales en las regiones, los ánimos caldeados en las calles, el discurso de denuncia de Jorge Eliécer Gaitán, la acomodación de fuerzas conservadoras, la participación política de la fuerza

pública ocasionaría un nuevo desangre en la historia de Colombia.

El comando conservador del colegio Deogracias Cardona tomó partido a favor de Ospina y al interior del plantel resurgieron las tensiones, como una enfermedad que se creía controlada. Pedro Cuéllar era sectario, lo era Jaime, y lo eran los del comando. La frase de Cuéllar al referirse al libertador como "sargentón afortunado" provocó la ira del grupo, convirtió dichas clases en un tormento y colocó a Jaime Salazar en principal opositor del maestro. Jaime rectificaba al profesor en público, de una forma tan argumentada y elegante, que provocaba la ira de Cuéllar, dolido por la indoblegable impertinencia de aquel jovencito.

Faltando poco para graduarse, el profesor Cuéllar programó un examen cuyas preguntas generaron en Jaime una mayor resistencia: ¿Qué incidencia tuvo la iglesia católica en la conquista y en la colonia? ¿Qué opinión le merece a usted la personalidad del general Bolívar? ¿Qué concepto tiene del gobierno de Alfonso López Pumarejo?

"¡Este es un examen de criterio, no de conocimiento de la materia!", acusó Jaime, a lo que el profesor le respondió de manera tajante que sí, y que las preguntas debían ser resueltas según lo enseñado en clase: "O le pongo un uno", sentenció el profesor de manera desafiante.

"¡Entonces póngame un uno, porque contesté como católico y como conservador!" respondió Jaime entregando una hoja que temblaba en su mano.

El profesor cumplió la sentencia de manera contundente y Jaime tuvo que acudir a instancias mayores para poder salvar su año escolar. Después de su visita a la secretaría de educación de Caldas, las directivas del colegio advirtiendo el escándalo en ciernes acudieron a mediadores externos para que evaluaran de nuevo el trabajo que provocó tamaña discusión y con el que el profesor y la institución misma se jugaban su prestigio.

Los mediadores dieron su veredicto. Encontraron en el trabajo expuesto por el estudiante un nivel excelente de argumentación y conocimiento de la materia. Un profesor de La Salle calificó aquella prueba con un cinco y el profesor delegado de la secretaría de Educación advirtió que en el aula se estaban debatiendo asuntos de índole político, percibió las diferencias entre el profesor y el estudiante e instó a Cuéllar a ceder y mejorar su calificación. El profesor entonces calificó con un 3 aquel trabajo, con lo cual Jaime Salazar Robledo ganó apenas con lo justo, no solo el año, sino el debate y la fuerza para lo que a partir de ese instante se convertiría en su carrera política.

Había ganado Mariano Ospina la presidencia. Su comando había salido victorioso de esas gestas políticas y Jaime, mucho tiempo después, concluiría que su graduación en el colegio fue unmilagro político, y que su apoyo leal, de principios, al conservatismo le había permitido terminar con éxito un año escolar que se le hizo insoportable.

En un acto que él mismo, tiempo después, calificó de grosero y arrogante, se paró frente al rector mostrando su

examen y les dijo con un tono casi pendenciero: "Ahora sí, expúlsenme si pueden".

Nunca más volvió a enfrentarse con el profesor Cuellar. Los contradictores de sus ideas comenzaron a ser otros, más fuertes y difíciles, por eso recordaba con hondo respeto y afecto aquel debate ganado en el colegio, porque en esa batalla se templó su espíritu político.

La corbata azul

Con su convicción fortalecida y el ímpetu renovado, Jaime Salazar Robledo se fue a estudiar derecho en Bogotá. Durante los primeros semestres alcanzó notables calificaciones, pero los sucesos del 9 de abril de 1948, cuando asesinaron a Jorge Eliécer Gaitán, provocaron en él un impacto espiritual de tal dimensión, que se vio obligado a devolverse a Pereira para recapitular su camino.

Jaime Salazar Robledo fue testigo presencial de "El Bogotazo".

"Vi el infierno" dijo en alguna ocasión a sus hijos. "Debía escabullirme entre las calles, mientras que los tranvías ardían. El fuego se alzaba por sobre los edificios. Las miradas de terror de mujeres y hombres que intentaban atravesar las calles, en medio del cruce de balas de francotiradores apostados en las esquinas. Los fusiles que yo veía eran nuevecitos, entonces comencé a sospechar que todo estaba planeado desde antes. Sentí miedo, pero así crucé media Bogotá, obligado a ver un médico debido a que estaba enfermo por causa de la mordedura de un

perro. Observé la masacre de personas y por primera vez en mi vida tuve que negar mis raíces conservadoras. Estaban disparando contra la gente que tuviera cualquier distintivo azul; una corbata, un vestido, un pañuelo. Me quité la corbata cuando vi a dos hombres que habían acabado de asesinar a otro con machetes y que se me acercaban amenazantes. Quise cambiar de andén, pero era tarde. Ambos se me quedaron viendo y me gritaron: "¡Viva el gran partido Liberal! ¿Verdad?" Yo los miré fijo y sonreí: ¡Sí! ¡Qué viva! grité, y los hombres se fueron dejándome vivo frente al cadáver."

Ese día algo cambió en él. El hecho de ver las decenas de víctimas provocadas por la escalada de violencia e intolerancia política, le permitió comprender que solo existía una forma de vencer ese fantasma de la muerte que empezaba a invadir el país. Entonces, una calma casi sobrenatural invadió su espíritu y entendió que las diferencias no se podían debatir entre cuchillos o balas sino a través de las ideas, de la caballerosidad y el diálogo. Pensó en Cuéllar, su profesor de sociales, el primer hombre al cual logró confrontar a través de la argumentación, aquel maestro le había enseñado entonces, sin que Jaime sospechara el aprendizaje adquirido, a debatir desde el respeto. Pensó en aquel debateescolar y supo que solo así, en una confrontación certera y clara de ideas se podía vencer al contradictor, sin tener que padecer las consecuencias aterradoras de las que ahora era testigo. La violencia no era aceptable como método. Una postura sin duda presocrática, en la que el conocimiento, la serenidad y la capacidad de argumentación serían sus únicas

herramientas, en tiempos en donde la violencia comenzaba a erguirse sobre la razón. Luego, vencido por una fiebre repentina, producto de la hidrofobia que le provocó la mordedura de aquel perro, se devolvió a Pereira para seguir con el tratamiento, y esperar en la calma de su hogar, a que las cosas se sosegaran un poco, sus ideas se reafirmaran y la nación recuperara un cauce que jamás sería el mismo.

CAPÍTULO IV

EL DIRECTORIO DEL CAMBIO SOCIAL.



(Galeano, U. 1981) Foto del archivo del directorio del conservatismo del Cambio Social. Desde cuando se incluyó el nombre del Cambio social al directorio Ospino Pastranista. Quedando como Directorio Ospino Pastranista del Cambio Social.

Durante ese lapso en el que Jaime Salazar permaneció en la ciudad, hizo parte del directorio comité conservador de Pereira. Había conocido de cerca al presidente de la república Mariano Ospina Pérez, y convertido ya en un ferviente seguidor, decidió defender sus ideas.

Durante esos días, el directorio político se encontraba dividido entre los seguidores de Laureano Gómez y los simpatizantes del senador caldense Gilberto Alzate Avendaño. Por tal motivo, necesitaban de un integrante que equiparara las cargas del debate, y aquel joven impetuoso, que había llamado la atención de la clase dirigente pereirana, logró incorporarse al directorio y de paso introducir el Ospinismo en la ciudad.

Pero ¿qué significaba introducir el Ospinismo en la ciudad? Para comprender mejor las divisiones al interior de un partido político que en ese entonces y ante las situaciones que se presentaban en el país, habría que remitirse un poco a los orígenes del conservatismo.

Luis Mariano Ospina Pérez fue electo presidente de Colombia durante el último año escolar de Jaime Salazar Robledo, es decir en 1946. Desde entonces, Jaime Salazar estableció una suerte de afecto y respeto hacia aquel presidente cuyas ideas se amparaban en lo que se llamó el modernismo conservador. Mariano Ospina Pérez representaba dentro del partido una tendencia renovadora y de conciliación. Del otro lado, estaba el ala más radical, el Laureanismo, mucho más autoritaria y reacia a cualquier tipo de negociación.Mariano Ospina Pérez nació el 24 de noviembre de 1891 en Medellín. Nieto

del expresidente Mariano Ospina Rodríguez, quien fue uno de los fundadores y primeros ideólogos del partido conservador, surgido en 1849, como resultado de años de confrontación entre los generales Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander. El conservatismo -más cercano a las ideas del Libertador- defendía un Estado centralista y moderado, opuesto a las posturas del Partido Liberal. Por eso, Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro elaboraron un documento denominado "Programa Conservador de 1849". Se trataba de un manifiesto que contenía el ideario fundamental del conservatismo, inspirado principalmente en Platón y Aristóteles, y en los pensadores cristianos como San Agustín, Santo Tomás y el filósofo español Francisco Suárez. El pensamiento político del Libertador pesó mucho en la configuración del programa político de 1849. Los postulados del conservatismo se basaban en: "la condena de todo acto contra el orden constitucional, la legalidad, la moralidad, la libertad, la igualdad, la tolerancia, la propiedad, la seguridad y la civilización "Somos Conservadores –pronunció Caro- y así nos llamamos con orgullo porque hay mucho que conservar. Hay que conservar al individuo, hay que conservar la dignidad de la persona humana, hay que conservar la familia, hay que conservar la propiedad, hay que conservar el derecho, hay que conservar la justicia, hay que conservar la sociedad, hay que conservar la República".(Chalela, 1983, p.193)

Algunos opositores planteaban que estas posturas no eran más que una nostalgia por el colonialismo, una búsqueda de la defensa de lo privado, incluyendo la defensa de la esclavitud; pero, Mariano Ospina Rodríguez,

promovía la industria y el comercio como portadores de libertad y democracia, y bajo ese concepto, su nieto Mariano continuó dándole una línea de modernidad al partido conservador. Esa actitud de renovación y con posiciones más moderadas, le permitieron ser electo, con 565. 939 votos, presidente en las elecciones de 1946, en donde el partido liberal que estaba dividido, postuló a dos candidatos: Gabriel Turbay, quién obtuvo 441.199 votos y Jorge Eliécer Gaitán, quien recibió 358.957 votos.

Durante el mandato de Ospina Pérez, se construyó Acerías Paz del Río, se creó la Empresa Colombiana de Petróleos (Ecopetrol) y se inauguró el oleoducto entre Barrancabermeja y Puerto Berrío. La explotación de petróleo permitió mejorar la infraestructura de carreteras y la extensión del tendido eléctrico, así como la creación de diversas centrales hidroeléctricas. En ese cuatrienio, 1946- 1950, se crearon la empresa nacional de Telecomunicaciones, Telecom, el Instituto de Seguros Sociales, el Instituto de Crédito Territorial y el ICETEX, una institución crediticia para educación superior. También se institucionalizaron la Registraduría Nacional del Estado Civil y dos nuevos ministerios: Higiene (hoy Salud) y Agricultura. (Ocampo, s.f.)A lo largo del siglo XX, el conservatismo mantuvo dos claras tendencias: la ortodoxa de Laureano y la Ospinista, más moderada. Los acontecimientos del 9 de abril de 1948 dividieron aún más al partido y Jaime Salazar Robledo tomó posición.

Mientras Mariano Ospina Pérez soportaba los embates de su principal contradictor político Laureano Gómez, Jaime hacía lo propio en la ciudad, procurando defender un

ideario que los mantuviera a todos al margen de radicalismos violentos.

Tras el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán y luego de un tiroteo en el interior del Capitolio Nacional, que cobró la vida de dos congresistas, el entonces presidente Mariano Ospina clausuró el Congreso y resistió un intento de golpe de Estado perpetrado por opositores políticos y generales de las fuerzas militares, entre ellos Rojas Pinilla. Ese oscuro episodio midió la fortaleza del presidente, a quien le tenían un avión preparado para que se marchara del país, pero prefirió mantenerse firme en la casa presidencial junto con su esposa, negándose a entregar el poder. "-Más vale un presidente muerto que uno fugitivo." Dijo en ese entonces, y tal frase, casi lapidaria, retumbó en Colombia y llegó a oídos de Jaime Salazar. Entonces, la admiración hacia Mariano Ospina Pérez fue una declaración permanente de principios que cada año él le renovaba a través de un telegrama al expresidente, resaltando su "postura valiente" en la defensa de los ideales democráticos.

En 1950, Ospina Pérez entregó la presidencia a Laureano Gómez, promotor de una línea política más radical y quien basaba sus ideas en los postulados nacionalistas de Francisco Franco, la Alemania Nazi, y la Italia de Mussolinni, las que conoció y aprendió durante su embajada en Alemania. Laureano Gómez aprovechó la violencia bipartidista para llegar al poder y además el retiro por "falta de garantías" de su contrincante liberal, Darío Echandía, a quién le asesinaron a su hermano Vicente, en plena campaña electoral.

La apuesta de Laureano era más totalitaria aún que sus modelos europeos. Soñaba con "la República perfecta", el estado corporativista basado en la total autonomía del sufragio y la agrupación de la sociedad por gremios. *"De hecho, el proyecto tenía un alto componente de culto de la autoridad civil y de la eclesiástica. Finalmente, la vuelta al Estado confesional absoluto implicaba la existencia de beneficios para lo católico* como restricciones para lo proveniente de otros credos". Sin embargo, Gómez debió abandonar el cargo en 1951, a causa de un paro cardíaco. Durante el gobierno de estos dos presidentes se vivió la época más dura de la violencia política. Jaime Salazar lo sabía. Fue testigo de lo que esa violencia podía representar. Entonces asumió una postura centrada y tranquila durante sus días en el directorio. Se marginó con inteligencia de ciertas discusiones y asumió su rol de secretario con actitud paciente, aprendiendo a observar y a moverse entre vericuetos políticos de la época, esperando su turno para brillar. Los Alzatistas representaban un ala insurgente del conservatismo, que también luchaba contra el poder hegemónico de Laureano Gómez, pero de una manera que algunos calificaron de igual de radical, a tal punto que, a muchos seguidores de ese caudillo conservador, originario de Caldas, se les veía vestidos de camisas negras y enarbolando las ideas de Mussolini con apasionados discursos. Alzate fue una importante figura política que lideró su propio movimiento desde el Senado, y al mismo ya se habían adherido bastantes seguidores en Pereira. Ambos sectores: alzatistas y laureanistas se debatían en discusiones airadas y estériles, mientras que el país se derrumbaba en las montañas.

Jaime era muy joven, impetuoso y con un objetivo claro. Por eso, cuando empezó a advertir la lucha entre ambas partes, decidió aferrarse a esa idea de la conciliación y el respeto que había adoptado de su familia y que Mariano Ospina representaba. Decidió proyectar en su mente un sueño de modernidad y democracia que siguiera fiel a las bases fundantes del conservatismo, y desde ahí comenzó a construir su propio proyecto político, con rigor y disciplina.

Tal vez en un principio, Jaime Salazar Robledo se vio seducido por las ideas nacionalistas de la Europa los años 30 y 40. En el colegio, al igual que muchos conservadores, conoció de cerca las decisiones de los gobiernos de España. Alemania e Italia, y compartió algunos postulados, pero con el transcurrir de los años y tras conocer la realidad de la época que le había tocado, comenzó a virar hacia el centro del espectro político, en donde desarrolló su carrera como dirigente conservador.

Elegido secretario del directorio municipal, Jaime Salazar empezó a manejar las comunicaciones del mismo para todo el país. Él era el encargado de la correspondencia y las averiguaciones acerca de las personas que querían integrar el partido en la región. Fue ejerciendo este cargo, que comenzó a ganar adeptos, ya que su labor en las comunidades le permitió ser más visible y, debido a las divisiones internas del directorio, Jaime Salazar, en silencio y con prudencia, abrió camino propio y tomó distancia de los extremos, representados por Laureanistas y Alzatistas.

Las constantes confrontaciones dieron pie a que personajes importantes se retiraran de aquel comité. Se quedaron solo los Alzatistas, entre ellos Benjamín Baena Hoyos y Jaime Sanz Hurtado, quienes terminaron turnándose la presidencia del directorio. Pero el factor organizacional del partido recaía sobre Jaime Salazar, quien a partir de ese momento fue ganando fuerza y consolidando cada vez más al Ospinismo entre la comunidad.

Cuando se dieron cuenta de que Jaime Salazar estaba cobrando fuerza en una carrera solitaria y austera, con una importante cantidad de adeptos, volvieron a unirse el Alzatismo y el Laureanismo, para hacerle frente a aquel joven estudiante de derecho que hacía política a sus espaldas. "Estaban indignados!" Exclama Jaime en la entrevista concedida a Stella Cano "Yo era apenas un estudiante, sin poder económico ni representación política en la administración". Jaime lo sabía y era consciente de los celos que provocaba semejante atrevimiento. Quiso entonces bajar el perfil, pero era ya demasiado tarde. Se le había metido en la cabeza, la necesidad imperiosa de medirse al lado de ellos.

El partido se volvió a dividir, como siempre, como desde el principio de la patria. Dualidad de pensamiento. Especie de bipolaridad compartida, la misma que había sembrado ese bicho violento dentro del espíritu mismo de la nación. Bipolares todos: los partidos, las empresas, la insondable creación de un nombre para la nación latinoamericana, demasiado joven aún para comprender su misión terrenal.

Ahora se trataba de una lucha de poder entre el Ospinismo y los otros dos grupos. Había que borrar del mapa político a Jaime Salazar Robledo, eliminarlo como contendiente.

Cuando advirtió las amenazas existentes, decidió confrontar al directorio. Los miró de frente y les dijo que él estaba en trance de regresar a la universidad, que no aspiraba a ningún cargo de poder y su prioridad era terminar los estudios de derecho.

"Señores: Llevo 18 años haciendo política y nunca le he dicho a mi comité que me postule ni siquiera para la última suplencia del concejo. De manera que tengo derecho a que me crean que estoy haciendo política con abnegación y desprendimiento, pero no puedo tolerar tampoco que ustedes pretendan crear una situación difícil por caprichos y celos con un estudiante que no es rival de nadie. Si insisten, les propongo que hagamos un plebiscito para elegir directorio municipal, y nos daremos cuenta acerca de cuántos votos tiene cada uno, y les propongo además que en el nuevo directorio no incluyan mi nombre. Hago la campaña, pero no incluyo mi nombre. Les doy esa garantía, para que no piensen que mi nombre va a acabar de arrastrar la lista". (Banco de entrevistas realizadas por Erney Ocampo y Stella Cano) (propiedad de la emisora Ecos 1360)

Lo dicho, había en Jaime un ímpetu desbordante, un afán casi desmedido por hacerse contar. Los políticos de ese entonces tenían la fuerza necesaria para derrotarlo, pero aun así y pese al desgaste que semejante empresa

exigía, decidió computar por primera vez sus alcances. Un reto juvenil antes de volver a Bogotá. Ellos aceptaron la propuesta. Lanzaron una lista de Alzatistas -tan fuertes en todo Caldas- y la cual estaba marcada por nombres muy importantes como José Domingo Escobar, Lázaro Nicholls, Pedro Hernández, entre otros, contra los Ospinistas, es decir Jaime. Sus contrincantes tenían los medios, el poder y un deseo ardiente por sacudir a ese muchacho pretensioso.

Jaime Salazar Robledo, el político más conservador que ha tenido la ciudad, inició entonces su carrera hacia las urnas, gracias a la ayuda de un liberal. Eso confesó tiempo después, cuando recapitulaba sus orígenes en entrevista con Stella Cano. Evitó hundirse en radicalismos innecesarios, no se negó al apoyo de un liberal de la época llamado Omar Henao Correa, quien estaba agradecidocon Jaime por un favor realizado a tiempo. Se dio cuenta de la dificultad que atravesaba el joven, carente de medios económicos para afrontar tal reto. Por lo tanto, le prestó un jeep para que hiciera la campaña, para que recorriera las veredas, municipios y las calles anunciándose como promesa.

El joven Jaime condujo durante dos semanas aquel carro. Realizó visitas a casas y poblaciones. Madrugaba desde muy temprano. Él mismo hacía sus carteles. Invitaba a las personas a votar. Llevaba a uno que otro líder en el jeep y comenzó a comprender que así sería su carrera y que solo a través de esa disciplina lograría triunfar. Sus padres lo veían tan resuelto y empeñado que eran ellos mismos quienes lo alentaban a despertarse temprano. Tomaba un

chocolate, mientras su madre le sonreía y a veces negaba con la cabeza como diciéndole: "Ay hijo, en qué te estás metiendo".

Su padre, quien era austero con las palabras, lo veía subir al *jeep* y apenas palmoteaba su espalda como para darle un empujón hacia ese futuro obstinado que él se empeñaba en alcanzar. "-Si quiere llegar más lejos, vuelva a Bogotá a terminar la universidad" le dijo en alguna ocasión.

Jaime sabía que así debía ser, pero antes era necesario dejar marcado un territorio, poner su huella azul en medio de un directorio anquilosado quizás, que vería tarde o temprano nacer su nombre y su causa.

El resultado de tal obstinación fue contundente el día de la consulta: Ganó el Ospinismo: 150 votos sacaron los del grupo contrario, 3700 votos fueron a favor de Jaime Salazar Robledo. Su nombre alcanzó a ser notado más allá de las paredes de un colegio, para brillar en medio de la ciudad. Ahora necesitaba terminar sus estudios, para regresar luego a una labor que apenas se insinuaba.

A los Alzatistas, estupefactos, no les quedó más remedio que admirar al joven que los había vencido, comprender que debían reformular sus prácticas o abrir paso a las nuevas promesas. Jaime Salazar Robledo cambió el nombre de comité conservador a directorio departamental conservador y se marchó hacia la capital para terminar su carrera, cumpliendo así su promesa de solo hacerse contar.

CAPÍTULO V

AZUL



Foto de visita a Pereira del entonces presidente Misael Pastrana Borrero. En la foto: Jaime Salazar Robledo y Camilo Mejía Duque, ambos congresistas por el departamento. 1974.
Foto archivo familiar Salazar Sierra.

La universidad

Ahora no solo había que medir su fuerza política en Pereira, también debía alcanzar algo en Bogotá, debía asumir un reto que le permitiera comprender sus potenciales políticos, un pequeño laboratorio de convocatoria y fuerza. Por eso, en 1953, en la universidad Nacional promovió un movimiento que impidió realizar los actos conmemorativos de 8 de junio de ese año: "El día del estudiante caído", en el cual se conmemora la muerte del estudiante nariñense Bravo Pérez, en 1929, abatido por la policía de entonces.

Los motivos que impulsaron a Jaime Salazar a realizar dicha iniciativa no fueron provocados por un ánimo de sabotaje, como muchos de sus compañeros creyeron en su momento, sino impulsado por una antigua necesidad conocida desde sus inicios en el Desgracias Cardona, la de confrontarse contra la izquierda, vencerla en el debate. Esto de por sí mostraba una personalidad impetuosa y radical, en constante cruzada contra el comunismo, tan propia de los conservadores de la época, representados por Laureano Gómez. Por tanto, usó como argumento la urgencia de pacificar los ánimos al interior de la Universidad Nacional. Para Jaime Salazar esa jornada tan tradicional y fuerteera una actividad que generaba disturbios en un momento histórico bastante complejo, y, más aún, después de haber sido testigo directo de lo sucedido el 9 de abril de 1948. Los recuerdos aún frescos en todos, lo golpeaban con sus gritos y disparos.

Los ánimos de entonces estaban muy caldeados debido a las realidades políticas que aún se padecían. El general Rojas Pinilla estaba a punto de asumir el poder y sacar de la presidencia a Laureano Gómez, a quien se le culpaba del recrudecimiento de la violencia, y el conservatismo padecía uno de sus momentos más aciagos.

Muy a su estilo, sin apelaciones a la violencia, Jaime organizó a sus comandos al interior de la universidad, (Cómo se evidencia en sus testimonios y entrevistas, él siempre tuvo la particularidad de expresarse, como un estratega militar, algo que parecía ser parte de la jerga política de la época: cuadrillas, comandos, Leopardos). Les dijo que no estaban dispuestos a permitir cualquier disturbio, porque en tales marchas siempre había heridos en la propia universidad. Promovió entonces la asistencia de todos los estudiantes a la universidad y, como comando conservador, pasó salón por salón para exigir que se estudiara de manera normal ese día. Incluso habló con el comandante de la policía para que no colocara hombres a vigilar la universidad ese 8 de junio, pues creía que, su presencia, podría provocar mayores desmanes. "La cuña del propio palo es la que más aprieta" le dijo al capitán, y como si en verdad les hablara un líder, aquel policía de apellido Becerra atendió su solicitud. (entrevista personal realizada por Stella Cano. 1984) (Audio de propiedad de la emisora radial Ecos 1360)

"Los problemas de estudiantes se resuelven entre estudiantes y no con la policía" afirmaba Salazar Robledo a sus compañeros, quienes lo miraban extrañados por

aquella decisión tomada. Aquel postulado tan propio de la academia, él mismo lo abanderó como acto sagrado e inquebrantable, porque como menciona su hijo Jaime, "eso hacía parte de sus principios de caballerosidad y lealtad, pero, sobre todo, porque era un ferviente opositor de cualquier tipo de violencia". Quiso que en ese laboratorio de poder que estaba ejerciendo en la universidad, como si se tratara de una tesis política, se pusiera en práctica todas las posturas adquiridas.

Alfonso Romero Lugo, el estudiante promotor de las marchas, lo confrontó al fin. Ambos se vieron frente a frente, ambos tan dispares en su modo ideológico, al fin se veían las caras.

"- ¿Así que usted es el hombre fuerte hoy?

No señor, no soy yo, somos toda una organización.

¿Usted es el que está tratando de evitar la marcha? le reclamó de manera tajante.

No soy yo, somos muchos que no queremos que salgan estudiantes heridos este año, le respondió Jaime y en la mirada retadora ambos comprendieron que se estaba poniendo enjuego mucho más, una medición de fuerzas, un combate estratégico por mantener vivo el espíritu conservador o liberal dentro del alma mater.

El combate lo ganó Jaime. Ese año la marcha que prometía ser masiva y provocadora, de 4 o 5 mil estudiantes, se redujo a un desfile hacia el cementerio en el

que participaron tan solo unos 30 estudiantes (según Jaime Salazar) que depositaron flores en la tumba de Bravo Pérez. Eso dice el mismo Jaime Salazar Robledo en la entrevista.

Ese recuerdo que pareciera un simple logro universitario lo que hizo fue medir su propia capacidad de organización, convocatoria, fuerza política y hacerlo tomar una evidente distancia con los movimientos de izquierda que, hasta la actualidad, conmemoran el día del Estudiante caído. Tal vez ese año cedieron, ante la realidad violenta del país, pero se conserva esa jornada para recordar a los estudiantes que han perdido la vida en jornadas de protesta similares.

Jaime finalizó sus estudios de Derecho en la Universidad Nacional, regresó a Pereira para seguir haciendo parte del directorio conservador y procurarse una carrera en la actividad pública. Había regresado el joven que se había hecho contar, y en su mirada ya se advertía a un combatiente más formado, más maduro.

"Yo soy anti empleómano", decía él a diario. Y era cierto, poco le interesaba ser un empleado. Nunca le gustó estar detrás de un escritorio. El único cargo en su vida lo ejerció en un juzgado, pero tan solo duró nueve meses en esa oficina, de la que se hizo echar porque no estaba de acuerdo con ciertas disposiciones del gobierno militar de Rojas Pinilla. La verdad es que más allá de cualquier justificación, Jaime ya tenía el bicho político incrustado, las carreteras lo llamaban a gritos y emprendió el camino que comenzó a trazarse desde el día que quiso medirse ante los poderosos.

Compró la Pulga, aquel Volkswagen azul y se dirigió en él a los pueblos de Caldas, muchos de los cuales se convertirían años más tarde en parte del departamento de Risaralda.

Durante ese lapso fue ganando adeptos entre las comunidades. En sus recorridos fue testigo de la pobreza que dejaba la violencia en los pueblos de Caldas; el desplazamiento forzado de centenares de familias y la construcción de precarias viviendas en sitios inadecuados y de alto riesgo. Pereira y las poblaciones aledañas seguían sumidas en un atraso inexplicable del que él era testigo. El centralismo exacerbado de la dirigencia de Manizales poco estaba haciendo por Pereira y su entorno más cercano; los recursos eran limitados y no alcanzaban a llegar y la pobreza era cada vez más evidente. Los liberales de la época, entre ellos Camilo Mejía Duque, del que Jaime confiesa, fue admirador hasta el momento en que tuvieron que debatirse en lo político, empezaban a enarbolar ciertas posturas separatistas, además de trabajar con familias desplazadas para organizar y legalizar los asentamientos urbanos recién creados.Muchas familias, sin opciones económicas y con hambre, se ubicaban a lo largo de la vía férrea que pasaba por el centro de la ciudad, generando todo tipo de dificultades sociales y un panorama deprimente que requería de acciones concretas.

Mientras tanto, Jaime intentaba sostener políticamente los fragmentos de un partido dividido. Las pujas de poder en Caldas seguían fracturando el directorio conservador. Los Alzatistas no se rendían ante las posturas

Laureanistas, y Salazar como Ospinista que era, comenzaba a comprender que en las zonas más vulnerables y deprimidas estaban su misión social y sus oportunidades como dirigente político. Acercándose a estas comunidades fue adquiriendo una conciencia aún más solidaria de lo que debería ser el partido Conservador.

Jaime, desde el principio, adoptó una serie de prácticas que podrían catalogarse entre sociales y populistas. Mostró un estilo humanista y de acercamiento a las familias y personas en condición de pobreza, pero a la vez hacía uso de estrategias clientelistas que sus detractores reprochaban. Les acompañaba hasta la misma alcaldía para buscarle solución a las dificultades más apremiantes. Les ayudaba con servicio médico gratuito y las recetas de los medicamentos. Cambiaba cualquier posibilidad de asumir en persona cargos públicos importantes por permitir que las personas que lo seguían a diario pudieran acceder a empleos como servidores dentro de la administración pública, lo que le permitió asegurarse de un modo u otro una base electoral importante. En las entrevistas, Salazar Robledo poco hablaba de esas acciones, como si las advirtiera naturales de su quehacer político, nada de lo que alardear en público o arrepentirse. Pocas veces comprendió la dimensión de su labor social, impulsada por un postulado religioso que -él mismo decía- "desempolvó de las doctrinas fundantes del conservatismo" o por un accionar político clientelar que estaba normalizado en aquella época.

Estas posturas fueron como una especie de apostolado al cual él se aferró durante toda su carrera. Y es que advirtió

desde su regreso a la ciudad, el distanciamiento en materia ideológica que se estaba configurando dentro del partido: "Había dos enfoques" le dijo alguna vez a Herney Ocampo en una entrevista realizada en los años ochenta: "Una en la que la prevalecía la preservación de los intereses económicos y privilegios de una clase dirigente, y otra que se sostenía sobre la base de que el partido debería incidir en los sectores de menos recursos para que estos grupos tengan acceso al desarrollo".

Esta última postura, tan propia del Ospinismo, es decir de las doctrinas que Jaime Salazar Robledo retomó para lo que después bautizó como "el Directorio Conservador Ospinopastranista del Cambio Social" sirvieron como fundamento para las grandes reivindicaciones sociales y alternativa para grupos marginados que requerían apoyo, en un tiempo en donde la ciudad llena de contrastes, apenas se reconfiguraba desde las periferias.El principal contendor de Jaime Salazar dentro del partido conservador fue Emiliano Isaza Henao, un prestigioso médico que se dedicó a la política y desde el Directorio de Unificación conservadora, afín a las ideas de Álvaro Gómez Hurtado, hijo del expresidente Laureano Gómez, lideró un poderoso movimiento conservador, con amplia presencia electoral y burocrática, pero que difería de las doctrinas sociales del ospinopastranismo.

Emiliano entró a la asamblea de Caldas en 1958 y ambos se encontraron ahí, para iniciar una serie de pujas políticas que marcaron sus carreras y al conservatismo de la región.

Para entender la razón de las posturas sociales de Jaime Salazar y el ideario de su directorio del Cambio Social habría que remitirse un poco a otro aspecto que le da origen a dicha doctrina conservadora: La primera fue el principio fundante del partido, escrito por Caro y Ospina (abuelo), al cual nos referimos en el anterior capítulo, y que Jaime adoptó como suyo para llevarlo a la práctica, y el otro, fue la doctrina social cristiana que encuentra su sustento en la encíclica papal de 1891 promulgada por el papa León XIII, Rerum Novarum, a través de la cual Jaime logró un modo de argumentar sus causas sociales sin hacer ningún tipo de renuncia al Conservatismo.

En aquella carta abierta dirigida a todos los obispos, el Papa hablaba sobre las condiciones de las clases trabajadoras, manifestaba su apoyo a los Derechos Laborales, a formar uniones o sindicatos, pero sin acercarse al marxismo, pues también se reafirmaba en su apoyo al Derecho de la Propiedad Privada. Además, discutía sobre las relaciones entre el gobierno, las empresas, los trabajadores y la Iglesia, proponiendo una socioeconomía que más tarde se llamaría corporativismo.

Pese a los múltiples debates que generó esta encíclica, el trabajo y los derechos laborales del obrero estaban en puja durante la era industrial, y era necesario frente a una serie de acontecimientos que violentaban los derechos del trabajador y del ser humano, tomar una posición por parte de la iglesia católica. Con esa encíclica la Iglesia pretendió, entre otras cosas, paralizar la "descristianización" de las masas trabajadoras, en un período en el cual la credibilidad de la Iglesia disminuía porque sectores

populares de la cristiandad e incluso del clero, se inclinaban por ideas mucho más progresistas.

Se acepta generalmente que la encíclica Rerum Novarum es la Carta de Fundación de la Democracia Cristiana y una pieza clave de la Doctrina social de la Iglesia, completadas con encíclicas posteriores, especialmente Quadragesimo anno (1931) de Pío XI.

"Puesto que "la gente rica, protegida por sus propios recursos, necesita menos de la tutela pública, la clase humilde, por el contrario, carente de todo recurso, se confía principalmente al patrocinio del Estado. Éste deberá, por consiguiente, rodear de singulares cuidados y providencia a los asalariados, que se cuentan entre la muchedumbre desvalida" (Rerum novarum, 29).Jaime Salazar sabía que ahí se instalaba la semilla de sus acciones y no por eso abandonaría sus principios alrededor del conservatismo y la defensa de la propiedad privada. Él era un ferviente defensor de la intervención del Estado, respetuoso de la autoridad y de la institucionalidad y comulgaba con el Frente Nacional, posición bastante criticada por los sectores que se quedaron por fuera de ese acuerdo de alternancia en el poder y paridad burocrática entre liberales y conservadores, que se mantuvo durante 16 años en Colombia, entre 1958 y 1974.

En pocas palabras, Salazar Robledo era un Conservador envuelto por un manto de servicio social para la protección del obrero, el campesino, el pobre, y creía en la obligatoriedad del Estado de atender sus demandas y reivindicaciones. Esa era su estructura ideológica, que

incluía su eterno debate en contra de los postulados comunistas, de los que también la encíclica tomó prudente distancia.

Considérese como doctrina, como hecho histórico o como "acción" social, el socialismo, si sigue siendo verdadero socialismo, aun después de haber cedido a la verdad y a la justicia en los puntos indicados, es incompatible con los dogmas de la Iglesia católica, puesto que concibe la sociedad de una manera sumamente opuesta a la verdad cristiana.

Quadragesimo anno, núm. 117

Si se pudiera ubicar a Jaime Salazar Robledo en algún punto de la democracia regional, más allá del conservatismo y que justifique las acciones realizadas por él en aras de la ayuda a las clases sociales marginadas, podría decirse que él se instaló en un partido conservador y promotor de una social democracia cristiana.

Los demócrata-cristianos creen que la sociedad debe de ser responsable por la economía, pero no discuten los principios del capitalismo, creen que debe haber un capitalismo con rostro humano, lo que lo diferencia de las tendencias de izquierda. Este socialismo cristiano en el que se supone el deber del Estado es cuidar a sus ciudadanos, es sin duda la apuesta que encontró Jaime Salazar y que lo reivindica de algún modo dentro de la historia de la ciudad. Los demócrata-cristianos generalmente siguen las posiciones del Vaticano en temas morales. Y Jaime Salazar no iba a renunciar a estos postulados, razón por la cual fue llamado por un

periodista, justo después de su asesinato, como el "Apóstol de los pobres".

Sus relaciones con la iglesia eran excelentes, salvo algunas discusiones con ciertos grupos de poder que él supo dirimir con su caballerosidad característica. Con esos principios religiosos y morales, sumados a las ideas de Mariano Ospina Pérez, Jaime fue consolidado una estructura ideológica más cercana a los pobres, es decir de un azul diferente, menos prusiano, más celeste.

Hacer parte de un centro resulta más difícil que acomodarse en cualquier extremo. Exige la fuerza del equilibrista y obliga a resistir cualquier viento. Jaime lo supo desde un principio y todo suentrenamiento y formación como político fue para alcanzar ese equilibrio, primero, dentro de su directorio, y más adelante, dentro de la ciudad. Por eso, estableció alianzas y defendía el orden institucional y lo que representó el Frente Nacional para la pacificación del país.

Para Jaime, ese acuerdo político, suscrito por los expresidentes Laureano Gómez y Alberto Lleras Camargo, era la mejor manera de mantener esa tensa paz tan necesaria en los tiempos de la violencia que él mismo padeció. Entre 1949 y 1966, tiempo en el cual Jaime Salazar comenzaba a configurar su carrera política desde las comunidades y pueblos, como diputado y concejal, fue testigo de los estragos de la violencia en los pueblos de Caldas, de masacres en varios municipios y de los conflictos que se generaban entre las comunidades desplazadas que se instalaban en la ciudad.

Por tanto, creyó en la necesidad de aquel Frente al cual se suscribió a través de acuerdos permanentes dentro del concejo y la asamblea para sacar proyectos políticos y de ciudad que beneficiaran a sus comunidades. En ese contexto, se entienden las relaciones de cercanía con miembros de partidos políticos contrarios al suyo. Jaime sumaba los intereses de su directorio con sectores liberales; lograba acuerdos y votaba a favor de los proyectos que beneficiaran a la ciudad, así fueran presentados por otros movimientos.

En más de una ocasión en el Concejo de Pereira controvirtió de manera enérgica con Camilo Mejía Duque, (existen anécdotas acerca de un debate que terminó con ceniceros arrojados como proyectiles). Salazar discutía airadamente con los partidos de la izquierda de la época, pero eso no evitaba una solidaridad caballerosa, sobre todo cuando coincidían en torno a la construcción de viviendas para las familias desplazadas o de iniciativas comunes de gran impacto como la creación del departamento de Risaralda.

Ese recorrido político de quince años, de 1949 hasta 1964, fortaleció su convicción y su trabajo con las comunidades y, facilitó más adelante, su gestión como concejal de Pereira y diputado de la Asamblea de Caldas.

Pero, fue en el proyecto separatista para la creación de Risaralda que demostró su talante y alcances como político. A partir de ese instante se embarcó en la más grande de sus campañas: lograr la separación de Caldas y constituir a Risaralda como una entidad territorial autónoma.

Alfonso Gutiérrez Millán, exconcejal de Pereira, columnista y escritor, cuenta en una entrevista que hubo dos frentes para la separación de Risaralda. Uno cívico, liderado por Gonzalo Vallejo, los hermanos Valencia Arboleda, llamado el grupo de los blancos, que era compuesto por gente muy destacada, pero que no tenía muchos votos. "Y el otro, un frente político, liderado por Jaime Salazar. Los primeros no tenían poder político, pero sus proyectos eran tan buenos que los políticos los captaban y votaban a favor de ellos. Los políticos limitaban a los blancos en las contiendas electorales, siempre ganaban los votos que los otros no; pero recogían sus proyectos, pueseran considerados de gran relevancia. Si las ideas de los blancos tenían importancia, los políticos las respaldaban. Entonces, hubo una clase dirigente progresista y otra política, que, si bien no dejaba llegar al poder a los progresistas, apoyaba sus proyectos. Ejemplo de esto fue la separación de Risaralda de lo que fue Caldas. Mientras don Gonzalo Vallejo solo alcanzó un concejal en las elecciones de aquel entonces, Jaime y Camilo sacaron 9 concejales entre ellos dos, pero, cuando se creó el comité Pro-Risaralda, Jaime y Camilo respaldaron a Gonzalo Vallejo para que presidiera dicho comité. Apoyaron una muy buena idea y actuaron de manera progresista. De esa forma, se pudo demostrar la unidad de la clase política frente al proyecto separatista." Luego, Alfonso Gutiérrez Millán esboza un gesto de disgusto y sentencia que: "lamentablemente eso se ha perdido, porque se ha perdido esa estirpe. Eso daba cuenta de cómo era de progresista y unida esa clase política de aquella época. Cuando los políticos veían una buena idea por parte de la clase progresista, ellos la respaldaban, no importando su

partido." (A. Gutiérrez-Millan, entrevista personal, junio de 2015)

Mucho se ha hablado de las acciones políticas de otros prohombres precursores políticos del Departamento de Risaralda, pero pocas veces se alude el trabajo de base, en el frente de batalla, en las carreteras y diferentes territorios que realizó Jaime Salazar Robledo. Hubo otros sin duda; líderes de los pueblos que quedaron divididos y tuvieron que soportar la partición de sus familias por cuenta de las diferencias que suscitaba el deseo de separarse de Caldas. Existen relatos de estas divisiones políticas y la historia puede ser injusta y la memoria débil, pero las acciones de estos hombres y mujeres, aún retumban en los recuerdos de quienes fueron testigos de la creación de un departamento y de los recorridos de un congresista dispuesto a hacer realidad el sueño independentista.

Dicho esfuerzo le valió, aunque no un reconocimiento como creador de Risaralda por parte de la institucionalidad de entonces, al menos un rédito electoral que lo llevó al Senado en 1970. Entre 1969 y 1970 hizo campaña para llevar a Misael Pastrana Borrero a la presidencia. Fue en ese debate electoral que bautizó a su directorio: "Movimiento Ospino-Pastranista". Esa vez encontró en las ideas de Pastrana Borrero una línea consecuente a las de Ospina Pérez y por ende a su propia estructura ideológica. Por tal razón, decidió que su directorio en Pereira debía regirse a partir de dichos preceptos. Pero el partido conservador en Risaralda evidenciaba las fracturas acumuladas. Una línea más dura

del conservatismo apareció en escena, la de Emiliano Isaza Henao, fiel a los preceptos Laureanistas y que veía con recelo el trabajo social en las comunidades que realizaba Jaime Salazar. Emiliano Isaza Henao representaba un ala conservadora más radical, alimentada por seguidores de Laureano Gómez y Alzate Avendaño. Su lema en campaña fue "Hay que ponerle decencia a la política Risaraldense" y se fundamentaba en el rechazo a los constantes pactos que se establecían entre el ospinopastranismo liderado por Jaime Salazar y el liberalismo representado porCamilo Mejía Duque, considerados el "Frente Nacional Local" y que repartían la representación burocrática entre sus seguidores.



Fue con el transcurrir del tiempo que Jaime Salazar y Camilo Mejía Duque, comprendieron que era mejor trabajar juntos por aspectos que beneficiaran a la ciudad y de esta manera también sumar fuerzas. La realidad nacional se prestaba para estas alianzas, ya que sin ellas el desarrollo de proyectos políticos podría verse afectado.

Los seguidores de Emiliano que representaban la parte ortodoxa del conservatismo, veían con malos ojos esta especie de tenaza política y comenzaron a asumir posturas radicales frente a esta realidad. Se hicieron llamar "Grupo de Unificación" y utilizaban frases para diferenciarse del otro sector conservador: "Somos como el oro y la escoria" decían, para reforzar el carácter de procerato promovido por ese movimiento.

Aunque Unificación Conservadora también bebió de las canteras populares, jamás pudo equipararse en fuerza a la política establecida por Jaime Salazar Robledo, quien, rodeado de habitantes de sectores marginados, poseía un respaldo difícil de igualar.

Incluso, una imagen recurrente que conservan tanto seguidores como opositores de Jaime Salazar Robledo, era cuando caminaba, acompañado de una multitud de personas, rumbo a la alcaldía de Pereira o a la Gobernación, para buscar respuestas con los funcionarios a los problemas de esas comunidades vulnerables.

Dicen que se le veía llegar a los despachos públicos, seguido de un séquito de hasta 50 personas, todas ellas con solicitudes expresas que Jaime anotaba en una libreta y les

leía a los funcionarios del momento. Eran solicitudes de todo tipo: algunas nimias, otras complejas que él ayudaba a solucionar, una a una, con suma paciencia. Desde la urgencia de pavimentar una vía; la falta de profesores en una escuela distante y los reclamos por una factura exagerada en los servicios públicos; hasta la petición de recibir a un paciente en el hospital o la entrega de hojas de vida para una vacante.

Juan Hurtado Cano explica que la comparación del oro y la escoria, retomado por los políticos de la época, no era nuevo ni propio de las divisiones entre Jaime y Emiliano, sino se originó cuando Laureano Gómez en un discurso radial emprendió una vehemente reprimenda contra el expresidente Mariano Ospina Pérez, quién, antes del golpe militar de Rojas Pinilla, organizaba los cuadros políticos para buscar su reelección.

"Laureano consideró esa decisión como una afrenta contra la unidad conservadora, entonces desde los micrófonos de la Radio Nacional lanzó la más violenta catilinaria que se ha hecho contra personaje alguno y con un añadido: un insulto de Laureano era una obra literaria"Entonces, Juan Hurtado mira de frente, sonríe y recita, simulando la elegancia de Laureano Gómez: "¡Érase un cenáculo de raposas merodeadoras útiles y voraces que anduvieron rondando en torno a los acontecimientos de la reconquista!", decía Laureano.

"¡Ese discurso fue terrible!" añade Juan Hurtado, abriendo los ojos con total sorpresa, como si apenas lo estuviera escuchando. "Abrió de inmediato y para siempre

la división, que se mantuvo per se, hasta que se murió Laureano. Después, en 1973, doña Berta, esposa de Mariano Ospina, proclamó a Álvaro Gómez como candidato de unión conservadora a la presidencia. Muchos dicen que ella era la que mandaba en el partido.

Cuando Jaime Salazar Robledo rebautizó a su directorio como "Ospino-Pastranista" provocó a la vez la reacción de sus contradictores dentro del partido. Emiliano Isaza conformó sus listas y se lanzó al Senado, ganando la contienda de 1974.

Su principal objetivo era derrotar a Jaime Salazar Robledo y convertir a su directorio en la vocería oficial de su partido. En esas constantes pujas, pocas veces Jaime pudo ser vencido por Emiliano en Pereira. El poderoso trabajo de base que había realizado en los barrios, su apoyo a la conformación y legalización de asentamientos subnormales y su trabajo constante con las clases marginadas lo convertían en un contendor difícil de derrotar.

En la entrevista realizada por Stella Cano y que reposa entre los archivos de la familia de Jaime Salazar Robledo, el dirigente político cuenta que logró ser reelegido como senador en 1974, con una ventaja de 7 mil votos. Pero, aquella victoria le duraría poco, porque en Pereira anularon 11 mesas de votación y ahí se cayó su curul. Nunca pudo determinar si fue un fraude electoral, pero en la entrevista se alcanza a percibir el tufo de la molestia y la duda.

Cuando le anularon la credencial, Jaime Salazar comprendió que esos eran tiempos difíciles. Su realidad no podía ser más angustiante: sin curul en el Congreso, y sin dinero, ya que sus ahorros los había gastado en la campaña. Cuándo llegó a casa esa noche, vio el rostro comprensivo y cómplice de su esposa Rosita, quien apenas sonrió y le dijo: "Mañana será otro día". Luego de varias horas de meditación, la decisión estaba tomada. A la hora del desayuno les informó a su esposa y a sus hijos: "Acá no se ha perdido nada, todo debe continuar y con más ganas".

En la política se gana y se pierde. Esa era su vocación. Por eso, aunque faltaban dos años para las elecciones de concejos y asambleas, Jaime consideró que su trabajo debería seguir en barrios, corregimientos y municipios. Si en esa ocasión le faltaron unos votos, su misión, desde ahora, era consolidar sus bases electorales. Por ello, La Pulga volvió a rodar por los caminos de Risaralda.

Los testimonios de personas amigas y contradictoras que lo conocieron dan cuenta de la admiración que despertaba esa fibra de Ave Fénix de Jaime y la capacidad de seguir trabajando en las comunidades así perdiera o ganara unas elecciones. No había espacio para la desesperanza. Latarea era conservar sus cuadros directivos, sus comandos, su gente... y fue precisamente a ellos, a los que fue a buscar.

Por esa razón, algunos lo consideraban un "Animal político", o un "Batallador incansable".

Infinidad de calificativos que comenzaron a revestirlo a partir de ese instante.

Para 1978, comenzó a hacer campaña con el exgobernador Castor Jaramillo Arrubla. La convención escogió a Jaime para encabezar la lista a la cámara, pero su nombre fue a parar al segundo renglón de la lista, lo cual al final no le disgustó porque había en él una atracción por el peligro, por el trabajo de base, por hacerse medir.

Ese año salieron los dos elegidos: Jaime y el doctor Cástor, y desde entonces Jaime fue un congresista permanente para Risaralda. A raíz del revés de 1974, Salazar Robledo decidió no volver a postularse al Senado y aspirar mejor a la curul en la Cámara de Representantes, donde, según reconoció años más tarde, "encontró el lugar para ayudar mejor a la gente y conseguir auxilios para las comunidades".

Jaime Salazar Robledo no solo era Congresista, sino también cumplía un papel protagónico como concejal. Por aquella época se podía ejercer ambos cargos sin ningún problema ya que a los concejales no les pagaban por su labor, la cual tenía un carácter de servicio comunitario. Como el Congreso sesionaba de martes a jueves, las sesiones del cabildo se citaban para viernes, sábado, domingo y lunes.

Jaime asistía a todas las sesiones y ponía en discusión temas complejos y necesarios para la ciudad, en los que tuvo una enorme incidencia, como el proyecto de acuerdo para que a las familias de estratos uno y dos, no se les cobrara impuesto predial, el cual aún hoy está vigente.

También influyó en la aprobación del Plan de Desarrollo de Pereira, conocido por el apellido de los

consultores: Mendoza y Olarte, y con el cual se perfilaron obras viales que serían muy importantes para el desarrollo de la ciudad como el viaducto Pereira-Dosquebradas; las avenidas Sur y del Río; el trazado de la Belalcázar y la construcción del terminal de transporte. Es decir, que además de la atención a las comunidades y la solución de sus necesidades más urgentes como entrega de mercados y cuadernos y el apoyo a las personas que buscaban una vivienda propia, Jaime Salazar Robledo también impulsó los grandes proyectos de ciudad.

El directorio



El directorio de Jaime Salazar Robledo, ubicado en la calle 21 entre carreras séptima y octava, lejos de ser un lugar exclusivo para el ejercicio político, sirvió además como consultorio jurídico, médico y en ocasiones hasta odontológico para los grupos sociales que no tenían acceso a esos beneficios. Jaime en muchas ocasiones repartía su

propio dinero para solucionar asuntos inmediatosde sus seguidores, práctica criticada por sus contendores, pero respetada por su propia familia, que, en más de una ocasión, sufrió las consecuencias de esa generosidad desbordante de su padre por los más necesitados.

En la casa, como recuerda su hija Patricia, nunca le reprocharon dichas actuaciones, porque él desde siempre les enseñó a vivir con lo que se tenía y se podía, sin lujos.

Ramiro Tabares, antiguo jefe de prensa de Jaime Salazar, comenta que el directorio era muy activo durante los años ochenta: "El directorio de Jaime tenía consultorio médico, dispensario de medicamentos con farmaceuta certificado; consultorio jurídico y asesorábamos a la gente para que adquiriesen casas con el Fondo De Vivienda Popular. La mayoría trabajaba de manera voluntaria, otros eran practicantes de medicina, y yo era de los pocos que tenía un vínculo contractual".

Ramiro Tabares dice que "Jaime vivía del salario como congresista y tenía asistentes que pagaba con el cupo parlamentario. Esos asistentes debían trabajar muy duro porque era demasiado exigente. A él no le duraba el sueldo, porque era muy generoso y le daba el dinero a quienes pedían ayuda, pago de servicios, mercados, etc. En esa época, con los auxilios parlamentarios se financiaban becas estudiantiles y, en el caso del doctor Jaime, me incluyó en la lista de beneficiarios, sin importarle que yo fuera de filiación liberal. Con esa beca, conseguí mi primer título universitario".

Pese a pertenecer a una familia histórica de la ciudad, Jaime pocas veces asistió a cocteles y agasajos en clubes

sociales. Tampoco se le veía en las fiestas de la alta sociedad, pues era un hombre austero, que poco bebía, asistía religiosamente a las misas dominicales y dedicaba la mayor parte del tiempo a su trabajo político.

Quizás esa preocupación permanente por los demás, cambió un poco cuando se hizo abuelo y construyó con sus propias manos una casa de muñecas para su nieta Juliana, en la finca de Frailes, o cuando viajaba un fin de semana a Cali para visitar a su hija Martha y a su yerno Carlos, y disfrutar de las primeras gracias de su nieto Andrés Felipe.

Dioselina Arenas, una líder de Villa Santana recuerda con alegría que Jaime a veces se escapaba al barrio para sentarse a charlar con ellos y celebrar sus logros. Quizás Jaime encontraba una especie de santuario misional entre las necesidades de aquel populoso sector y por ello, se sentía más cómodo allí que en un club, y en ese contacto con los vecinos se recargaba de la energía necesaria para enfrentarse al mundo político que lo rodeaba.

El estilo de Jaime Salazar Robledo despertó siempre todo tipo de comentarios. Fue catalogado de populista, de revolucionario, porque siempre estuvo a favor de los pobres. Incluso algunos miembros del partido Comunista, pese a las diferencias ideológicas, lo encontraban como un aliado a sus causas comunes, entre ellas la dignificación de los menesterosos.Este hombre conservador hasta la médula, llevaba consigo el afán de un cambio social, pero pacífico y desde lo político. Jaime Salazar sabía que la violencia no era el camino.

En uno de sus discursos más reconocidos, deja clara su ideología:

"Necesitamos un cambio social, para defender a los sectores de menos recursos económicos sin diferencia política de ninguna naturaleza, porque cuando hablamos de ese cambio social estamos defendiendo al sector campesino conservador y al sector campesino liberal, como estamos defendiendo al obrero conservador y al obrero liberal. Es que aquí la lucha no es política, la lucha es de clase, la lucha es por una reivindicación de los sectores de menos recursos económicos que son precisamente los que se sienten golpeados permanentemente por los privilegios de la alta clase económica colombiana. Cuando protestamos por el alza de los servicios públicos o cuando protestamos por los impuestos que siempre vienen a golpear a los sectores de menos recursos económicos, estamos haciendo cambio social. Cuando pedimos que al campesino se le den colegios de bachillerato, para que no sigan siendo la cenicienta del país, para que no sigan siendo la clase olvidada, nosotros estamos haciendo Cambio social. Cuando pedimos que el gobierno intervenga todas las actividades a fin de que los potentados no sigan poniéndole precios a sus artículos en forma caprichosa, para enriquecerse de la noche a la mañana, a costa de la industria y de las privaciones del pueblo que les tienen que comprar al precio que ellos dicen, nosotros estamos haciendo Cambio social. Cuando pedimos que se nos den puestos de salud para el pueblo y que los sostengan y no los cierren como ha ocurrido en Pereira, donde han cerrado un poco de puestos de salud, para sostener una burocracia en el centro de la ciudad, nosotros

estamos haciendo Cambio social. Y cuando además estamos pidiendo que se le de la auténtica participación al pueblo, pero una participación lógica con representantes de ese mismo pueblo en las corporaciones públicas, también hacemos Cambio social. Pero cuando advertimos de la misma manera que si no logramos hacer esa transformación de carácter pacífico y que si no logramos convencer a los que tienen el gran capital y siguen explotando a las clases pobres, a las clases de menos recursos económicos, nosotros entendemos que el pueblo no está preparado para ese cambio social y por tanto debe prepararse para una cosa más grave todavía.

De lo único que le he dicho al país como conservador auténtico pero demócrata, como conservador leal a los principios de Ospina, pero respetuoso de los ideales liberales y de cualquier otro partido, porque ellos también son colombianos, es que hay que hacer un cambio, si no queremos que se nos venga encima la revolución." (*Grabación de discurso que reposa en los anaqueles de ecos 1360 bajo la custodia de su hijo Jaime Salazar*)

Su discurso entonces, podía catalogarse de consecuente con sus acciones, a tal punto que cedió sus propias tierras en el sector de Villa Santana y en San Nicolás, e hizo que familiares como don Luis Salazar y otros amigos, también las cedieran para que en ellas se construyeran barrios que eran calificados por parte de las administraciones, como irregulares, pero que a la larga terminaron configurados en sectores referentes de la ciudad, con problemáticas sociales evidentes, pero con procesos de desarrollo social muy fuertes.

Muchos de los habitantes de aquellos barrios recuerdan a Jaime Salazar Robledo, y hablan de su labor con gratitud porque fue gracias a él que tuvieron una vivienda propia y estudio para sus hijos, es decir, un nivel de dignificación que hubiese sido imposible sin su apoyo. Sin embargo, cabe anotar que el carácter irregular de esas urbanizaciones trajo consigo problemas de asentamiento, derrumbes, dificultades por la falta de agua y difícil acceso, asuntos que tuvieron que solucionarse a lo largo de los años con el apoyo del político.

Aseguran contrincantes políticos de la época, que entre Camilo Mejía y Jaime Salazar existía una poderosa llave en Pereira que conseguía los recursos para atender esas problemáticas, alentaba proyectos en favor de esas comunidades y, como resultado, les permitía conservar las mayorías políticas.

"Entre estas dos tendencias ospinistas y liberalismo oficialista, tenían un dominio absoluto de la ciudad", expresa Gustavo Orozco Restrepo, ex alcalde de Pereira. Luego llegaron los jóvenes liberales de la época, que no compartían que la ciudad fuera manejada por el criterio de dos personas con evidente fuerza política. Salazar tuvo que enfrentar a una nueva generación de políticos, de distintas vertientes, que como es natural se oponían a su liderazgo y forma de entender la política.

Sin embargo, eso no detenía su ímpetu ni su afán de servicio. Había logrado un enorme fortín electoral entre la gente del pueblo. Ni el mismo Emiliano Isaza pudo vencerlo en esas comunidades marginadas. Entre

Emiliano y Jaime también existió una confrontación para lograr el poder conservador, representado no solo en las urnas, sino en el espíritu mismo del partido, en donde también había una evidente lucha de clases. Por ello, los militantes de Unificación emprendieron la conquista de comunidades vulnerables de otros sectores de Risaralda, para dejar a un lado esa imagen de "blancaje" que tanto reprochaban otros políticos como "el negro" Camilo Mejía Duque.

Por otro lado, Jaime Salazar debía enfrentar también, con todo lo que esto implicaba, el surgimiento de un grupo de nuevos liberales que se convirtieron en opositores al Frente Nacional, representado en su figura y la de Camilo Mejía. Ambos se habían convertido en un objetivo político a vencer. Este grupo de jóvenes políticos no compartía que solo dos partidos se dividieran el poder y sus prebendas en todo el país. Aquel Frente Nacional era para ellos algo pernicioso, porque generaba exclusivismo en la administración, una continuidad de la dictadura de Rojas Pinilla.



Jaime Salazar, tal como se explicó antes, había encontrado en esa fórmula una manera de evitar una violencia extrema como la que se padeció y cuyas consecuencias aún hoy se viven. La coalición del Bloque Cívico, conformada por César Gaviria, Gustavo Orozco, Juan Guillermo Ángel, Jairo Arango, entre otros, terminó dándole un

golpe adicional certero a las pretensiones electorales de Jaime Salazar quien, en 1974, tuvo que enfrentarse contra todos y perder su curul.

Fueron años difíciles. En 1977 Camilo Mejía Duque, quien era señalado por algunos como el socio político de Salazar Robledo fallece, y Jaime lamenta la pérdida de un amigo íntimo, con el que luchó por crear a Risaralda, por desarrollar la ciudad y alentar la construcción de nuevas comunidades.

Pese a esto, logra demostrar que su interés por el beneficio de la ciudad era auténtico y continúa su labor, la cual tendría una transición desde la fortaleza que le daba esa unión con el partido liberal, hacia una nueva coalición liberal que nunca le dio cuotas administrativas.

Es Gustavo Orozco, exalcalde de Pereira por el partido Liberal, quien recuerda sus acciones como consecuentes y serias.

"Jaime estaba comprometido con las causas de ciudad", dice Gustavo con la propiedad del que eleva una sentencia justa. Su obra política iba más allá de acciones populistas, él también contribuyó al desarrollo de la ciudad de Pereira. Por ende, fue el impulsor político de Mercasa, de la construcción del Terminal, apoyó el plan de desarrollo de Mendoza y Olarte, que fue el primer plan integral de desarrollo que se hizo en Pereira. Antes se llamaban planes reguladores, que se preocupaban por cosas como el ancho de la calle. Con el plan de Mendoza se comenzó a hablar del factor social e incluso de la resignificación de los ríos. Aquel era un plan de formalización de zonas subnormales.

"Jaime Salazar apoyó estos proyectos porque estaba de acuerdo con reconocer estas necesidades". "Creó la estación radial Ecos de Risaralda y una emisora es una difusora de cultura muy importante" sentencia el exmandatario.

También recuerda que Jaime apoyó la construcción de sociedades de beneficencia para los pobres de la ciudad, como la sociedad San Vicente de Paul, en la que los liberales, como libres pensadores que eran, no creían, pero Gustavo reconoce que ayudaban a solucionar problemas de pobreza, que en su momento eran agudos.

Hubo una colaboración política a los proyectos de la ciudad por parte de Jaime, independientemente de sus posturas políticas. El debate más fuerte fue el de la conveniencia de urbanizaciones irregulares. Cuba era un ejemplo que no todo debía ser irregular. Era más fácil hacer casas sobre un terreno legalmente urbanizado, en vez de unas urbanizaciones sin condiciones. Para Gustavo Orozco, Jaime era una persona de convicciones religiosas, comportamiento moral, muy influenciado por el catolicismo y la política social de la iglesia, puede que él no aceptara posiciones de izquierda dentro de la iglesia, pero asumía que todo trabajo político había que hacerlo para las pobres. Emiliano y su grupo de Unificación, nunca pudo derrotar a Jaime, porque su fuerza radicaba en el pueblo.

"Jaime muere casi invicto. Era un luchador político infatigable y lo dice un contradictor ideológico. Personas con ese compromiso por lo social, por lo público son una gran ausencia para esta sociedad, porque hoy día prima el

enriquecimiento y el beneficio personal", puntualiza el dos veces alcalde de Pereira.

Jaime Salazar declinó ser gobernador

En 1972 Jaime Salazar pudo ser gobernador, tal vez una de las metas ambicionadas por cualquier político. El ofrecimiento vino directamente del presidente Misael Pastrana Borrero, pero en un vehemente discurso, el congresista pereirano declinó esa posibilidad:

"¡Yo no puedo ser gobernador! Yo me sacrifico porque no puedo mantener a mi gente. Yo puedo decirles que sigan el rumbo que ellos quieran. Doctor Pastrana, excúseme, no le acepto la gobernación porque le puedo prestar más servicio a usted como presidente de la república, trabajando, limpiando y de pronto teniendo que atender algunos gobernadores que usted nombra, para defender un partido que lo llevó al poder. La gloria que el partido me otorgó ya llegó al límite máximo, el Parlamento que era lo que a mí me gustaba, que era lo que yo deseaba, no por mí ni por mi familia, sino por el partido Conservador."

Con esa declaración, Jaime Salazar Robledo, cerró la puerta a cualquier posibilidad de acceso al poder administrativo como gobernante, pero postuló en su lugar a José Jaramillo Botero, quien pasó a la historia, según Ramiro Tabares y otros más, como un buen mandatario departamental.

Para Alfonso Gutiérrez Millán, Jaime fue fundamentalmente un hombre honrado. "Nunca oí que Jaime se hubiera robado una plata, que hubiera

conseguido dinero para él de los auxilios parlamentarios. Y Jaime se gastaba dichos auxilios en el pueblo, para cubrir las necesidades de los risaraldenses más necesitados. En ese tiempo existía una ley que permitía que los empleados públicos dieran hasta el 5 % de su sueldo para el apoyo a sus directorios políticos, pero era una ley y se aplicaba por igual para todos los partidos.

"El problema con el movimiento de Jaime es que dependía fundamentalmente de él" sentencia Gutierrez Millán, "es decir que se dedicaba el 100% al directorio. Jaime vivía día tras día la política. En la política. Si usted espera a que sean las elecciones, usted va perdiendo eventualmenteel electorado, por eso pocos pudieron soportar ese ritmo de trabajo. El movimiento dependía de la actividad de Jaime. Era un caudillo y los otros no daban ni la mitad de lo que él daba".

"El movimiento del Cambio Social se disolvió en otras vertientes políticas, incluso nosotros en el liberalismo, con el tiempo, les robamos varios líderes populares al movimiento de Jaime", añade Gutiérrez Millán.

El directorio Conservador Ospino-Pastranista del Cambio Social mantuvo su ritmo vertiginoso de trabajo, permanecía lleno de seguidores y se movía hacia las diferentes comunidades y municipios, gracias al impulso vital de su líder, quien actuaba como caudillo y se cargaba con toda su energía y un frasco de leche de magnesia, el peso de un directorio en el que, además, funcionaban un granero, ferretería, consultorios jurídicos y odontológicos. Aunque la sede siempre estaba atestada de gente, el directorio comenzó a desmoronarse, por divisiones

internas, y la ausencia de liderazgos que asumieran la política con el mismo fervor y dedicación de Jaime Salazar Robledo. Nadie dio la talla en ese momento y mucho menos más adelante, cuando el movimiento quedó acéfalo.

La pérdida de unos dineros del directorio, que el mismo Jaime Salazar puso en conocimiento de su equipo, pidiendo que los reintegraran a la mayor brevedad, en aras de la buena imagen del partido, fue otro de los factores de discordia, previos al atentado del 26 de julio de 1990.

Después del asesinato de Jaime Salazar y tras una serie de eventos misteriosos alrededor del crimen, hubo una suerte de desmantelamiento del directorio. A los pocos días del crimen, cuando dos de las hijas fueron a recoger los documentos personales de su padre, se encontraron con el escritorio forzado y papeles revolcados. Además, las dejaron encerradas en la oficina. También por esos días, llegaron cartas con amenazas a la familia Salazar.

Jorge Alberto Salazar recuerda los episodios posteriores al crimen:

"Cuando mi papá murió, los del directorio pensaron que les iba a quedar todo su capital político, que iban a heredar el noticiero, la emisora, pero no fue así. Ellos siguieron durante varios años diciendo que tenían el poder, pero no tenían votos, nunca se organizaron para ganar la contienda electoral. Hubo un señor Jaime Vallejo, concejal de Pereira, que creyeron iba a reemplazar a papá, porque era calvo y alto, pero nada, nadie tenía ese carisma, ni esa tenacidad. Con decirle que una vez papá se fracturó dos costillas en un accidente y ni eso lo frenó a seguir

trabajando. Una ocasión, Guillermo Rivera Millán y Bernardo Gil Jaramillo, le hicieron una disidencia política a papá, montaron directorio aparte y no fueron capaces con él, nunca pudieron ganar adeptos. Después de elecciones tuvieron que cerrar su directorio y volver a las toldas de papá. La oligarquía de Pereira se distanciaba de mi papá por sus posturas, porque el directorio del Cambio Social sí se untaba de pueblo, mientras quelos otros mandaban desde sus escritorios a otros a ir a las comunidades." (J.A. Salazar, entrevista personal, diciembre de 2015)

Jorge entrecierra los ojos y observa detenidamente la fotografía de su padre ubicada en la emisora Ecos 1360 Radio. Después de darle vueltas, descarga un doloroso recuerdo que ha llevado consigo por muchos años:

"Cuando asesinaron a mi padre, los mismos del directorio fueron a pedir la cabeza de todos los empleados que respaldaba papá, entre ellos mi puesto en la alcaldía de Pereira. Yo trabajaba como auxiliar contable en la secretaría de hacienda. El alcalde Castillo les dijo que no, que pidieran cualquier otra cosa porque yo contaba con todo su respaldo político. Gesto que siempre agradecí. Luego, paradójicamente, fueron los mismos de Unificación Conservadora, en cabeza de Juan Hurtado quienes me ofrecieron el respaldo sin condición alguna. Al final, eran los mismos del directorio de mi papá los que se ensañaron conmigo, y solo cuando ellos entraron a Unificación conservadora pudieron salir de mí. Los enemigos estaban adentro".

Patricia Salazar, por su parte, tuvo que afrontar un grosero episodio en Bogotá, cuando fue a entregar la

oficina de su padre en la Cámara de Representantes. Alguien, desde adentro, le impedía la entrada al Congreso para realizar dicho trámite. "Una señora que trabajaba en servicios generales me reconoció, y agradeció lo que mi padre había hecho por ella. Luego, no sé cómo hizo, habló con alguien, y me ayudó a ingresar a la oficina de mi papá. Dios manda sus ángeles". Nunca supo Patricia quién dio la orden de no dejarla entrar.

Ni los seguidores más cercanos de Jaime, continuaron con su labor política. Muchos de ellos se adhirieron a Unificación conservadora, otros prefirieron mantenerse al margen de cualquier ejercicio político y muchos encontraron espacio en otros partidos.

En medio de la violencia que azotaba a Colombia en los años 90, Rosa Sierra, la viuda de Jaime Salazar, les pidió a sus hijos apartarse de cualquier pretensión política futura. El dolor por la pérdida de su esposo era demasiado grande para agregarle nuevas angustias.

Aquel directorio vigoroso y lleno de seguidores quedó sumido en la soledad. Solo años después una placa se incrustaría entre el cemento de la calle 21, entre carreras séptima y octava para recordar que en ese punto, al frente de la que fue su sede, cayó uno de los más importantes personajes políticos de la vida risaraldense.

CAPÍTULO VI

LAS INVASIONES SANTAS Y OTRAS FORMAS DE HACER BARRIOS



Foto archivo de prensa familiar de personas de Villa Santana recibiendo auxilios y en el directorio político Ospino Pastranista Cambio Social. 1981. Album Familiar Familia Salazar Sierra.

La Refundación

Gustavo Orozco Restrepo conoció a Jaime Salazar Robledo por un problema suscitado en el barrio San Nicolás de Pereira cuando Gustavo ejercía el cargo de jefe de planeación de Pereira. Luego, coincidió con él como compañero del Concejo municipal y como alcalde. Tuvieron una relación de amistad, cordial y respetuosa, aclara él. "El primer Jaime Salazar que conocí fue en 1968 cuando recién llegué de la universidad a la ciudad. Desde ese entonces Jaime era un dirigente muy connotado, y tuvimos una situación algo difícil, porque estaba promoviendo una urbanización irregular en San Nicolás.

"Sus inclinaciones de servicio social y de solidaridad con la gente más necesitada, pero también por intereses políticos, Jaime impulsó más de una invasión, que, en su concepto, era de las pocas posibilidades que la gente encontraba para solucionar sus problemas de vivienda. Y tenía razón en parte, recordemos que en ese momento, en Pereira sufrimos losefectos de la llegada de miles de personas a la ciudad como resultado de la violencia en nuestros campos". (G.Orozco-Restrepo, entrevista personal, enero de 2016)

Ese es un doloroso e importante episodio histórico de la nación y que tocó de muchas maneras a Pereira. La desterritorialización forzada, alentada por fuerzas violentas bipartidistas, generó durante la década de los cincuenta y sesenta desplazamientos masivos a los cascos urbanos de las ciudades, reconfigurando no solo la fisonomía de estas, sino sus relaciones políticas y sociales. Pereira no fue la excepción y, dicho fenómeno provocó

indiscutiblemente, una refundación de la ciudad, producto del repoblamiento de sus periferias por grupos marginados que, con el tiempo, y alentados por políticos y organizaciones con un carácter evidentemente ideológico y en otros casos humanitario, tuvieron incidencia protagónica en el desarrollo de la ciudad.

Había movimientos de vivienda muy inclinados ideológicamente a la izquierda como Provivienda, que impulsaba a poblar sectores periféricos de la ciudad, colocándoles nombres propios de la revolución comunista a dichos barrios: Leningrado, La Habana, La Isla, entre otros. Por su parte, el Instituto de Crédito Territorial no tenía soluciones de vivienda para estratos bajos, sino que construía barrios para personas de nivel medio: Kennedy, El Jardín, Boston. Eran urbanizaciones que, aunque amparadas por el sello de viviendas de interés social, exigían un nivel de acceso a créditos o capacidad adquisitiva muy por encima de lo que podían alcanzar las personas más pobres.

Gustavo Orozco añade: "estamos hablando de un momento diferente al actual en vivienda, cuando el problema era el desplazamiento de personas que no encontraban solución de techo, situación que, a la larga, el Frente Nacional no acabó como pretendía."

El médico Alberto Herrera Ocampo, conservador azul prusiano, como él mismo se definía, contaba con enorme tristeza, justo antes de morir, acerca de la responsabilidad de algunos miembros de su partido, que eran a la vez, gamonales de los pueblos, culpables -según él- de alentar el desplazamiento de los campesinos hacia la ciudad para

comprarles, a las buenas o a las malas, sus propiedades. Y de cómo, casi llevados por un sentimiento de culpa o responsabilidad, los políticos conservadores de la ciudad que tenían una conciencia social más desarrollada, en el caso de Jaime Salazar, recogían los pedazos humanos de esa violencia y trataban de darle techo a las familias desplazadas. "Un círculo de circunstancias imperdonables" señalaba el médico, casi a manera de perdón, por lo que fue la violencia partidista.

Esa compleja situación socio económica permitió que Jaime Salazar Robledo encontrara un camino de servicio y a la vez un fortín electoral entre comunidades vulnerables, circunstancia que otros políticos y gobernantes de la época, observaban entre el reproche y la envidia.

Los fenómenos de desplazamiento y pobreza llevaron a asentamientos humanos en zonas de ladera, en las riberas de ríos y quebradas, y en lotes sin uso. Los fundadores de estos barriosemergentes en sectores como Cuba, la comuna del Río o San Nicolás, no solo construyeron un espacio socio territorial, sino participaron, tal vez sin darse cuenta, en la refundación de Pereira.

Juan Alberto Rivera, periodista del Diario del Otún escribió un artículo en el que plantea que Pereira vivió tres fundaciones. Una primera cuando fue llamada Cartago, una segunda cuando el padre Remigio Antonio Cañarte hace la misa en la mitad del centro de la ciudad y una tercera durante los años sesenta, cuando Risaralda se separa de Caldas y configura a Pereira como capital del departamento.

Es necesario comprender ese concepto de refundación, e incluso dimensionar lo que los viejos fundadores que aún habitan estas comunidades y los políticos retirados lograron, al darle a Pereira un carácter identitario nuevo que alcanzó, gracias también a la intervención de algunos de ellos, a impulsar la construcción de estas comunidades, una nueva infraestructura de ciudad y una apertura más dinámica en cuanto a lo político, social y cultural, aunque con evidente desorden y sin una planificación territorial. Fue una especie de "generación espontánea" de ciudad, que desde la informalidad y la autogestión respondió a las secuelas de desarraigo e incertidumbre, ocasionadas por la violencia, quizás porque existía en el sentir cultural de muchos de ellos, unas tradiciones campesinas propias que les permitía el trabajo comunitario, la organización y el emprendimiento de tareas conjuntas, como evidencia Alfonso Torres Castillo en su tesis La ciudad en sombras (1993)

Es en este trabajo libro de Alfonso Torres que se entiende a profundidad cómo el Frente Nacional potencia la invasión urbana a manos de personas en condición de desplazamiento, la aparición de barrios populares en las periferias de la ciudad y las relaciones intrínsecas y a tan turbias como el lodo de los barrios en construcción entre el Estado, los piratas y la población marginada. Es en ese escenario que surgen figuras como la de Jaime Salazar, que se convierte en un mediador exitoso entre comunidad desarraigada y gobiernos para ayudar a configurar barrios en la ciudad que de un modo casi que caótico reconfiguran a Pereira en medio de un ambiente separatista impulsado

por gremios y élites que ofrecían una promesa de prosperidad en aquellas comunidades a cambio de la fundación de un departamento que a la larga refunda a Pereira como capital prometedora provocando así la movilización de la ciudadanía alrededor de este proyecto.

Del latín *fundatio*, el término **fundación** permite nombrar la **acción y efecto de fundar** (establecer, crear o edificar algo). El concepto está vinculado, por lo tanto, a la **arquitectura** y la ingeniería. Esto no quiere decir que la noción implique solo edificaciones, también organizaciones, grupos, eventos, barrios y ciudades, pero ante todo formas de mirarnos.

"**Refundar,** entonces, es el proceso y la consecuencia de modificar algo substancialmente para lograr que se adapte a la actualidad o para que sirva para un objetivo diferente al original. Se trata, por lo tanto, de fundar nuevamente algo" (Definición.de, 2018).

Por tanto, la refundación implica una transformación de la esencia de aquello que ya existe, para lo cual requiere de procesos de apropiación y resignificación, entendidos como hacer suyo un espacio determinado, con sus recursos y valores, incluso culturales. Esto es lo que se ha visto durante los procesos de repoblamiento de las comunidades periféricas durante la segunda mitad del siglo veinte en Pereira y que implicó en su momento, una búsqueda de arraigo, es decir; de bienestar, seguridad y agrupación de intereses, asunto en el que Jaime Salazar Robledo tuvo mucho que ver para bien y para mal.

Al respecto, Michelazzo y Salguero (2017) hacen una muy interesante disertación acerca de lo que implica refundar, lo cual brinda herramientas conceptuales para reafirmar que estos acontecimientos envuelven una negociación entre lo ya existente y lo nuevo, lo cual deviene en la deconstrucción de elementos simbólicos, sociales, físicos que en las ciudades se da de manera clasista. (P.23).

Para dichos autores, la refundación implica una deconstrucción creativa, un relacionamiento diferente, en medio de una idea que hegemónicamente ha sido excluyente frente a la reconfiguración de las ciudades, en donde los pobres, los desarraigados, los destechados, son llevados a ocupar territorios lejanos, mientras que los diversos planes de urbanización particulares y estatales, privilegian las clases sociales con logros en niveles socioeconómicos y capital cultural, ofreciéndoles espacios construidos con acceso a servicios, transporte, infraestructura comercial, y toda clase de lujos a los que los habitantes de Cuba, la comuna del Río o San Nicolás, por ejemplo, no pudieron acceder en su momento, en los años cincuenta y sesenta. Al respecto el padre Arturo Calle primer párroco del barrio Cuba en Pereira hace un estudio a profundidad de lo que fue la construcción de dichos barrios y los modos de habitarlo que existían. En uno de los apartes de su texto se lee la preocupación evidente por estas formas de marginalidad y exclusión, y anota que: La primera impresión que tuvo cuando llegó a la parroquia en abril de 1962, fue la de estar en un sector que parecía "un pueblo con todas sus características" Además de parecer un pueblo Cuba daba la señal de ser una "zona de tugurios"

por la presencia de animales, tales como, pájaros, gatos, perros, gallinas, vacas, caballos y cerdos, que convivían con los habitantes de las casas; de tal forma que en los sectores de Pereira (Cuba, El Río, Alfonso López) observados por Arturo Calle (1964), "es el campo el que parece seguir viviendo en la ciudad".

Es decir que, en los países latinoamericanos, incluyendo Colombia y Argentina, dichas separaciones de clases se hacen evidentes y la lucha de una comunidad es por alcanzar niveles mínimos de bienestar. Las políticas públicas instauradas en Pereira en los años sesenta, nocontemplaron en su momento la posibilidad de inclusión, cuando las familias desplazadas comenzaron a ubicarse en su casco urbano, convirtiéndose en una problemática pública que se solucionó de diversas maneras, casi todas a modo de emergencia, incluso en algunos casos, con cierto desdén por parte del Estado, que veía a los marginados como una problemática insoportable a los ojos de sus habitantes.

Es el historiador Jhon Jaime Correa (2013) quien pone de manifiesto que hubo una especie de insolidaridad frente a la presencia de estos grupos marginales y que la misma se representó en artículos de prensa en los que se calificaba a dicha población como problemática y mendigante:

Un fenómeno que preocupó constantemente a las autoridades de las ciudades y que era frecuentemente denunciado por los prestantes miembros de las organizaciones cívicas fue la presencia de mendigos que "afeaban" el entorno urbano pulcramente construido por

ellos – en muchas ocasiones se referían a los mendigos en términos de "plaga"–. En la siguiente cita sobre la ciudad de Pereira se llegó incluso a decir que en lugar de estar viviendo en la "ciudad prodigio" se estaba habitando en "mendigópolis": (p.204)

> Extrae Correa un texto del periódico El Diario publicado el 26 de noviembre de 1947.
>
> La ciudad ha vuelto a llenarse, pero en qué forma, ¡Dios mío!, de mendigos de todos los tamaños, los colores, las edades y los sexos. En días pasados la ola de pordioseros que llenaba las calles y las plazas se contuvo un poquito y hasta logramos ver desocupadas las aceras en donde suelen establecerse las colonias de mendicantes. Estamos en mendigópolis.

Este texto bien demuestra que los desplazamientos, las migraciones de campesinos y la pobreza generada en los cascos urbanos de ciudades pequeñas como Pereira se estaban convirtiendo en un caldo de cultivo de una problemática aún mayor, no solo provocada por la violencia, sino por una suerte de exclusión de clases a la que se hizo frente en los años sesenta, con soluciones comunitarias impulsadas por empresarios, organizaciones civiles y que políticos como Jaime Salazar Robledo supieron poner a favor de su proyecto electoral, aunque siempre amparados por un discurso solidario y asistencialista.

El civismo también se dio en los barrios marginados y no solo era exclusivo de los grupos élites de la ciudad.

Había otra forma de civismo en la construcción o dignificación de comunidades periféricas, representada en convites alentados por las políticas nacionales del presidente Alberto Lleras Camargo. Sin embargo, en nuestras ciudades dicho civismo era relacionado con grupos dominantes, tal como lo plantea Correa (2014), quien critica el concepto de civismo institucionalizado ya que lo consideraba un don distribuido de forma secreta entre los grupos más selectos de la ciudad.Una élite representada en los gremios y la Sociedad de Mejoras, compuesta por las altas esferas sociales de Pereira. (p.89) Las mismas de las que se margina de algún modo Jaime Salazar Robledo.

Aunque en aquel entonces, y aún ahora, se hablara de las grandes gestas cívicas de la ciudad de Pereira, como la marcha del ladrillo, la construcción del aeropuerto Matecaña o de la Villa Olímpica, con sus himnos poderosos, la historia no puede sencillamente otorgar estos actos cívicos única y exclusivamente a las élites de la ciudad. Dicha narrativa que se estableció como propia de Pereira, también fue construida por otros grupos marginales, por ejemplo: los habitantes de Cuba que, a través de comites cívicos, grupos Scouts, y el liderazgo evidente del padre Arturo Calle realizaron marchas y trabajo mancomunado para construir su comunidad ladrillo a ladrillo, e incluso aportaron mano de obra gratuita para la construcción de la Villa Olímpica. También los habitantes del barrio San Nicolás y los sectores de la Avenida del Río, eran obreros que desde abajo construían una ciudad que requería de una manera urgente un sentido identitario propio, ahora

que se lideraba el proyecto separatista de creación del departamento de Risaralda.

Pero no iba a ser posible dicha meta sin la participación de los grupos de abajo, de los destechados, de los habitantes de comunidades carentes de servicios y que requerían un impulso casi que sobrenatural para salir de la miseria. Estos mismos grupos, instalados en las comunidades periféricas, estaban subordinados a la misma narrativa del Civismo, pero construían, a su manera, otro relato que cobraba un nuevo sentido en los barrios emergentes, y que retroalimentaba la idea pereirana de Gesta Cívica, a partir de las luchas incluso de clases, que se daban al interior de estas comunidades. Convites, comités, comitivas, todas ellas eran acciones solidarias conjuntas que los hacían sentir parte de un lugar, de un nuevo sentido de identidad, luego del despojo y la expulsión de sus territorios.

Fue debido a estas gestas barriales que Pereira comienza a reconfigurarse, a construir identidad y a refundarse como ciudad. Pero, más allá del fenómeno de repoblación urbana que se dio en el país y en Latinoamérica a partir de la segunda mitad del siglo 20, lo que hubo fue una refundación de Pereira durante esta época, la cual se evidenció de manera muy marcada en la autoconstrucción y las implicaciones políticas, sociales, estéticas y técnicas que allí se dieron.

Pereira era una pequeña ciudad prometedora que amparada por la libertad lograda al separarse de Caldas, quería dar un paso hacia adelante, hacia una idea de

progreso que le permitiera ocupar un lugar destacado en el país. Tenía un poco más de 200 mil habitantes, muchos de ellos aún no censados y que hacían parte de grupos desplazados o ubicados en zonas marginales y periféricas. Álvaro Zuluaga cuenta que en ese entonces había empresas e industrias instaladas que debido a la insularidad en la que había quedado inmersa la ciudad, debían prestarse los camiones para sacar sus productos a los puertos. Estas nuevas industrias ubicadas en Pereira y el corregimiento de Dosquebradas, eran ala vez una promesa de empleo para aquellos que venían de otros lugares. El casco urbano de la ciudad estaba muy limitado y rodeado de enormes fincas que con el tiempo fueron vendidas para ir convirtiéndose en urbanizaciones. Pereira aún era y es muy rural, y sus caminos de herradura impedían el acceso a ciertos corregimientos como la Palmilla, La Florida, La Bella, Altagracia, Arabia, por su difícil tránsito. Incluso las primeras "chivas" comenzaron a circular en los años sesenta, cuando los pobladores de aquellos sectores construyeron con sus propias manos las carreteras. Y como cuentan los pobladores de Altagracia, entre ellos Arcesio Rendón, "tuvieron que ayudar a trepar las chivas entre todos con cadenas para que subieran la loma" (Entrevista realizada para el proyecto Cápsulas del Tiempo, 2013)

Fue con la llegada de esta nueva oleada de pobladores, que comienza a surgir una nueva configuración urbana, que lleva implícitos requerimientos de servicios públicos, infraestructura y amoblamientos que comienzan a darle una nueva forma a la ciudad.

Mientras que las élites trataban de hallar soluciones de planeación territorial para estas nuevas poblaciones, otros ciudadanos atendían la emergencia, motivados por sentimientos religiosos, compasivos o solidarios, tomando medidas extremas que implicaban incluso un sacrificio de su propiedad privada. Tal fue el caso de don Nicolás Benítez en el barrio San Nicolás, quien se dedicó a vender, según narra doña Flora Gaviria, habitante fundadora del barrio San Nicolás, "a precio de huevo" los lotes parcelados de su finca. Don Nicolás Benítez era el dueño de una enorme finca instalada en casi el centro de la ciudad de Pereira.

"Nosotros "Los colachos" como nos llamaban, comprábamos sus lotes, incluso a crédito, algunos ni siquiera le pagaban y luego, hacíamos comités para todo, para llevar el agua, para trazar las calles, remover la tierra, hacer la comida... para todo había un comité" Dice doña Flor con gesto de fatiga, como si aún la persiguiera el cansancio de esos días. (Entrevista realizada para el proyecto Cápsula del tiempo, abril de 2013)

Otro proceso fue la compra de los predios de la hacienda Cuba, a las afueras de la ciudad, al sur occidente de Pereira. A través de fichas, se asignaban los lotes de lo que serían las casas de casi dos mil habitantes que, desde entonces, y a través de durísimos convites ciudadanos, manifestaciones y extenuante trabajo, tuvieron que construir y pavimentar hasta configurar aquel territorio como la ciudadela barrial más importante de Risaralda e incluso del Eje Cafetero. O cuando dueños de lotes y fincas

apostados a las riberas del río Otún, vendieron o cedieron sus terrenos para que fueran ocupados por familias en condición de pobreza, y que debían defender sus ranchos no solo de derrumbes y súbitas crecidas de los ríos, sino de la autoridad policial de entonces que, llegaba a tumbarles las casas con el fin de desalojarlos. Esa circunstancia provocó la compasión de personas como don Alfredo García, quien al final cedió los terrenos de su finca para que se configuraran nuevos barrios. Y, por supuesto, Jaime Salazar Robledo, quien facilitó la construcción de barrios en el sector del Río, en Villa Santana, San Nicolás, entre otros lugares en donde tuvo influencia política, pero en los que no midió las consecuencias ambientales y topográficas que esto acarreaba. Ambos: Jaime Salazar Robledo y Alfredo García, son hoy los nombres de instituciones educativas, que rinden homenaje a las acciones de dos pereiranos que, aunque cuestionados de vez en cuando, dejaron su impronta en la historia de la ciudad.

En el caso de Pereira, se atendió desde la solidaridad, la política y también la negociación económica, una emergencia habitacional de índole nacional que sobrepasó la capacidad de los gobiernos de entonces. Pero, es innegable que, tras ese movimiento de comunidades vulnerables, existió también el oportunismo económico de colonizadores de lotes que ocupaban sin permiso algunos territorios y terminaban parcelándolos a su antojo y vendiéndolos a familias en condición de pobreza, incluso incorporando un sistema de pago por cuotas, casi que criminal.

Durante esta investigación se supo de personajes que parecieran sacados de la ficción como Marcos Sucio, un negociador inescrupuloso de lotes que él mismo ocupaba y al que se le reconoce su papel de transacción en sectores como El Plumón. (Entrevistas realizada para el proyecto Bibliobús de las memorias, 2018) O líderes comunitarios que aprovechaban su condición de poder para ejercer presión sobre madres solteras, mujeres abandonadas y personas sin fuerza de combate o capacidad de resiliencia. Todos estos actores comenzaron a orbitar en la ciudad, con buenas y malas intenciones, pero contribuyendo a la reconfiguración de Pereira. También hubo resistencias de índole jurídico por parte de propietarios que debían confrontar a los invasores con todo un arsenal de policías y abogados. Muchos perdieron su propiedad privada ante la presión de una realidad.

La refundación es entendida entonces como una de las transformaciones que suceden en un territorio cuando se hace un evidente cambio de lo existente y con ello se configuran nuevas formas de relacionamiento y conducta. En Pereira, la instalación de barrios de invasión, la llegada de gente de diversas regiones y culturas, los políticos que vieron en estas nuevas poblaciones fortines de votos, terminan transformando la realidad social y política de ese entonces, así como la arquitectura misma de la ciudad y sus delimitaciones geográficas. Al respecto el historiador Víctor Zuluaga G. (2013) nos recuerda que no hubo ningún tipo de prevención frente a esta realidad ni por parte del Concejo o de la Sociedad de mejoras, y que poco o nada se fueron respetando los reglamentos urbanísticos. (P369-370).

La aparición de estos nuevos grupos sociales implicó otras fisionomías y formas de verse, en tanto que trajeron consigo otros gustos, músicas, comidas, buscando adaptarse a sus realidades y procurando establecer una identidad propia para incluirse en el entorno. Son, en todo caso, "*rediseñadores*" de una sociedad que en su momento también estaba buscando definirse en elpanorama nacional y que buscaba separarse de Caldas y hallar elementos simbólicos que los distinguieran en la región. Esta convergencia de intereses posibilitó que el proyecto de ciudad capital de un departamento naciente, que por entonces emprendía Pereira, incorporara con menor resistencia de las élites, a los nuevos habitantes, quienes, a su vez, debían construir su propio espacio vital, reclamando, en términos de Harvey (2008), el "derecho a la ciudad" (p.21), lo cual significaba reivindicar para sí mismos, el derecho a configurar el espacio que llegaban a habitar. No en vano luchaban por conquistar los servicios de agua, energía, alcantarillado, infraestructura, pavimentación, etc.

Se trató entonces de la conquista de la ciudad, logro inacabado que debía darse a diario desde los diversos terrenos habitados, siendo necesario un esfuerzo común, que dio frutos en la construcción mancomunada de una Villa Olímpica para Pereira, o en la pavimentación y puesta en servicio de estos barrios periféricos, cuestiones que se lograron en conjunto, y que después, sobre los años ochenta, barrios como Villa Santana, replicaron como modo de convertirse en ciudadanos, pese a la negación o marginalización de su existencia.

Ellos: los marginados, los destechados, los habitantes de las periferias, conquistaron un pequeño lugar en el proceso de desarrollo de ciudad, logrando finalmente un puesto en el devenir político de Pereira, con proyecto de ciudad en donde el otro fuera tenido en cuenta -aportando desde su experiencia y su bagaje cultural- nuevas miradas al enriquecimiento de las historias de una ciudad, capaz de narrarse, sin negar la existencia del otro.

La narrativa cívica radica en una suerte de reciprocidad que se dio durante esos años de nuevas ocupaciones y refundación, amparada bajo las gestas con las cuales Pereira adquirió fama nacional en un momento en el que apenas comenzaba a inventarse como capital de un departamento. Dicho imaginario de civismo no fue circunstancial, sino el resultado de un proceso de configuración en el que Jaime Salazar Robledo participó de manera activa y en algunos casos, improcedente, porque retomando a Michelazzo y Salguero (2017) todo acto de refundación no deja de ser conflictual y siempre abierta. La disputa adquiere, solo de a momentos, los rasgos y las dinámicas de "protesta social" (p.24).

Desde este aspecto, se podría decir que, las invasiones eran la forma de la protesta social en aquellos tiempos, el modo de construcción de crisoles culturales también. No solo se trataba de encontrar un lugar para vivir, sino que, al tomar la propiedad privada abandonada, los lotes de engorde, se le hacía un reclamo directo a un país que había fallado en su promesa de Nación, o en términos de algunos grupos inconformes como la Alianza Nacional de

Oposición, ANAPO, se trataba "de regular el uso de la tierra".Hombres, mujeres y niños construían sus casas en las laderas de las montañas, en terrenos inhóspitos, riesgosos para la vida, entre cercos de fincas, en zonas de taludes, sin dimensionar sus implicaciones y sin el acompañamiento de un Estado que parecía darles la espalda. Esas familias peleaban por el agua, improvisaban acueductos, adecuaban letrinas, y esperaban en actitud combatiente a la policía con ollas de agua caliente y piedras, para defender sus ranchos de lata, cartón y tierra.

El exalcalde Gustavo Orozco aclara que Jaime Salazar Robledo no patrocinaba a los invasores, aunque de corazón estaba con ellos. "Perviene conservador de corazón acompañaba esas invasiones" aclara. Incluso existen historias acerca de cómo él se paraba frente a ciertos lotes abandonados por sus propietarios y trazaba con la mano, con una precisión inexplicable, las líneas imaginarias sobre las que se debían construir las calles y las viviendas.

El abogado y ex congresista conservador José Daniel Trujillo Arcila recuerda una anécdota al respecto:

"Jaime tenía fama de acolitar y defender las invasiones. Sin embargo, nunca podría asegurar que él fuera un invasor. Eso sí, metía en problemas al municipio porque lo obligaba a instalar servicios públicos en donde no había cómo, ni la capacidad técnica, ni las redes. Recuerdo que una vez fui a donde mi mecánico, que tenía su taller cerca a la fábrica de Bavaria. Allí existía un lote que cuando fui Secretario de Gobierno no pude lograr que los propietarios

le hicieran el cerramiento. Era un lote muy problemático porque ahí tiraban las basuras, había mucho drogadicto y generaba problemas delincuenciales. Ese día llegué a donde mi mecánico y observé que el lote estaba por fin cercado. "Narciso ¿por fin cercaron esto?" exclamé. El mecánico me dijo: -Doctor ¿usted no sabe lo que pasó? Llegó el doctor Jaime Salazar en un Toyota blanco, con un poco de gente, se bajó y comenzó a señalar con su mano, como tomando medidas y fíjese que al otro día los de Bavaria estaba cercando el lote con un poco de obreros." (J. D., Trujillo-Arcila, entrevista personal, julio de 2015)

El doctor Trujillo suelta una carcajada y luego, aún sonriente, dice que: "La fama de Jaime lo perseguía. Sin duda estaba programando una invasión. Él tenía la idea de que la propiedad debía dársele a gente necesitada, si no se estaba usando. Eso chocaba con un principio conservador que era la protección de la propiedad privada".

Frente a lo dicho por el doctor Trujillo, entonces se puede advertir las contradicciones entre los inicios radicales de Jaime Salazar, cuando veía a los de la izquierda como enemigos a vencer en el debate y la realidad con la que choca al ver las consecuencias de la violencia en las comunidades desplazadas.La invasión era un método acuñado por distintos sectores políticos. Era claro que desde su labor política lo que Jaime pretendía no solo era servir a esas familias, amparado en el idearío Conservador y el impacto que provocó en su vida la época de la violencia, sino ganar adeptos a su causa política. Pero también, puede ser, que de alguna manera haya sido influenciado por ese

sentido profundo de la encíclica papal que lo inspiró, el espíritu solidario de una ciudad naciente atiborrada de condiciones de pobreza y contrastes, y la búsqueda de un fortín político en esos lugares como consecuencia de su labor, cuestión que queda para la reflexión.

Pero al final, después de todo, la historia recordará que sus prácticas eran producto de estrategias clientelistas tan propias de la época y tan naturalizadas por la sociedad.

En un discurso, pronunciado en el corregimiento de Altagracia, se vislumbran las razones ideológicas que lo motivaban, y que, algunos tildaron de populistas, pero que él defendía como los verdaderos postulados de su partido. A continuación, se cita un aparte de su discurso:

"Yo sé que la oligarquía conservadora de Unificación también tiene unos dineros, no tienen ni siquiera la mitad de los que yo tengo, a pesar de que ellos son tres parlamentarios en el gobierno y yo uno solo. Y no tienen sino eso, porque de pronto empezaron a entregar el presupuesto que ellos tenían en la nación para ayudarle a los clubes sociales, para fundar ciertas corporaciones -dizque de vivienda- que no han aparecido todavía con sus efectos, porque no las conozco, ni siquiera ayudando con unas cuantas tejas de cartón a los campesinos, a través de esas corporaciones. Y yo sí puedo decir otra cosa: sin un centavo de la región, fundé un plan de vivienda donde le di oportunidad a dos mil trescientas familias con lotes que solamente les costaron a mil quinientos pesos.

No hay cosa más grave para una sociedad que la envidia. La envidia es una especie de enfermedad que va carcomiendo el alma del ser humano, y que naturalmente va invadiendo todo el cuerpo, como una especie de cáncer. Eso es lo que está sucediendo en este departamento con los señores de Unificación. Nunca le hicieron un favor al pueblo, como que siempre estuvieron parados

-de pie firme- frente a la oligarquía para ayudarles a los potentados de mi tierra. Nunca estuvieron en la barrera, defendiendo a la gente de mi pueblo en los momentos de peligro, como que siempre se refugiaron en los clubes sociales, a donde yo no voy, así me abran las puertas, porque mi destino está al pie de los campesinos y al pie de las clases de menos recursos económicos.

De pronto hago una demostración de la historia, para preguntar: En los momentos de la tremenda violencia de otras épocas, cuando eran incendiados los hogares campesinos, cuando estos tenían que salir despavoridos a refugiarse en las grandes ciudades, ¿dónde estaba esa oligarquía de Unificación? o lo que se ha llamado en otras épocas el Laureanismo, o lo que actualmente se llama el Alvarismo, ¿Dónde, que yo no los pude ver? Ciertamente sí estaban, estaban escondidos en losclubes sociales, porque les faltaba valor para salir como yo salía, a media noche, para visitar a las víctimas de la violencia y a tratar de animarlas frente a la angustia que fundía por todos los sectores ante a un país anarquizado. ¿Dónde estaban cuando la policía, un 14 de octubre en Belén de Umbría, cometía infortunadamente una masacre con nuestra

gente? Estaban interiorizados, metidos en el club Rialto, y yo estaba a la media noche viajando de carrera en mi carrito, para enterarme de la tragedia que había en Belén de Umbría. ¿Dónde estaban en los momentos más difíciles, cuando las gentes se sentían desprotegidas? Yo no los vi por ninguna parte.

Me perdonan que yo haga esta rememoración, porque es que de pronto y aún como lo dije hace un poco, la envidia los va llevando a hacer ciertas campañas de desprestigio, que no les van a servir para nada, porque mientras que yo levanto mi frente limpia, con una conducta honesta, con una vida toda dedicada al partido como que lo estoy haciendo desde que tenía once años, ellos no pueden decir lo mismo.

Todos los colombianos de alguna edad, liberales y conservadores, asistimos a la tragedia nacional. A esa tragedia que yo no quiero rememorar, a la de la violencia, a la de la anarquía, a la de la lucha por imponer unas hegemonías. En unas partes, las imponía el partido liberal, en otras partes las imponía el partido conservador. Y todos estamos convencidos de que ese no era el destino de la patria colombiana. Y, ahora, cuando yo tomando en mis manos los programas auténticos del partido conservador, releyéndolos y acoplándolos a la situación actual de carácter social que atraviesa Colombia y que en buena parte es resultado de los grandes desequilibrios sociales del mundo entero, cuando yo levanto mi brazo erguido y mi voz permanente para defender a los débiles, para defender las clases desvalidas, para reclamar justicia en favor del

campesino, para pedir la paz y para rechazar las manifestaciones sectarias... estos caballeritos de los clubes sociales, los señores de Unificación, pegan el grito en el cielo y dicen que Jaime Salazar Robledo dejó de ser Conservador.

"¿Acaso el partido Conservador se creó para defender privilegios? ¿Acaso se creó para hacer sectarismo? Nunca el partido y nunca cualquiera de los partidos dejó de ser o dejó de cumplir abiertamente sus deberes, sino cuando empezaron a enseñar los caminos del sectarismo y la violencia. Los partidos son tanto más importantes cuando conscientemente enseñan la paz y la convivencia. Y quienes todavía creen y están naturalmente suspirando por las épocas de la violencia es porque no han aprendido la lección que yo ya aprendí hace mucho tiempo y que vengo a enseñarla a mi gente, en el sentido de que el mejor conservatismo es aquel que enseña la paz, la convivencia y que busca el cambio social en favor de los pobres." (*Discurso transcrito de las grabaciones que lafamilia conserva*)Sin duda alguna, este discurso pudo provocar la ira de sus detractores conservadores, incluso hoy día, debido a su vigencia, podría levantar ciertas ampollas que se han formado por años. Pero aún así, para muchos pereiranos, entre ellos, adversarios políticos como Gustavo Orozco, piensan que Jaime Salazar siempre fue consecuente entre su discurso y sus acciones, por tanto, lo que impulsó fue una idea muy propia acerca de lo que debía hacerse para solucionar los problemas de vivienda desprendidos de la violencia. Era un buscador de la paz, porque temía más derramamiento de sangre. Por tanto, no

solo promovía el Frente Nacional, sino las urbanizaciones irregulares, loteos en zonas que no tenían servicios públicos ni vías de acceso, ni permisos de las autoridades. El barrio San Nicolás fue el primer ejemplo. Parte de aquellas tierras le pertenecían a su familia, otras a don Nicolás Benítez, propietario de una gran finca que fue loteada y vendida a precios económicos, teniendo en cuenta el privilegio de la ubicación del sector. Lotes sin servicios, ni vías de acceso. Algunos habitantes fundadores del barrio dicen que Jaime Salazar Robledo y Edgar Salazar, iniciaron el loteo de dichos terrenos y alentaron a don Nicolás para que parcelara y escriturara dichas tierras. Incluso él fue de los primeros en tomar la iniciativa, pese a las presiones de las autoridades y las élites de la ciudad que enviaba policías para evitar el asentamiento en un lugar estratégico para el proyecto de un barrio que, como su barrio vecino Centenario, pudiera elevar el estrato social de aquel lugar y valorizar los terrenos.

La gente del barrio San Nicolás, recuerda con gratitud a don Nicolás Benítez, a tal punto que el barrio mismo fue bautizado San Nicolás, en honor a aquel propietario que cedió su terreno y a quien pareció no importarle que muchos de aquellos lotes no le fueran pagados.

Nicolás Benítez, elevado a casi santo por la comunidad de fundadores del barrio, debió soportar el reclamo de sus familiares, quienes no le perdonaron que loteara y vendiera una propiedad que no era del todo suya. Qué mejor nombre para ese barrio que el de San Nicolás.

Los terrenos de San Nicolás debían cumplir con otro propósito urbanístico, debido a su cercanía al centro. Estaban destinados a ser de un estrato medio, parecido al de Centenario y Providencia, incluso con una dinámica comercial distinta. Pero el hecho de que los terrenos fueran vendidos a familias pobres, acabó con esta pretensión que el gobierno local había planeado. Ahora, debía acompañar un largo proceso de intervención social que apenas, casi 60 años después, comienza a mostrar sus frutos.



"El Estado que no es capaz de atender la demanda de viviendas en un momento determinado también debe reconocer que este esfuerzo de la gente debe ser compensado con la prestación de servicios, la normalización y atención a las demandas" planteaba Jaime Salazar desde el Concejo de Pereira.La diferencia entre una urbanización irregular y una pirata radicaba en el modo de negociación.

Las urbanizaciones irregulares consistían en la construcción de viviendas en terrenos cuyo propietario permitía su ocupación, e incluso vendía los lotes, pero sin los permisos de construcción por parte del Estado, cuestión que hacía más largo y tedioso el trámite para personas en situación de marginalidad. Dichos lotes, no

contaban con servicios públicos, ni vías de acceso, cuestión que hacía las condiciones de vida más difíciles para quienes habitaban dichos terrenos. Entonces, con escritura en mano, se emprendían acciones comunitarias para acceder a dichos servicios, las cuales incluían la protesta social, la búsqueda de apoyo político, la autoconstrucción, los convites, entre otras actividades que generaban un sentido de pertenencia, una vez cumplido el propósito.

En este aspecto, políticos como Jaime Salazar Robledo jugaban un papel protagónico. Eran quienes iban a estas comunidades a escuchar las necesidades de la gente y mediaban entre el gobierno y la comunidad para que las mismas fueran resueltas.

Incluso podría pensarse que ayudaban a provocar la situación problemática y luego a resolverla. Y en eso consistía su lucha política. Pero esta afirmación puede resultar demasiado simplista, frente a todas las complejidades que implicaba asumir ese compromiso social.

En las urbanizaciones piratas, al estilo de las alentadas por personajes como Marcos Sucio, la tierra era ocupada a la fuerza y luego los promotores terminaban parcelando y vendiendo de manera ilícita para su propio beneficio. Luego iban y ocupaban otros terrenos repitiendo la misma operación y contribuyendo a establecer comunidades que muy difícilmente lograrían obtener una escritura de aquel lote y se exponían a su desalojo. Finalmente, si se corría con

algo de suerte, dichos lotes, después de muchos años de ocupación, podrían ser escriturados gracias a la voluntad política de algún gobernante, como lo hizo en su momento Juan Manuel Arango en el caso del barrio Piumón intermedio, que recibió el apoyo durante muchos años del político liberal Oscar Vélez Marulanda. Otros, como algunos lotes de Las Colonias en el corregimiento de Cerritos, nunca han podido ser escriturados, generando un complejo problema legal para sus ocupantes.

El abogado y exconcejal Alfonso Gutiérrez Millán narra con cierta picardía, las estrategias a las que debía acudir Jaime Salazar para dar solución a dichas problemáticas sociales.

"Recuerdo que presenté un proyecto de acuerdo para crear el Fondo de vivienda popular en 1966, que de acuerdo con una ley de 1936 debía destinar el 5% de los ingresos ordinarios del gobierno para la construcción de vivienda popular." Dice Gutiérrez sentado en una cafetería del Bolívar Plaza, rodeado de amigos de la época, en una tertulia que desató su memoria: "Y hay una cosa bien simpática; tradicionalmente los proyectos que presentaba un bloque, el otro los negaba; pero Jaime se acercó a donde yo estaba y me dijo; "ese proyectosuyo favorece al pueblo de Pereira y lo voy a votar a favor y poner a mis dos concejales a que voten por él".

"Jaime tenía una vocación muy grande hacia el pueblo, que le criticaban mucho porque decían que era partidario de una escuela a la que llamaban el miserabilismo, que es

manejar la miseria de la gente para conseguir votos. Esa era la crítica que le hacían. Pero ahí demostró tener indudablemente una gran vocación de servicio social. Este voto de apoyo resultó muy interesante, porque uno de los de mi bloque no quería votar a favor de esta iniciativa y pude decirle tranquilo y lo cambié por los dos votos del sector de Jaime Salazar."

"Fue un individuo de corazón, entregado al pueblo Pereirano. Al conservatismo siempre se le tachó de ser muy elitista y estar alejado del pueblo, pero Jaime fue una demostración de que hay una conciencia social en el conservatismo muy respetable. Ojalá eso se continuara. "A raíz del proyecto que yo presenté para crear el fondo de vivienda, le llegaron una cantidad de millones al fondo de vivienda por parte del gobierno, porque era una ley que estaba olvidada. Entonces alguien dijo que había que hacer algo para reubicar gente porque había muchas invasiones en Pereira. Alguien dijo que había un lote al norte y lo ofreció y se empezó a negociar con el Fondo De Vivienda de Pereira y Jaime, muy habilidoso, movilizó a su gente y lo invadió. Porque era un berraco para eso. Entonces creó un hecho. Y saltaron los verdaderos godos a oponerse al proyecto. ¡Miren nada más lo que está pasando con ese proyecto, qué es eso tan horrible con esas invasiones! Jaime entonces se paró a defenderlo y curiosamente yo terminé al lado de Jaime intercediendo por el fondo de vivienda y la invasión. -¡Claro es que ustedes hasta comunistas serán! -nos decían.

"Señores, el problema no es que esa gente haya invadido, sino que existían miles y miles de personas

desperdigadas en casas de cartón". Argumentábamos ambos en el concejo. Al final, logramos convencer a alcalde de ese entonces para que aprobara un proyecto de reubicación, para que el Fondo de Vivienda comprara ese lote, que era una finca que le pertenecía a un familiar de Jaime Salazar. Jaime era muy habilidoso. Los concejales Perches Giraldo, Sinaí Giraldo y yo nos organizábamos para invadir lotes. Yo le decía a mi compañero Sinaí que en tal parte había un lote, que movilizara a su gente para invadirlo, pero cuando llegábamos ya Jaime Salazar y su gente lo habían ocupado." (A. Gutiérrez-Millan, entrevista personal, junio del 2015)

En este testimonio se puede entender los mecanismos ocultos que habían detrás de los procesos de invasión de los barrios periféricos, los intereses que existían y los modos de movilización existentes en aquellos años y tan reprochables ahora. Estos modos de hacer política eran aceptados de forma tácita por comunidades, colegas y gobernantes, y se había convertido en el modo más fácilque un campesino desplazado por la violencia o marginado por sus condiciones de pobreza podía acceder a vivienda.



Los habitantes de Villa Santana recuerdan como Jaime Salazar

había loteado y vendido junto con su hermano los predios de una enorme propiedad, para que, a través de la fundación San Vicente de Paul, fuera ocupada por familias en condición de pobreza. Las vías de acceso a dichos terrenos eran bastante precarias, ya que no había carretera que subiera por la ladera, sino un auténtico camino de herradura. Las condiciones para el servicio del agua eran deplorables. Sin embargo, muchos recuerdan que Jaime Salazar llegaba con un cargamento de tejas, ladrillos, cemento y otros elementos de construcción en un camión que debía estacionarse un par de kilómetros abajo, por los lados del estadio Mora Mora. Entonces, con una enorme comitiva de voluntarios, subía la colina cargando dichos materiales para la construcción de las viviendas.

Otra de las acciones emprendidas fue la de crear unos estanques de agua que surtieran de este vital líquido a los habitantes de ese sector. Dicha tarea se logró cumplir gracias a la presión ejercida por parte de la comunidad, que incomodaba a la administración de turno en cabeza de Juan Guillermo Ángel, obligándola a darle solución a través de la construcción del tanque que aún hoy día hace parte del paisaje urbano del barrio.

Algunos vecinos de Villa Santana guardan todavía la estampa o fotografía de Jaime Salazar, en gratitud por su labor. Otros recuerdan sus gestos de ayuda, como Jesús Marín, habitante de la comuna, quien narra con enorme emoción el día en que Jaime Salazar en persona lo llevó de la mano, cuando apenas era un muchacho, a comprarle un par de zapatos ya que andaba descalzo. Dicho gesto le valió

una lealtad política de años que aún después de su muerte, mantiene firme.

Para Juan Guillermo Ángel, exsenador, gobernador, alcalde, quien fue concejal, director del partido liberal, del periódico La Tarde y alcalde de Pereira en 1983, el fenómeno de Villa Santana, fue muy complejo de sobrellevar para él como alcalde, porque fue un barrio hecho sin planificación. "A nosotros nos tocó muy duro tratando de poner los servicios al barrio. Lo que pasaba con el fenómeno de las invasiones alentadas por los políticos, particularmente de izquierda, pero también de derecha como el caso de Jaime, era que la urbanización sí se hacía, pero sin servicios, entonces el partido que estaba con el gobierno venía con la promesa de poner los servicios y volteaba los votos y así fue por mucho tiempo, porque no había quien pudiera hacer el último favor. Lo que dice Nixon en su libro "Qué has hecho por mí últimamente" La estrategia que hacía la mayoría era esperar, y después de que estaba consolidado el proceso ahí sí llegaban a decir, venga que le vamos a solucionar el problema. También tuvimos problemas de titulaciones como en el barrio Hernando Vélez Marulanda, que fue un barrio de corte liberal, pero que no tenía titulaciones, y nos tocó dar una peleamuy dura para que la gente aceptara el título a cambio de una contraprestación muy poca y eso provocaba otra situación.

Hubo dolores de cabeza en la construcción de la avenida sur, ya que teníamos que comprar unas propiedades en el sector aledaño en una quebrada por el

sector de San Nicolás, queríamos trasladar la gente a unos lotes que compramos más arriba, pero la gente no los quiso ocupar, porque a diferencia de los que ellos tenían, estos eran lotes todos iguales, y las propiedades que ellos tenían eran desiguales, por tanto, los que tenían lotes más grandes se opusieron. Jaime tenía que ver con todo esto, tenía un olfato político para saber en dónde había un voto y ahí caía. Por eso no se perdía un solo evento social o reunión en donde se discutiera el ordenamiento de la ciudad.

"Para nadie es innegable que Jaime fue un personaje con grandes rasgos solidarios con la gente en situaciones precarias". Dice Gustavo Orozco. Era atacable el criterio clientelista de colocar gente dentro de la administración, Jaime era un buen representante del clientelismo entendido como una respuesta a las grandes necesidades de la época. Apoyaba mucho a los movimientos viviendistas, forzando al ejecutivo a darle solución a la gente a sus problemas de precariedad.

"Llegaba a la alcaldía con su libretica en donde anotaba todas las cosas que le decían en la calle, para darle solución a la gente, porque era un líder popular de masas. El alcalde decía no a muchas solicitudes, pero él no se quedaba viendo el no, sino el sí. Era un ser excepcional, cuyas profundas diferencias no nos distanciaban, él asumía una oposición respetuosa." (G.Orozco-Restrepo, entrevista personal, diciembre de 2015)

Recuerda Gustavo Orozco la ocasión en que Jaime Salazar fue a visitarlo a su despacho de alcalde recién

posesionado, con su poderosa libreta entre sus manos, con su lista de necesidades anotadas en ella. Fue una conversación amable, cálida, pese a que ambos eran de polos opuestos. Jaime y él se habían debatido en sendas discusiones políticas, pero siempre entre un marco de respeto. Ese día Jaime felicitó a Gustavo por su nombramiento como alcalde.

"Gustavo" le dijo "hemos tenido desacuerdos políticos, diferencias ideológicas, pero cuente conmigo independiente de puestos o no"

"Estas palabras, un alcalde las toma con admiración y gratitud". Dice Gustavo con orgullo, después de muchos años de recordar este episodio. "Luego Jaime se retiró del despacho, sin percatarse que había dejado la libreta sobre el escritorio". Gustavo Orozco decidió entonces jugarle una broma; le pidió a su secretaria que, si el regresaba por la libreta, le pidiera que ingresara al despacho del alcalde. Jaime Salazar, en efecto volvió por su importante libreta, ingresó al despacho y preguntó por la misma, a lo que el alcalde le dijo que debía esperar un rato más, ya que la estaban fotocopiando. El ex alcalde de Pereira observó el gesto de asombro del hombre que quizás más confrontaba y presionaba a políticos y funcionarios de la administración por puestos de trabajo y luego soltó una tremenda carcajada. De inmediato sacó la libreta de entre la gaveta de su escritorio y se la devolvió. Una sonrisa de gratitud y una cálida despedida daban cuenta del talante humano de Jaime Salazar, el político que sabía moverse

entre las comunidades más pobres y los despachos de los poderosos, con impecable serenidad.

Durante los años sesenta y setentas, la ciudad de Pereira se refunda desde las periferias y barrios construidos a través del Fondo De Vivienda Territorial, y las invasiones alentadas por políticos como Jaime Salazar Robledo, todo esto también ocurre debido al espíritu separatista y rebelde resultante de la creación del departamento de Risaralda, alentado por una élite dirigente progresista de la ciudad de Pereira y el liderazgo de una clase política representada en las figuras de Jaime Salazar y Camilo Mejía Duque, quienes debido a su capital electoral y clientelista contribuyeron con su trabajo inalcanzable en las comunidades a la construcción de barrios emergentes en donde Jaime tuvo una gran incidencia. La refundación no solo se dio solo desde la infraestructura precaria de los barrios o la institucionalización del departamento para la anhelada descentralización del departamento como bien plantean Correa et al. (2016) sino desde la reconfiguración de una ciudad que se convirtió, debido al desplazamiento, en un complejo crisol cultural y de voces que querían de un modo casi rabioso, pertenecer a algún lugar.

La creación y distribución a veces caóticas de estos barrios irregulares permitió a las comunidades más pobres acceder a sus propias viviendas y por ende contribuir, a través de organizaciones internas propias de la comunidad que siempre estaban en constante conflicto, reconfigurar sus comunidades y acceder a una ciudad que

vio crecer sus periferias de maneras impredecibles, con un impacto ambiental desastroso para los ríos Otún y Consota.

Estos modos de organización y apoyo a las comunidades pobres que Jaime Salazar asume, no solo estaba impulsado por un sentimiento religioso, como muchos señalaban, ni por la búsqueda de un fortín electoral imbatible, también, según su familia, amigos, algunos detractores y habitantes de las comunidades entrevistados, había en él un sentido solidario muy propio de su formación y un incansable sentido de trabajo y compromiso.

El discurso de Jaime Salazar Robledo, pareciera en un principio ser consecuente con sus actuaciones, él buscaba preservar de algún modo su idea de paz, representada en el laboratorio del Frente Nacional, que era justamente la solución política del momento para evitar la violencia, pero a la vez la provocadora de otro tipo de exclusión social y económica en el país. Jaime Salazar, al lado Camilo Mejía Duque, supieron moverse bajo esta realidad en la región, por medio de sus relacionespolíticas con partidos contrarios, para evitar la réplica de la violencia a través de sus pactos en el Concejo y formas de relacionamiento y negociación con el Estado.

Jaime Salazar aplicó estos pactos, proyectos y construcción política con lo que él llamó en su momento: Cambio Social, y por qué no, haciendo uso de sus buenas maneras en el trato a sus contradictores, además de su

apoyo a invasiones de terrenos, por parte de campesinos desplazados por la violencia y la pobreza. Todo esto da cuenta de un hombre Conservador inmerso en una serie de contradicciones tan propias de la época, en la que él aparecía ante las comunidades con más visos de apóstol revolucionario que de oligarca, pese a sus profundas raíces conservadoras. Así lo recuerdan, así lo llamaron en los medios y en las comunidades: "El apóstol de los pobres", así parecía actuar en función de las comunidades que lo seguían por las calles hasta las oficinas estatales, largas filas de personas pobres veían en él una oportunidad para solucionar sus más precarios problemas: mercados, tejas, empleo, pago de servicios... Este personaje que sigue vivo en la memoria de familias enteras que se vieron beneficiadas por sus acciones políticas y humanas, ayudó, de alguna manera insospechada, a refundar a la ciudad de Pereira en el marco de una de las épocas más complejas del país. Su labor aún resuena en la ciudad, como un eco que empieza a desvanecerse con la desaparición de aquella generación, tanto en barrios como en el escenario político

CAPÍTULO VII.

ALGUNAS NARRATIVAS FUNDACIONALES DE LOS BARRIOS DE PEREIRA



Personajes como Jaime Salazar Robledo, Camilo Mejía Duque Juan Hurtado, Juan Guillermo Ángel, Oscar Vélez Marulanda, Luis Enrique Arango, entre muchos otros políticos y líderes sociales, contribuyeron desde distintos ángulos ideológicos a configurar los barrios que hoy predominan en Pereira y deciden con una fuerza descomunal quién será alcalde o quién no.

Algunas de las historias barriales recopiladas durante el recorrido que se ha realizado a través de las cápsulas del tiempo, el Bibliobús de las memorias, y otras investigaciones, nos ha permitido recoger unas anécdotas en las que se incluye no solo la labor política de algunos de estos personajes, sino también las luchas y gestas cívicas que prevalecieron para sacar los barrios adelante. Dejó consignadas en esta investigación, a manera de historias narradas por sus propios protagonistas, los ecos de los barrios fundados durante la época de Jaime Salazar, antes de que dichos protagonistas desaparezcan.

El perfil de Jaime Salazar nos permite transitar desde una mirada política, al interior de estas comunidades, cuya fundación está atravesada por estas relaciones políticas, en las que siempre se puso en juego los recursos parlamentarios.

Descripción histórica de la Comuna Río Otún

Podría decirse que el repoblamiento de Pereira empezó en las riberas del río Otún, y todas las consecuencias que se dieron a partir de este fenómeno son el resultado de

relaciones sociales siempre en conflicto, tanto político como de convivencia, así como con la naturaleza.

La Comuna Río Otún surgió como una prolongación del centro de la ciudad hacia el Río. Es así como a fines de la década de los 40 y principios de los años 50, la zona urbana del municipio finalizaba en la carrera 4ª. En ese entonces, lo que es hoy la comuna, eran solo potreros, rastrojos y lagunas. A lo largo del Río, había un camino de herradura por donde transitaban las mulas cargadas de material para las construcciones que se estaban desarrollando en la ciudad. (Plan de Desarrollo Comuna Rio Otún 2010- 2019, 2009). A finales de la década de los 40, debido a un proceso migratorio por motivos de violencia, llegaron a la ciudad personas procedentes del Valle del Cauca, Antioquia, Tolima, y otros municipios Caldenses. Debido a este proceso migratorio se empezó a poblar la comuna de una forma espontánea, sin planificación e insuficiencia de infraestructura de servicios. El proceso de planificación de la comuna se dio a partir de dos motivaciones: en algunos casos los dueños de la tierra hacían loteos para venderlos sin vías ni planos; en otros casos, los asentamientos humanos se fueron dando por invasión (San Camilo, Salvador Allende, Santa Helena, El Triunfo, etc.); y unos cuantos, muy pocos, construidos por el Instituto de Crédito Territorial (Primero de Mayo, José Antonio Galán, entre otros). *Diagnóstico socioeconómico de la comuna río Otún* Página 14 de 135

Los habitantes, mediante la asociación espontánea de los convites (junta de acción comunal), construyeron vías,

casas, acueducto y alcantarillado, escuelas y templos. La comuna, desde la perspectiva político administrativa, nació con la creación de la división del municipio en comunas y corregimientos, mediante la adopción del acuerdo 63 de 1992. De acuerdo al Plan de Desarrollo Comuna Rio Otún 2010- 2019, (2009) esta registra sus primeros asentamientos para el año de 1938 con la llegada de tres familias al sector; la construcción de sus viviendas se efectuó con materiales encontrados en la zona y estaban ubicadas en la trocha que comunicaba al municipio de Pereira con el asentamiento de la florida y la parte alta del Río Otún. En 1942 se dio pie a la consolidación de asentamientos más uniformes debido a que el municipio inicia la construcción del Estadio Mora Mora que tuvo (y aún tiene) gran significancia para el municipio. En la década de los 50´s y al igual que en la comuna Río Otún, se pobló el sector de forma considerable y permanente debido a las migraciones poblacionales provenientes de otras ciudades y sectores rurales por causas de la violencia política de la década. Igualmente en esta década se instalaron en el sector varias industrias entre las que prevalece Hilos Cadena. Entre las décadas de 1950 a 1970 se presentó la consolidación de barrios entre los quese destacan Alfonso López, Hernando Vélez, Kennedy, Paz del Río, Santander y Ormaza. Luego de la década de los 70´s la comuna se dotó de algunos equipamientos colectivos mediante el sistema de auto gestión de los cuales la mayoría aún existen en el municipio. Para finales de los 80´s y principios de los 90´s se le otorgo el parámetro de comuna a la agrupación de los 21 barrios del oriente de la

ciudad y en el año de 1992 se dio a conocer como Comuna Oriente. La mayoría de las casas y barrios que empezaron a construirse a lo largo de la comuna del Río se levantaron después de actos de invasión en las riberas del afluente. Las autoridades policiales intentaban expulsar a esas familias que, de una manera organizada, alentados por grupos de la izquierda de entonces, defendían sus territorios ocupados a capa y espada. Una mujer nos leyó con su voz aún temblorosa el artículo de un periódico publicado en 1977, en el que se narra el intento violento de expulsión de familias invasoras del sector. Ante tales desmanes de poder se lograron acuerdos para que los propietarios de esas tierras cedieran los terrenos, a cambio quizás de perdonarle los impuestos. En todos estos barrios un nombre salía a flote de entre la memoria de sus fundadores: don Alfredo García, quien cedió parte de sus tierras para evitar alguna tragedia, entregó las escrituras de los lotes a las mujeres, convencido de que ellas no abandonarían sus casas y sus hijos, todo a cambio de que barrios como El Triunfo llevaransu nombre. Al final no se cumplió con esa promesa, pero un colegio mantiene viva su memoria.

Cuentan los habitantes del sector que la conquista posterior de esos terrenos fue con dinamita, ya que las casas se construyeron con tanta prisa y desespero, que se hicieron sobre las rocas del río. Es decir que al interior de las viviendas, de las salas y patios, habían quedado enormes piedras que ellos se vieron obligados a dinamitar: ¡Pum! Una explosión en la sala, para poder poner un televisor.

El río seguía su cauce, ajeno a estos pequeños esfuerzos por dominarlo. En verdad la amenaza no parecía ser mucha. Las mujeres iban a bañarse a los charcos, lavaban la ropa sobre lavaderos improvisados a orillas del Otún; los niños eran los encargados de recoger las prendas y el jabón, río abajo, cuando la corriente las arrebataba.

Había una cierta relación de paz entre el río y la comunidad, que se rompía con alguna borrasca sorpresiva. "La bomba" como le dice doña Carmen Lozano, que era una gran ola de agua, barro y ramas, ruidosa e intempestiva. Entonces pese a las advertencias de evacuación, las mujeres se mantenían firmes en sus casas, aferradas con una fe profunda en Dios y en el río. "Ambos nunca nos fallaron" dice doña Emma, una anciana octogenaria, mientras recuerda las épocas del viacrucis, un sector montañoso por el que subían miles de personas en Semana Santa, de rodillas algunas, quienes cruzaban el río para llegar a la cima de La Badea. Juran ellas que hubo milagros, gracias esas romerías. Dicen las mujeres del río que por una calle bajaban torrentes de agua-sangre proveniente del matadero municipal instalado en la 34 con 6ª, en donde ahora están instalados los bomberos. Aquella calle se volvía rojiza y maloliente e impregnaba el río. Por eso debieron organizarse para hacer que secanalizara ese desmán humano. La población crecía, las riberas eran cada vez más ocupadas por gente nueva, y los charcos en los que antes la gente se bañaba, fueron desapareciendo paulatinamente: La cristalina, el perro, el de los areneros, el charco negro, la ribera, el pito, lugares de recreación que

llegaban hasta la 28 con primera. Con ellos desaparecieron los paseos dominicales de olla o al menos las familias tuvieron que desplazarse más arriba, casi hasta La Florida.



Doña Carmen recuerda que ella bebía del agua del río. Tiene casi 90 años y es lúcida en extremo. Según ella, salvo la mañana que encontró un perro muerto flotando entre un remolino, no había existido otra amenaza letal de las aguas del Otún. Ella dice que después del terremoto de 1979, las cosas cambiaron. Vio bajar escombros de casas, cadáveres de animales y decidió reubicarse más arriba. Ya no era el mismo río: él había probado la muerte. Algunas vecinas creen que el río se contaminó con el tiempo por la permisividad del estado con las grandes empresas instaladas en las riberas: las cocheras y las avícolas. Otros, como el doctor Juan Guillermo Ángel, exalcalde de Pereira y habitante eterno del río, hablan del descontrolado poblamiento y la falta de un plan de ordenamiento más

exigente, que obligara a construir colectores a los urbanizadores. Algunos pobladores ven más arriba y sienten que el río mermó su cauce por un plan de reforestación que hubo en los años 50, cuando sembraron un montón de árboles no nativos: eucaliptos, pinos y otras especies absorbentes de agua. Entre ellas se sembraron árboles con los que más adelante se podrían hacer carretes de hilo para la empresa Hilos Cadena. Sin embargo, como cuenta el doctor Juan Guillermo, tal esfuerzo fue inocuo, porque llegaron los carretes de plástico.La comuna del Río es tal vez una de las más dinámicas actualmente. Aún sus mujeres siguen provocando cambios significativos, asumen su rol de comuneras y le solicitan a los jóvenes que tomen las banderas de sus constantes causas. Levantaron los barrios de la nada, con la fuerza de un trabajo en conjunto que les permitió ganarse a fuerza de pulso un espacio para su vejez. Se podría decir que es allá en donde el papel de la mujer Pereirana cobra mayor vigor, en aquellos barrios fundados por ellas, late aún el sentido de la lucha contra la adversidad.

La mayoría de vecinos aún recuerda el estruendo de la tragedia de 1978, cuando la acequia colapsó en el barrio Las Américas y sepultó a decenas de familias. Los muertos rondan las orillas susurrando que el río Otún es sagrado, es el corazón de nuestra ciudad, es nuestra sangre. Algunos han sabido comprender este principio básico, otros no, y el río ruge implacable recordándonos esa primicia espiritual.

Bóvedas

A los habitantes fundadores del sector de San Camilo, les decían de manera despectiva "Los colonos", ellos recuerdan que los primeros que invadieron aquella loma empinada que quedaba detrás del muro del cementerio San Camilo, eran desplazados de la violencia bipartidista y sanguinaria que se vivió en los pueblos durante los años 50. La pobreza y las amenazas los arrastró a vivir en condiciones de indigencia en la ciudad. Al no tener techo y ser azotados por la lluvia o el frío, varias de estas familias, con sus niños, decidieron sacar de las bóvedas del cementerio San Camilo los restos fósiles de ya viejos moradores, para esconderse ahí y pasar la noche fingiéndose muertos o almas en pena. Justo antes de que la luz del sol los delatara, volvían a acomodar los huesos y cubrían la fosa de tal manera de que pudieran usarla a la siguiente noche, mientras construían sus propios ranchos de cartón o el Estado, que contribuyó a su miseria, se acordara alguna vez de estos muertos fingidos.

Fue tiempo después, cuando las casas fueron levantadas y apoyadas contra el muro del cementerio, cuando las letrinas quedaron más abajo y muy lejos de los ranchos, que una terrible tormenta se desató sobre ellos; la lluvia fue tal que terminó por tumbar el muro del cementerio. Entonces comenzaron a rodar montaña abajo; huesos, cráneos, muertos... Los niños jugaban con esos huesos, los adultos trataban de recoger el desastre, y cuando vinieron con las retro excavadoras a remover la

montaña, todos se dieron cuenta de que el cementerio no terminaba en donde estaba el muro, sino dos o tres cuadras más abajo. Es decir que estas familias que habían invadido el terreno de aquella montaña, estaban durmiendo sobre muertos.



Fundadores barrio San Camilo

El río de sangre

Desde "el Matadero de ganado" que quedaba ubicado sobre la calle sexta con 33, en el mismo lugar en donde ahora opera el Cuerpo de bomberos de la ciudad, bajaban entre las faldas montañosas y empinadas del barrio San Camilo, un riachuelo de sangre por un canal que desembocaba en el Otún, era un río rojo permanente y oloroso, y el cual ya era parte del paisaje de esas laderas

invadidas por familias pobres que construían sus casas sin mayores reparos y trataban de solucionar esta situación que ya rayaba en una crisis sanitaria. Recuerda don Julio Cesar Restrepo que algún empleado del "Matadero" de vez en cuando le hacía señas a las mujeres más pobres del sector para advertirles en clave que arrojaría trozos de carne por aquel canal de sangre. Entonces las madres esperaban entre los caños a que llegaran deslizándose, arrastradas por el riachuelo rojo, las vísceras sobrantes del ganado. Eran varias mujeres, hombres y niños, tratando de pescar esas carnes con palos que tenían puntillas atravesadas, luego se llevaban el botín a sus casas, ya había algo que comer. Otras veces los novillos y toros que estaban arriba en el matadero, saltaban por encima del cerco que era muy bajo, y caían sobre los techos de las casas, para luego salir corriendo por entre los corredores y calles, atropellando a la gente. El Matadero fue retirado de aquel lugar después de que uno de esos toros mató a una mujer en su carrera.

Cuentan los fundadores del barrio que esas eran las condiciones de pobreza que tuvieron que superar juntos, hasta convertir a San Camilo y esa loma llena de muertos y toros, en uno de los barrios más vistosos del centro de Pereira.

Desplazados a Cuba



Padre Fray Arturo Calle en su llegada al barrio Cuba. Foto de archivo

Cuba nace en los terrenos de una hacienda panelera llamada de la misma manera: Hacienda Cuba, en el año 1962, la hacienda fue adquirida y loteada por el Instituto de Crédito Territorial para responder a una emergencia habitacional debido al desplazamiento de campesinos y el repoblamiento de la ciudad de Pereira, sobre todo en las riberas del río Otún en donde incluso se configuró una epidemia de cólera debido a las condiciones higiénicas de aquel lugar, pero dichos lotes entregados en Cuba carecían de servicios, calles o casas construidas. Los habitantes que accedían a esos lotes que eran dados a través de fichas con el auspicio de políticos de la época, debían juntarse para resolver problemas comunes, consolidando así una comunidad obligada a trabajar en equipo para consolidar su barrio y solucionar conflictos, con la idea de alcanzar el

progreso, para lo cual crearon grupos scouts, realizaron convites para pavimentar sus calles, se esforzaron por convertir sus casas de guadua y cartón en casas de material.

Pese a su surgimiento, producto de la emergencia, los nuevos habitantes del sector procuraron mantener un plan de organización que al final terminó contaminando el río Consotá, la quebrada el Oso, acabando con los bosques de guaduales. Según el padre Fray Arturo Calle, primer párroco de Cuba, lo que encontró a su llegada al barrio fue: "La imagen de un "pueblo" en la periferia de la ciudad de Pereira y "la interpretación de un barrio de emergencia en una zona marginal". Esa primeraimpresión fue la de estar en presencia de un barrio que más bien parecía "un pueblo con todas sus características" (Calle, 1964, p.28).

La imagen de Cuba, más cercana a la de un pueblo periférico de la ciudad que a la de un nuevo vecindario barrial se reforzó en el estudio con la referencia a la ubicación del asentamiento en los terrenos de una hacienda panelera. Calle (1964) plantea que:

"La construcción de las nuevas casas no cimentaba la aparición de un nuevo "barrio". El origen de la población "recién llegada del campo", la toma de posesión del lote mediante la construcción de una "pieza de guadua" para vivir en "condiciones infrahumanas" (p.23); (...) las primeras casas con piso de tierra, sin servicios sanitarios y compartidas con animales domésticos (gallinas, pájaros, gatos, perros, vacas, caballos y cerdos) fundamentaba la

imagen de un pueblo aún no integrado a Pereira y la impresión de una mezcolanza entre lo rural y lo urbano de tal forma que, en Cuba y los otros barrios analizados: "es el campo el que parece seguir viviendo en la ciudad" (p.53).

Pero, esta no podría ser la narrativa fundacional del barrio Cuba, este documento hallado en la investigación, apenas representa los antecedentes que ayudan a comprender cómo hizo dicha comunidad para abandonar ese estado de miseria y dignificar su entorno a partir de gestas cívicas, incluso con el apoyo del mismo Fray Arturo Calle como protagonista de la reconfiguración de la comunidad.

Tal como se explica en el capítulo anterior, la narrativa fundacional surge en el momento en que un grupo social se une para dar soluciones conjuntas a un problema común y esto se comprueba a través de lo contado por los fundadores del barrio Cuba, cuando tuvieron que organizarse en comités cívicos, alentados por el espíritu de las organizaciones cívicas que instauró el presidente Lleras Camargo en el año 1962.

La comunidad unida logró que el mismo presidente Lleras visitara su barrio para que aportara los materiales necesarios con los cuales pavimentar sus calles.

Narra don José Hebert Grajales, que ese día la comunidad impidió que un carro de bomberos mojara la tierra de la carretera para que el presidente no se incomodara con el polvo. "¡Que chupe el polvo que

nosotros chupamos!" gritaban al unísono los habitantes del barrio. El presidente pisó el suelo seco y empolvado, comprendió las necesidades de esta comunidad y aportó los bultos de cemento necesarios para que por autoconstrucción los habitantes de Cuba dignificaran su espacio habitado. El mito en Cuba habla de la vez que un presidente de la república tuvo que caminar entre una nube de polvo que le hizo ver las condiciones de miseria que padecía una comunidad que quería dignificarse y salir de la pobreza. Esto no impedía que se dieran sendas batallas campales cuando se hacía fila para recoger el agua en los tanques dispuestos, o para lavar la ropa, aquellas luchas durísimasterminaban en tropeles gigantescos y caras duras que afectaban la convivencia pacífica en aquellos barrios.

La mayoría de los habitantes de Cuba, realmente no eran de la ciudad de Pereira al momento en que el barrio se fundó, eran foráneos, *destechados*, que intentaron por mucho tiempo hacer parte de la ciudad. Ahora bien, imaginar el sentido de desarraigo que ellos mismos padecían y la lucha incesante por construir sus propias raíces a la vez que levantaban sus casas en lotes asignados por fichas, en un terreno que ni los vio nacer, es imaginar en un modo abstracto la desolación. Podría decirse que Cuba se hizo de desolaciones. Y eso sería una afirmación casi certera si algo no hubiera activado en ellos un sentido solidario y de por sí obstinado, de quererse incluir en un imaginario de ciudad. A fuerza de un trabajo esforzado y voluntarioso y que, con el paso del tiempo, los llevó a

convertirse en "ciudadanos pereiranos", con todo lo que eso implicaba, incluso con capacidad política decisoria.

Todo esto motivado por esa idea de civismo que tanto prevalecía en aquella época y que era reforzada por grupos de poder para impulsar la separación de Risaralda, que era quizás el determinante más importante para impulsar tal civismo, la construcción del Aeropuerto Matecaña, o el estadio Hernán Ramírez Villegas de Pereira. Un civismo institucionalizado por la Cámara de Comercio, la Sociedad de mejoras públicas y los grupos políticos y élites de la ciudad, quienes promovieron una marcha del ladrillo para lograr esta hazaña que le dio a Pereira la etiqueta de ciudad cívica. Sin embargo, había otras gestas en las periferias, otros modos de construcción cívica de la que los libros de historia local poco hablan. Eran ellos, los de abajo, los obreros, los que sabían remover la tierra, levantar vigas, hacer uso de su fuerza, convertir su cuerpo en herramienta, resistir el Sol y el agua, en el barrio Cuba. Un ejemplo de esto se observa en el barrio el Plumón, que queda ubicado a las afueras de Cuba y que fue fundado a través de una invasión 10 años después en 1972. Al respecto don Gentil Gómez, uno de los habitantes fundadores del sector, recuerda con lágrimas ante la cámara, (Anexo 009 video) que después de más de treinta años de lucha, de remover tierra, pavimentar calles, padecer pobrezas y construir la iglesia junto con todos sus vecinos, el Alcalde Juan Manuel Arango les dio por fin un día, a través de una ceremonia hecha en el barrio, las escrituras de su casa. Ese fue el instante más feliz de su

vida, porque al fin él y muchos otros se sintieron parte de la ciudad.

Entonces el sentido de identidad despierta en el momento en que se empieza a pertenecer a ese lugar que se habita y esa pertenencia está supeditada al arraigo, a una escritura, un documento provisto de raíz que les permite saberse parte del lugar que aman.

Las brujas del palomar.

Los habitantes de Cuba fueron obreros todos de su propia comunidad y levantaron dichas casas, pavimentaron calles y crearon comités cívicos disciplinados, ladrillo a ladrillo. Durante losencuentros ellos recuerdan cómo el Instituto de Crédito Territorial repartió las fichas para que estas familias en condición de pobreza adquirieran su lote, el cual les fue asignado con un subsidio para materiales y la condición explícita de que las casas todas, debían ser construidas en material, so pena de perder la propiedad. Ante esta presión las familias se organizaron para levantar sus casas y calles, luchando contra la ausencia de agua, la cual llegaba a través de tanques a casetas diseñadas para distribuir el líquido a personas que debían hacer largas filas para llenar sus baldes o ir lavar la ropa. La ausencia de energía eléctrica que demoró varios años en llegar al sector, hacía que las noches fueran oscuras y tristes. Y así, cuando los habitantes del barrio Cuba luchaban por vencer esas condiciones de pobreza, el gobierno de la época permitió la construcción de una segunda etapa del barrio: Cuba etapa

2. La cual contaba con todos los servicios públicos y estaba dotada de casas dúplex, antejardines y calles pavimentadas. Dicha obra despertó los celos entre los habitantes de la primera etapa, una inquebrantable sensación de exclusión y abandono. Poner un barrio tan perfecto, tan bello, tan completo, mientras ellos, los destechados, debían dormir con el barro clavado en sus uñas, con el polvo en sus caras, con la sed en sus bocas, fue un acto insensible que despertó la rabia entre algunas mujeres de Cuba. Según don Gildardo Eusse Castro, dicha rabia obedeció también a la separación de clase social que una de las nuevas vecinas de Cuba etapa 2 quiso establecer con las mujeres de Cuba. "Aquella señora dijo que ellos no podían seguir llamándose Cuba etapa 2, porque eso desvalorizaba sus casas y propuso cambiar el nombre del nuevo barrio por el de San Fernando Cuba, ya que así se llamaba uno de los barrios más prestigiosos de Cali en aquella época. La decisión fue tomada, los vecinos aceptaron la propuesta y le cambiaron el nombre al barrio, así en Planeación municipal de Pereira, siguieran llamándose Cuba etapa 2. Dicho cambio de nombre, fue el que generó que apodaran a las nuevas vecinas como "las brujas del palomar" Cuestión que exacerbó los ánimos de ambas comunidades"

Las mujeres del barrio Cuba les dijeron a sus hijos, tan niños, que en aquel otro barrio de al lado, habitaban "las brujas del palomar", que esos pasos que se escuchaban de noche sobre los techos de las casas eran ellas y no los gatos como todos creían.

Los niños convencidos de la presencia de brujas, se lanzaron al ataque arrojando piedras contra las ventanas de las nuevas vecinas, a las que creían brujas por tener casas más bonitas, con antejardines y calles pavimentadas, por vivir en mejores condiciones que sus propias madres, tan sufridas y resentidas.

La hostilidad de los habitantes de Cuba contra los de San Fernando, creció cada vez más, a tal punto que impidieron que el único transporte de buseta con el que contaba todo el sector, el cual pasaba una vez cada hora, se detuviera a recoger los pasajeros de aquel nuevo barrio. El bus ingresaba y salía por un pequeño puente que se alzaba sobre el río Consotá y que servía de paradero para los vecinos deSan Fernando, pero los pasajeros de Cuba, al ver a las vecinas extender su mano para que el bus parara a recogerlas, gritaban al unísono: ¡No pare, no pare! Y el conductor de la buseta seguía derecho, haciendo que los habitantes de San Fernando tuvieran que esperar una hora más la llegada de otro bus.



Una mujer de San Fernando, desesperada ante tan mal trato, optó por tirarse al piso, atravesándose en pleno puente, impidiendo el paso del bus. ¡Pase a ver si es tan verraco! Gritó ella. Pero, no contó con que los pasajeros de Cuba se bajaran del vehículo, la tomaran de piernas y manos para luego arrojarla al río Consotá. Esto provocó un intenso conflicto de ocho días, en los que los habitantes de ambos barrios se vieron envueltos entre peleas, piedras, vidrios rotos, se tomaron la inspección de policía y aunque no hubo reporte de muertos, se recuerda como una de las más grandes trifulcas del sector, tal como narra Ofelia Rivera, habitante de la segunda etapa del barrio Cuba, a la que le llamaron San Fernando.

Dicho conflicto que atrajo la atención del Estado, tuvo que dirimirse con la inclusión de otra ruta de transportes llamada Transportes San Fernando, que ahora es la principal operadora del Megabús en Pereira.

Quinientas firmas.



Otra de las historias que narra Gildardo Euse Castro ex concejal de Pereira perteneciente al partido Conservador y habitante fundador del barrio Cuba y José Hebert Grajales Marín, fundador de Cuba y artista escénico, tiene que ver con las condiciones sanitarias de Cuba y los modos en que las personasse relacionaban, cuestión que lo llevó a plantear ante el concejo municipal la necesidad de abrir en el barrio un colegio mixto.

Desde esta investigación vamos ensamblando el rompecabezas con hechos históricos que se pescan desde el archivo del Concejo municipal y datos periodísticos, que permiten armar las partes de una anécdota histórica no contada y que estuvo guardada en secreto hasta ahora que fue hallada en el recorrido investigativo, y la cual muestra de manera profunda, la complejidad de las relaciones establecidas tras la fundación del barrio, las triquiñuelas políticas que se daban en escenarios como el Concejo municipal, y que permitieron llevar a final término un proyecto de infraestructura educativa.

Durante los años sesentas el señor Gildardo Euse trabajó como inspector de salud en el barrio Cuba por allá en los sesenta y setenta. Las condiciones del barrio eran deplorables y uno de sus hallazgos fue ver qué las casas y habitaciones de algunas familias eran alquiladas como motel para las parejas. Incluso guardaban canastas de cerveza bajo la cama matrimonial.

"Eran cantinas improvisadas, en los que la cama del matrimonio era prestada a la pareja, mientras que los

papás se llevaban a sus hijos al patio, o los sacaban a la calle, para que no escucharan el tortuoso placer de la pareja intrusa. Una canasta de cerveza se escondía bajo la cama para que ellos bebieran. Eso traía problemáticas sanitarias graves que yo como inspector debía resolver, sancionando o educando a la familia. También era necesario instalar colegios, porque los niños estaban sueltos en las calles, sin educación, vagando, las niñas embarazándose, los chicos emborrachándose, era necesario un colegio, ojalá mixto".

Finalmente, el inspector solía cerrar estos prósperos negocios y fue elegido después como concejal. Ejerciendo dicho cargo, expuso que una de las necesidades más prioritarias de esa comunidad era la de construirles un colegio para bachillerato, pero el colegio debía ser mixto porque si se hacía un colegio masculino las niñas se quedaban por fuera embarazándose y si se hacía femenino los chicos se quedaban por fuera adquiriendo vicios. Entonces hizo la solicitud al Concejo para dar inicio a dicho proyecto. y el primero en oponerse fue monseñor Baltasar Álvarez, quién vio la situación como algo pecaminosa y tras él, toda el ala más conservadora de Pereira. Contó en el concejo con el apoyo de unos pocos conservadores entre ellos Jaime Salazar, recuerda Eusse, los demás se opusieron y tuvo que desistir por meses a la iniciativa.

Pero luego se requirió de su voto para un proyecto de su partido y le pidieron que viniera a votar al concejo, siendo alcalde de Pueblo Rico. Él puso como única condición, a cambio de su voto, que su proyecto del colegio mixto en Cuba pasará a tercer debate.

Su partido y compañeros le dijeron que para aprobar su proyecto él debía traer la firma de 500 habitantes del barrio que estuvieran de acuerdo con la construcción de un colegio mixto. Paso seguido,el concejal le solicitó a los niños scout de Cuba, los mismos que el padre Fray Arturo había constituido, que le ayudaran a recoger dichas firmas. Faltando un día para el debate, los chicos sólo alcanzaron a recoger 80 firmas porque la población de Cuba creía que un colegio mixto era pecado. Los scouts que no querían quedarse sin estudiar, se les ocurrió la idea de ir al cementerio San Camilo a recoger los nombres de los muertos. Esa fue la lista que le llevaron al concejal, faltando apenas una hora para que cerrara el debate, una lista de 500 muertos. El concejal sin saberlo, presentó esa lista al concejo que se vio obligado a aceptarla y aprobar el primer colegio mixto del barrio Cuba.

Así se fundó el Jesús María Ormaza.

El concejal tuvo que soportar la furia de monseñor Baltasar, de gran parte de la curia y de sus colegas conservadores.

Los dos fundadores protagonistas de los hechos, hablan acerca del picaresco truco que tuvieron realizar para que en el Concejo municipal de Pereira les aprobara la construcción de lo que sería el primer colegio mixto del barrio Cuba. Un ex concejal y un ex payaso, ex trapecista, viejo cirquero y torero a la vez, se enfrentaron a dichas fuerzas antagónicas convencidos de que esa obra, pese a las posturas temerosas y ultra conservadoras de la época, era lo mejor para la comunidad. Un colegio mixto

garantizaba democráticamente la educación de niños y niñas, ya que los padres no podían costear los pasajes diarios de hasta cinco hijos para que fueran a estudiar a Pereira.

Hebert y sus compañeros Gabriel Vallejo, Carlos Escobar, y Roberto Marín, se habían tenido que enfrentar, a su poca edad, a la realidad moralista de su época y para defender la posibilidad de continuar con sus estudios, fueron hasta el mismísimo cementerio. Le entregaron los papeles al concejal quien sorprendido miró la tarea cumplida, no tuvo tiempo de leer los firmantes, solo presentó los papeles y recuerdan juntos como en tercer debate fue aprobada la construcción del colegio Jesús María Ormaza, cómo al día siguiente tomaban un café y se reían en secreto mientras se compadecían de los habitantes de Cuba, de los políticos anacrónicos e insensibles, del obispo y de todo ese mundo que se oponía a que progresaran, porque aquel colegio había sido fundado con algo menos que 500 muertos.

Juraron no contar nunca a nadie lo sucedido, fue su secreto hasta ahora que frente a las cámaras narran con orgullo esta extraña hazaña. El Colegio Jesús María Ormaza tiene ahora una gran infraestructura cuenta con más de 2 mil estudiantes y al conocer la historia no dejan de sorprenderse.

Dicha historia se complementa a dos voces y aunque jamás coinciden en la cantidad de firmas recogidas, dejan un documento poético, bello y divertido de contar, que al

ser transmitido a los estudiantes del colegio Jesús María Ormaza y Juan 2, despierta en los niños asombro y un profundo interés por hacer parte de los guardianes de la memoria del barrio Cuba y hacerle un reconocimiento a esos ancianos que cuando jóvenes ingresaron a un oscuro cementerio, con linterna en mano a revivirmuertos, solo porque la comunidad lo requería, así la misma comunidad que poco participó con su firma no pareciera creer lo mismo. De esta narrativa deberán surgir muchos cuentos.

Problemas como estos y otros más, son ejemplo de lo que implicó solucionar en aquel entonces contrariedades conjuntas, a través de la autoconstrucción, la gestión de recursos, el apoyo político. Esta constante lucha contra las adversidades, la violencia y las problemáticas sociales, se hacía por medio de convites, grupos organizados que terminaron incluso, fundando una organización de entierros liderada por Alicia Gutierrez, ex concejal, la cual servía para atender familias sin recursos que perdían algún ser querido, y que permitió que el barrio Cuba tuviera su propio cementerio.

Antes no hubo mayor interés de grupos hegemónicos de poder, empresas o urbanizadores por intervenir dicha comunidad, como sí lo puede haber hoy día, cuando la ciudad de Pereira se expande hacia el sur occidente, y el barrio Cuba crece próspera entre urbanizaciones nuevas de estrato 5, centros comerciales y nueva infraestructura vial, comercial y de desarrollo que ha afectado la forma del barrio y por ende las relaciones de quienes lo habitan: Una estación de Megabús que sepultó para siempre el Parque

Principal de Cuba, una vía que dividió en dos el barrio, un cementerio propio que corre el riesgo de perderse. Entonces solo quedan las historias, las que al ser contadas evocan el viejo barrio pero que al ser apropiadas hacen despertar de algún modo cierto espíritu ciudadano, colectivo, cívico, con el que los fundadores de Cuba refundaron a Pereira, en el año 1962 cuando todo empezó. Y es en ese instante de integración, alrededor de la palabra, de la memoria, que vuelven a despertar sus emociones, sus historias y muchos de los fundadores que querían mantenerse en silencio, son los que al final, más cosas tienen que contar, acerca de esa narrativa local que construyeron entre todos y que hoy, a través de este proyecto, recontamos.

Durante la sistematización de este proyecto y a través de entrevistas, encuentros focales y diálogos, se ha podido establecer la enorme necesidad que existe por parte de las comunidades de verse representadas a través de proyectos como este, de poder construir su propia memoria y darla aconocer. Enio Quiceno, uno de los líderes más visibles, propone mayor presencia en las instituciones educativas para enseñar esa historia y ese espíritu solidario que se dio en Cuba. Los mecanismos de participación y organización que se dieron para cumplir con los convites y comités. Por tanto, solicita que se hagan mayores ayudas didácticas para que esa historia se dé a conocer. No pide que la haga el Estado, algo le queda de sus luchas cívicas, esa dignidad de hacer por sí mismo la comunidad. "Cuando llegaron los Franciscanos formaron la juventud sanfriscanista, Yo estuve allá con la juventud, era estudiante del Salesiano,

nunca viví en Cuba y me tienen referenciado como fundador. Desde joven trabajé por Cuba. Al padre se le ocurrió algo muy valioso, generar liderazgos, de ahí quedé con la vocación de ser promotor de la acción comunal. Del escultismo salieron grandes líderes.

Por eso se retornó a la casa Scout, después de lo de las Cápsulas se recuperó la Casa scout y ahora hay que trabajar con los niños y jóvenes desde allá, para volver a recuperar nuestra identidad".



Enio Quiceno y la pañoleta de la tropa 9 scout de Cuba

Cuando se sembró la primera Cápsula del tiempo del barrio Cuba. Un cilindro adecuado como cápsula que despertó la sensibilidad de los fundadores, quienes participaron activamente de la ceremonia, la cual se realizó en el colegio Juan XXIII. En ella se depositaron una carta de la primera profesora del barrio Cuba Josefina Mogollón, dirigida a las generaciones del futuro, un sello de facturas de la primera ferretería del barrio, algunas facturas de las compras de materiales en dicha ferretería, entre otras

cosas, pero quizás la más importante fue la primera pañoleta scout de la tropa 9, firmada por los primeros integrantes del grupo. Al respecto Enio Quiceno recuerda:

"Recuerdo la pañoleta, claro, cuando hice el ridículo llorando, me alcancé a quebrar porque esa pañoleta representa todo lo que éramos nosotros en ese entonces. No hay como explicar ver a un montón de niños pobres haciendo la casa scout y luego crecer, y organizarse, ahora nos volvimos a juntar. Acabo de venir del entierro de uno de esos compañeros y siento mucha tristeza, es duro.

La fuerza que tenía Cuba era debido a que fuimos una comunidad que supo trabajar en equipo. Con el paso del tiempo eso se ha ido perdiendo, han llegado nueva gente, comercio, generaciones, y se está perdiendo la fuerza que era lo más importante. Ahora eso hace que nos sintamos forasteros, por eso se debe entrar más a fondo a los barrios. Y lo que ustedes hacen es muy importante, porque hace que volvamos a sentir esa fuerza, o al menos recordarla para podérsela contar a los demás.

Alicia participa poco del encuentro, su mente ya no recuerda lo pasado hace cinco años, entonces surge una preocupación: la memoria es frágil, es etérea y se corren grandes riesgos de perderla. Alicia había sido una de las más importantes partícipes del proyecto en el año 2013, y ahora, incluso ha olvidado su participación y los aspectos del evento. Quedaron los videos de aquella época. Ofelia Rivera de la comunidad de Cuba, y quien ha acompañado el proceso desde el principio del mismo, nos dice que:

"Hubo integración de la gente. Hemos sido más cuidadosas con el barrio, mejorando el entorno. Hablando con algunas vecinas, dicen estar contentas porque otros vinieron de afuera a preocuparse por la historia de nosotras.

Cuando vinieron con la Cápsula del tiempo, nos volvimos a reencontrar y hubo un gran interés por participar del proceso. La gente se agrupó durante el transcurso del evento, la presencia fue muy esporádica, espontánea, luego nos dispersamos, o eso creímos. El tiempo creo, fue muy largo entre aparición y aparición de ustedes, pero después los scouts viejos comenzaron a reunirse, después de lo de la pañoleta se les removió los sentimientos a la gente y comenzaron a reunirse, algo pasó, dejaron a un lado algún tipo de discusión que los tenía separados y se revitalizó el reencuentro de ellos.



José Hebert Grajales Marín , Alicia Gutiérrez y José Antonio López fundadores de Cuba.

Puños de cemento

La historia de Edgar Parra, el boxeador



Su voz narra con un cierto temblor aquella época de oro que antes vivió, dice que habla así porque los golpes recibidos desajustaron su mandíbula antes poderosa, también argumenta una timidez que no ha dejado desde la infancia, y esa es tal vez su única pelea perdida.

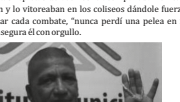
Edgar Parra llegó de Palmira un día de 1960 y se instaló en el barrio Cuba, en la calle 68 bis con 26, cuando era apenas un niño. Fue de los muchos que empezó a construir esa comuna a través de las gestas cívicas de aquel entonces, las mismas que refundaron a Pereira desde las Periferias.

El barrio cuba y sus alrededores era un cúmulo de lotes y barro que entre todos debían moldear, por eso él tuvo que excavar la tierra y ayudar a hacer las alcantarillas para poner los tubos de desagüe de su barrio, debió levantar su casa, al lado de sus hermanos y de sus padres, y nos contó con un orgullo semejante al de las primeras damas de la ciudad, que también cargó ladrillos y fue de los muchos que cortó caña para ayudar a hacer La Villa Olímpica en aquel famoso convite de Pereira, convirtiéndose en uno de los tantos ciudadanos anónimos que construyó este complejo deportivo, la diferencia es que nadie, nisiquiera él mismo, sospechaba en ese momento que lo que estaba haciendo era preparar el escenario de su gloria.

Aquel moreno de nariz chata, pero atractivo para las mujeres del barrio, conserva aún una fuerza y un carisma descomunal, su cuerpo pese a los años, mantiene el porte y la rigidez del boxeador. Mientras bebe una cerveza en el bar Bocaccio, al lado de sus amigas Melba y Ana Lucía, recuerda que desde tercero de primaria empezó a buscar peleas en el patio de la escuela, también trata de recordar con gratitud los nombres de los vecinos de Cuba que, sabiendo de su pobreza, le esperaban de vez en cuando con un plato de comida cuando llegaba de sus entrenamientos de boxeo, allá en el centro artesanal. ¿Por qué lo hacían? Quizás porque algún día en nombre de aquella comunidad de desplazados de la violencia de los sesenta, guerreros todos que construían con las uñas su propia ciudad, aquel boxeador los representaría a todos con sus golpes, y su sueño sería el de ellos, sus victorias serían suyas también, y

al levantar sus gruesos brazos de luchador y obrero señalaría la existencia de un lugar que se estaba encumbrando por encima de las más profundas tribulaciones Todos necesitan un héroe sobre el cual erguirse para alejarse del olvido. El llamado a cumplir tal designio sería Edgar Parra, eso creían muchos.

Rodeado por muchos, Edgar se iba a pelear en los cuadriláteros de la ciudad y de otras más lejanas, entonces dos busetas repletas de vecinos le acompañaban en cada excursión y lo vitoreaban en los coliseos dándole fuerzas para ganar cada combate, "nunca perdí una pelea en mi ciudad" asegura él con orgullo.



Mientras don Jacobo Gutierrez Rojas, mano derecha de Edgar, nos sirve amablemente unas empanadas, el boxeador suspira y, casi con una lágrima de emoción, nos cuenta que una ocasión debía pelear en Ibagué contra David Zapata; "Esa mañana sólo había en la casa un huevo duro pa' comer, y mis papás habían decidido dárselo a mi

hermano menor, pero él me ofreció el huevo, porque sabía que yo debía pelear, me lo dio con cariño y admiración" Edgar guarda un pausa larga, casi ahogada,y luego saca pecho haciéndose grande.";Ese día gané la pelea!" exclama él con un orgullo y una sonrisa de gratitud que no se le ha borrado en años. Entonces nos es inevitable reír emocionados. Hay una cierta nobleza casi contagiosa en sus ojos cuando cuenta estas historias, una nobleza propia de su familia, de su gente.

Edgar debía repartir su tiempo entre hacer el barrio, como un titán, y entrenar entre condiciones paupérrimas en un coliseo en el que no existían ya instructores de boxeo, el último, Ulises Botero, había muerto sin conocer la promesa. Entonces surgió el milagro. Ya había dicho que aquel joven boxeador preparó el escenario de su gloria, es verdad; la Villa Olímpica y el coliseo mayor se estrenaron en 1974 para los juegos nacionales que se realizaron en Pereira. La gente de Cuba había rodeado a su boxeador porque sentían que él les pertenecía, qué él con sus propios puños de cemento había ayudado a levantar el barrio que habitaba y el escenario deportivo que lo acogía, por eso un montón de vecinos se metieron a su camerino justo antes de la pelea definitiva, para abrazarlo y darle alientos antes de enfrentar a su contrincante, y así, empujado por la fuerza de su comunidad, ganó la pelea más importante de su historia personal. Entonces fue llevado en hombros hasta las calles de Cuba, la gente del barrio lo montó en un jeep de bomberos y en medio de un desfile ruidoso y feliz, celebraron aquella medalla de oro que él levantaba con

orgullo ofreciéndosela a los que le compartieron un plato de comida, un huevo duro, unos guantes, un pasaje, un abrazo de aliento, un beso robado, una sonrisa de orgullo. Edgar era el campeón de la ciudad, del barrio, y su carrera apenas empezaba.

Recuerda que se había ganado el derecho de ir a los juegos Centro Americanos y del Caribe en Venezuela, y que los de la liga de la costa no admitían que un Pereirano se hubiera colado entre aquel ramillete de gladiadores, por eso lo hicieron pelear dos veces más para ganarse su pasaje, y ambas peleas la ganó. Pero allá en Venezuela, un yogurt que se tomó venció su abdomen, y tuvo que conformarse con una medalla de bronce. Recuerda también que una casa prometida por Coldeportes y la Alcaldía de aquel tiempo jamás le fue entregada, pero como existen otras formas de premiar, un promotor estadunidense lo descubrió y se lo llevó a su patria, para que peleara en las Vegas, en California, en New York. Tuvo alrededor de 82 combates en toda su vida, 10 de ellos en Estados Unidos, y el último fue contra el campeón mundial Arturo Frías. "Esa pelea fue hasta el round final, y la perdí por decisión" dice él con cierta amargura que reviste de orgullo.

Un golpe certero a la cien lo dejó sin vista. En ese último combate Edgar cayó vencido por la ceguera y tuvo que someterse a una cirugía de ojos que no resultó del todo exitosa. Ahora estaba contra lascuerdas, y se alejó de los cuadriláteros. Durante meses permaneció ciego y solo.

"Fueron tiempos difíciles, pero sí uno no sirve para una cosa, sirve para otra" sentencia él con la sabiduría del viejo y con la esperanza de que su mensaje sea escuchado por las nuevas generaciones. Atrapado en Estados Unidos, ya sin dinero, trabajó como obrero en el desierto de Nevada, cortaba leña sometido a un sol implacable, mojaba sus gafas ardientes entre el agua que debía beber. Entonces, porque la vida es así, porque a veces premia a los guerreros, solo a veces, un Barranquillero reconoció al boxeador -¿Tú eres Edgar Parra? –le preguntó. Edgar le respondió que sí, le contó sus desventuras, y el extraño admirador lo sacó del desierto y le puso a trabajar en una cadena de almacenes en las Vegas. Pagaba bien, lo consentía y le ayudó a salir adelante. "Seguro ese man se ganó una apuesta con una de sus peleas" dice riendo una de sus amigas, Edgar sonríe recordando al costeño con afecto, "Dios existe, y manda ángeles" afirma él.

"Una vez caminaba por New York junto con mi hijo, entonces un hombre que no conocía me saludó efusivo y me dijo: Campeón, tú eres Edgar Parra… yo le dije que sí y en ese instante me abrazó felicitándome. Hacía muchos años no peleaba, me creía olvidado. Yo le dije a mi hijo que hay cosas que se ganan luchando, que no tuve que hacer el daño para tener un nombre, que me sentía orgulloso y feliz de lo que era. Ese momento fue el mejor legado que le pude dar a mi hijo… ese momento".

Edgar Parra regresó a su hogar, ya viejo, ahora tiene tres hijos y dos nietos que viven en Estados Unidos, él habita Cuba y añora los tiempos en que todos eran una sola

comunidad, es dueño de un bar decenario llamado "Bocaccio" en el que suceden un montón de historias desde hace 35 años, fiel a la música romántica de los setenta y ochenta, en aquel bar permanecen colgadas fotos y artículos de prensa de sus glorias pasadas, un pequeño museo de los recuerdos del cual se siente orgulloso.. Dice que quiere volver a pertenecer a los Scout de Cuba, habla con orgullo de aquel grupo, pues según él, fue a través de ellos que comprendió el significado de comunidad. Nos dice con una sonrisa tranquila que descansa feliz, porque le ha ganado a la incertidumbre su pelea más cara, y está orgulloso de lo que fue, de lo que es y representa para su barrio amado.

Al ver cómo le saludan y le aplauden en los Encuentros Generacionales que hemos venido realizando, puede uno concluir que Edgar Parra se ganó el corazón de los suyos, porque supo conjugar los puños con el cemento, el amor con los golpes, porque ayudó a construir el lugar de sus sueños, de la mano de muchos, solo para hacer de Cuba y Pereira su gran casa.

La Estatua en pedazos

Por alguna razón los barrios en Pereira estaban hechos de divisiones, fraccionamientos que aún subsisten, como si todo en este país se fundara desde la división. Por ejemplo; el barrio Kennedy llamado antiguamente Nuevo Libaré, que fue fundado en 1962, y el cual está ubicado al otro lado de la ciudad del barrio Cuba (al nor oriente) tiene una historia que da cuenta de estas divisiones producto de los

conflictos de convivencia que se dan al interior de las comunidades: Ser capcioso



Fundadores del barrio Kennedy

Una quebrada que cruzaba el parque dividía en dos partes a la comunidad, el lado izquierdo y el derecho, y por alguna razón, esto generaba a la vez una división entre la comunidad, una especie de enemistad entre vecinos. Los de Izquierda contra los de derecha. Lo curioso de esta historia es que la única vez en que ambas partes se pudieron poner de acuerdo en algo, fue cuando asesinaron al presidente Jhon F. Kennedy. Esto motivó a que la junta de acción se uniera y, a nombre de todo el barrio, fueran a pedirle al Concejo municipal de Pereira que les permitiera cambiar el nombre del barrio por el del presidente asesinado. Fenómeno que se dio en varias partes del país y Latino América. Incluso los habitantes del barrio Cuba fueron dos días después a hacer la misma solicitud que les fue negada. Eduardo Arias Valencia, narra cómo la

comunidad de nuevo Libaré, adquirió al fin el nombre del barrio Kennedy, y también cuenta acerca de la estatua que se hizo del presidente estadunidense para poner en el parque en una ceremonia especial que se daría un domingo, pero de nuevo surgió la división. Se desató una discusión que giró en torno a qué lado del parque deberíaquedar la estatua; si al izquierdo o al derecho de la quebrada. Esto fue dirimido con un sorteo de cara y sello que no dejó conforme a una parte del barrio, por eso a la media noche un taco de dinamita voló la escultura en pedazos y no quedó ni la foto. Esta inexplicable división de una comunidad, aún subsiste y se dirime a través del juego. Cada 31 de diciembre se hace un partido de fútbol entre los vecinos del lado izquierdo y el lado derecho para que simbólicamente se recuerde su partición.

Eduardo Arias es quien nos cuenta la historia del barrio Kennedy en el video que anexamos.

En Cuba la división se dio por situaciones de clase o estrato social, tal como se explicó anteriormente. Permítanme les cuento pues está otra historia:

El barrio que hoy se conoce como Kennedy, antes se llamaba nuevo Libaré. (No sé si alguien ya muy viejo lo recuerde) Justo en la mitad del parque de aquel barrio, tal vez uno de los parques más bonitos de los barrios de la ciudad de Pereira, cruzaba una quebrada que dividía el sector en dos partes; el lado derecho y lado izquierdo. Está quebrada solía crecerse en invierno, pero traía consigo una maldición, no sólo dividía el barrio en dos, también dividía

a la gente en dos, es decir; hacía que la gente del lado izquierdo se peleara con toda la gente del lado derecho. Nunca se supo por qué peleaban, pero entre ambos lados existían enormes diferencias de vecindad, al punto de que incluso ellos pensaban crear dos juntas comunales. Nuevo Libaré adquirió su nombre debido a una posada en donde se bebía los fines de semana y a la que llegaban los arrieros de la Florida. La posada se llamaba Libaré y quedaba justo frente al estadio Mora Mora.

Los habitantes de Nuevo Libaré detestaban el nombre de su barrio. Bueno, algunos, porque no faltaban las diferencias hasta para detestar algo.

El asunto es que, cuando asesinaron al presidente Kennedy, ambas partes del barrio se reunieron por primera vez en sus vidas para sacar adelante un proyecto común; cambiarle el nombre al barrio. Todos querían llamarse barrio Kennedy. En eso estaban al fin de acuerdo

Así que corrieron al concejo municipal de la época, a pedir el cambio de nombre del barrio. El concejo recibió dicha solicitud. A los dos días llegaron los del barrio Cuba a pedir exactamente lo mismo. Por dos días Cuba hubiera Sido Kennedy. Cosas de la política internacional.

Cuando aprobaron la solicitud a la gente de Nuevo libaré, decidieron hacer una fiesta para lo cual un escultor del barrio hizo el busto o la escultura de John f Kennedy. cuando fueron a ponerla en el parque, se abrió el debate en el barrio ¿En qué lado de la quebrada iba a quedar la escultura?

los del lado izquierdo insistían en que fuera en ese lado, y los del derecho en su lado. Así se pasaron las horas en ese enorme terrible y violento debate, hasta que finalmente, en un sorteo, ganó el lado derecho. Pusieron la escultura con la esperanza de celebrar la fundación del barrio Kennedy,descubriendo la misma en una ceremonia dominical, pero en la noche de aquel sábado, alguien puso un taco de dinamita y la voló en pedazos.

El barrio Kennedy se quedó sin escultura y sin fiesta de fundación por sus diferencias radicales. Aún hoy día cada 31 de diciembre, en el estadio Mora Mora, se juega un partido de fútbol. Los del lado derecho contra los del lado izquierdo para conmemorar así esos extraños límites invisibles que padecemos en esta patria boba y dividida.

El túnel del Plumón



Don Gentil Ramírez nació el 24 de agosto de 1928. Llegó a Pereira procedente de los Llanos en 1972 y en un cuaderno, arrugado y curtido por el sudor y el tiempo registró lo que recuerda de su llegada al barrio El Plumón y que se transcribe siendo fiel a la forma en que don Gentil se expresa:

"Un día salí a las 6 de mañana y hablando con un señor me dijo que en la sona del ferrocarril hestaban invadiendo lotes. Yo vivía en Cuba. Llegue a la casa, desayuné y le dije a mi Rubiela: Mija a ver si puedo conseguir un lotecito para haser un ranchito. Ella le dio riza y a mí también

Aquí comienza la historia del BARRIO El plumón.

"Llegue al lugar de la inbación y havían muchos ranchitos y me decían ya no ay lugar todo esta cogido. Un señor Antonio Villada me dijo siga y pregunte por un señor Marcos Muños. Pregunté por Marcos. Lo encontré. Hablé con el de que yo quería un lote y dijo por aquí no hay, todo esta copado, pero yo le vendo heste lotecito de 7 metros de frente por 12 de fonda, y le dije cuanto vale. 900 pesos. Y tengo 50 pesos. Hacemos un carta venta y me dijo aquí no tenemos agua ni luz y tiene que acer rancho ligero porque lo pueden ibadir. Y le dije puede hacerme el rancho, por cuanto lo hace y me dijo por 20 pesos, y hisimos negocio. Al otro día fuimos a la notaría y nos icieron una cartaventa por 800 pesos."

El mismo don Gentil narra ante la cámara de Trazasueños, la manera como solucionaron provisionalmente la falta de agua en el barrio, cuando todos en comunidad, decidieron hacer de manera clandestina un túnel de 300 metros que los conectara con el tubo madre de la empresa deAguas del municipio de Pereira. Lograron después de varios días, llegar al tubo y conectar una manguera que distribuyó agua a todas las casas del sector. Así pudieron abastecerse del vital líquido casi por un año, sin que las autoridades se dieran cuenta.

Tal hazaña le costó la espalda a uno de los vecinos, quién quedó incapacitado de por vida. Decidieron guardar el secreto de lo que habían hecho, un pacto que debían cumplir, porque de ser descubiertos podrían correr el riesgo de que no se les diera las escrituras que tanto les habían prometido. Dichas escrituras llegaron 35 años después, cuando el alcalde Juan Manuel Arango, en un acto político fue llamando uno a uno a los habitantes del Plumón para entregárselas. Fue un sábado en la tarde y don Gentil recuerda, con lágrimas en los ojos, aquel momento como el más feliz de su vida. Por fin tenía un pedazo de tierra, por fin pertenecía a la ciudad. Las lágrimas del viejo Gentil contagiaron al resto de los asistentes al encuentro generacional, todos lloraron recordando aquel sábado, entonces el recuerdo se hizo historia.

En palabras del compañero Caín Contreras, la lectura de la memoria de Gentil Ramírez quiebra cualquier sospecha o descalificación academicista desde la autenticidad y el protagonismo de los agentes que intervinieron en el proceso de expansión de la periferia urbana de Pereira. Esa construcción de arraigo brota de un ejercicio de memoria, el túnel secreto se revela, el círculo de recuerdos se fortalece, entonces la memoria surge como un pacto colectivo. La narración escrita y oral de don Gentil, por ejemplo, aporta una valiosa pieza para la construcción de una memoria colectiva que dialoga con el relato oficial de la fundación del barrio Cuba que queda a escasos metros del barrio El Plumón, y que, como la mayoría de narrativas oficiales, suele obviar las voces particulares que aportan

vitalidad a la historia. Justamente, para Halbwachs (1995) "La historia no es todo el pasado, pero tampoco es todo lo que queda del pasado. O, dicho de otro modo, junto a una historia escrita, se encuentra una historia viva que se perpetúa o se renueva a través del tiempo" (p.66). Como la vez que lograron una visita presidencial por allá en 1968, para que el gobierno supiera de sus condiciones de pobreza, pero unidos impidieron que un carro de bomberos mojara las calles sin pavimentar del barrio, para que así el presidente Lleras Restrepo masticara el mismo polvo que ellos y sufriera en pulmones propios de las necesidades de la comunidad, logrando así los materiales y el cemento para pavimentar sus calles; o de las muchas ocasiones que se organizaron para hacer convites y poner la alcantarilla de su barrio, o cuando se robaron las llaves de los tanques de agua para presionar al gobierno a que les instalara el acueducto. De las muchas veces que hacían fila para sacar en baldes el agua del día y de cómo solucionaron las trifulcas que se armaban por conquistar el mejor lugar del charco para lavar la ropa.

Durante la exploración que realiza Trazasueños, se han encontrado relatos que aluden a divisiones de comunidades, en cada barrio existe un relato divisorio y hasta violento, como si el país se hubiera hecho de fragmentos, pero a la vez los relatos cuentan los modos como dichas divisiones se hansalvado, amarrando a la comunidad, bien o frágilmente, a través de un ejercicio necesariamente solidario, el cual se sostiene desde los saberes comunes y particulares que puedan ser

vinculantes al desarrollo propio de su comunidad. Es decir que esa narrativa fundacional está ligada de alguna manera a lo solidario en barrios particularmente como Cuba.

Altagracia o la loma de la felicidad



Sobre una pequeña montaña que se empina para divisar el valle, existe un pequeño poblado de casas surcadas casi que por una sola calle, las casas a lado y lado dejan entrever a través de sus ventanas traseras, el impresionante paisaje que le da nombre a este corregimiento. Los filos de la montaña apuntan al cielo, a la estepa verde y a la calma. Cuando se mira hacia el valle, queda atrás el sonido de las cantinas, el ruidoso motor de las chivas, de los jeeps y de las busetas, entonces uno se enfrenta a la paz

Altagracia tiene ya 128 años de fundada. Era un camino de herradura cuyas laderas estaban sembradas de café, el café movía toda la economía del sector, hasta esa década aciaga en que cultivar aquel grano ya no valía el esfuerzo. Las fincas comenzaron a venderse y el corregimiento en

vez de venirse a menos, simplemente dejó de crecer. El caserío se volvió residencial con la construcción de barrios como el Santiago Trujillo.

Don Luis Arcesio León González, habitante octogenario de Altagracia, recuerda que todo no era más que un pequeño caserío, la fonda la Urra, era la única construcción de 2 plantas, en la que se vendía mercado, a la que los arrieros pernoctaban y los campesinos iban a beber. Llegar a Pereira desde Altagracia, era toda una odisea se debía cruzar por caminos de herradura, recuerda Arcesio, había un sendero que terminaba por los lados del barrio San Nicolás en Pereira, llegar a pie o a lomo de mulaera la única opción, hasta el día en que comenzaron a subir los carros, un primer jeep de la transportadora Otún, luego fueron la chivas, y con ellas llegó cierto progreso necesario.

María Angélica Ramírez, habitante de la vereda del Estanquillo y amante de la historia de su entorno, nos cuenta que Altagracia siempre fue un lugar tranquilo, agitado de vez en cuando por riñas entre familias, que eran provocadas por el exceso de alcohol, aquellas peleas que terminaban con heridas de machete y uno que otro muerto, empezaban en las fondas, cada vez que ciertas familias raizales se encontraban al tiempo en el mismo lugar, solo para restregarse sus pasiones u odios, y era extraño, porque al final como en esas viejas películas de vaqueros, las mismas familias terminaban emparentadas entre sí. María Angélica y su madre recuerdan que su propio abuelo Obdulio Antonio era uno de esos implacables peleadores

de Altagracia, y el viejo, de 98 años, primer barbero del corregimiento, sonríe con picardía ante el histórico reclamo.

Un día el terror llegó a Altagracia, cuando la noticia de la muerte de Gaitán replicó entre sus habitantes, luego escucharon las impresionantes balaceras y explosiones que provenían desde el valle, desde Ulloa, un pueblo habitado por familias en extremo conservadoras. En ocasiones temían que los de Arabia los invadieran y hubo una noche en que los rumores de que iban a venir por ellos, los obligó a refugiarse entre los cafetales. Don Arcesio recuerda esa noche y a su primo, un cantante liberal asesinado en plena calle. El temor se disipó con el devenir de los años, el café y el buen trato. Altagracia logró mantenerse a salvo de la violencia partidista y refugiar a una que otra familia proveniente del valle, como los Ortiz.

Don Juan de la Cruz nos habla de la maldición de un padre Arenza, quien una vez, muy enojado porque las cantinas no dejaban dar misa, condenó de rodillas a Altagracia a la borrachera, dijo que no faltarían los borrachos y que no habría progreso para la vereda. Pocos le dieron importancia a la locura del excéntrico cura, pero Juan de la Cruz sonríe porque sospecha que también en él recae el afán de un trago.

Una silla de peluquero, hecha de madera, que data de hace 100 años, y la cual le pertenecía a don Obdulio, reposa en algún rincón del museo de los recuerdos, las personas

escuchan acerca de la historia de su comunidad y se confrontan con aquellos objetos añejos, cuadros y fotos de un ayer que pocos recuerdan, que les dice que a pesar de ser un lugar de paso, en aquel territorio se labró una historia. Entonces, llevada por el entusiasmo, una joven, ex reina del corregimiento, y que ahora estudia etno educación, dice que desea trabajar para educar a las nuevas generaciones de su sector, que entiende las raíces de su comunidad y que busca en ellas un sentido. Su nombre es Alejandra Gutiérrez y ya es una promesa de ese traslado generacional y necesario de su pueblo natal.Altagracia cuenta con su propio cementerio, una iglesia, una corregiduría y un barrio cuyas tierras donó un hombre llamado Santiago Trujillo, quien es recordado con afecto por los fundadores de aquel vecindario que lleva su propio nombre. El cementerio de Altagracia acogió a sus muertos, los cuales eran llevados en desfiles fúnebres a pie. Aquellos entierros eran multitudinarios, las personas se juntaban todas para orar por los suyos. Un día el cementerio dejó de ser visitado, con la llegada del transporte y la apertura de mejores carreteras, las habitantes de Altagracia preferían enterrar a sus muertos en San Camilo.

Ahora Altagracia es uno de los bastiones rurales de Pereira, es un sector que se niega al abandono de ciertas costumbres campesinas, aún late en ella los mitos de espantos, de caballos sin jinetes, de jinetes sin cabeza, y de un lugar llamado la Peña del Diablo, en la que una muchacha bonita fue encontrada medio loca por culpa de

un duende. Altagracia es el campo, son sus veredas, sus campesinos que intentan recuperar los días de gloria que traía el café, son sus paisajes, sus historias y sus risas.

Ana Rita Ramírez, nos habla de los esfuerzos conjuntos que hicieron para pavimentar las calles, hacer un puesto de salud, mejorar las condiciones de vida del sector, y Arcesio entonces recuerda con tristeza esa partida de los suyos fuera del pueblo, en esa emigración provocada por la ausencia del café. Él es poeta y su memoria prodigiosa su vitalidad liberal, resuena con un verso:

"Las tardes del adiós todas son tristes, y en el puerto del amor las almas quedan solas, mientras en las distancias sin confines, las naves del dolor surcan las horas".



Don Luis Arcesio León González, habitante octogenario de Altagracia, recuerda que Altagracia no era más que un pequeño caserío, un camino de herradura cuyas laderas estaban sembradas de café. La fonda "La Urra", era la única construcción de 2 plantas, en la que se vendía mercado, a la que los arrieros pernoctaban y los campesinos iban a beber. Subir a Altagracia, era toda una odisea, recuerda Arcesio, había un sendero que terminaba por los lados del barrio San Nicolás en Pereira, llegar a pieo a lomo de mula era la única opción, hasta el día en que comenzaron a subir los carros, un primer jeep de la transportadora Otún, luego fueron la chivas.

María Angélica Ramírez, habitante de la vereda del Estanquillo, nos cuenta de las riñas entre familias, que eran provocadas por el alcohol, aquellas peleas que terminaban con heridas de machete y uno que otro muerto, empezaban en las fonda, cuando ciertas familias raízales se encontraban al tiempo en el mismo lugar, solo para restregarse sus pasiones u odios, y era extraño, porque al final como en esas viejas películas de vaqueros, las mismas familias terminaban emparentadas entre sí. María Angélica y su madre recuerdan que su propio abuelo Obdulio Antonio era uno de esos busca pleitos de Altagracia, y el viejo, de 98 años, primer barbero del corregimiento, sonríe con picardía ante el histórico reclamo. Una silla de peluquero, hecha de madera, que data de hace 100 años, y la cual le pertenece a don Obdulio, reposa en un rincón de su casa.

Don Juan de la Cruz recuerda las riñas, los borrachos que había que sacar de la fonda y la maldición del padre Arenza, quien una vez, muy enojado porque las cantinas no dejaban dar misa, condenó de rodillas a Altagracia a la borrachera, dijo que no faltarían los borrachos y que no habría progreso para la vereda. Pocos le dieron importancia a la locura del excéntrico cura, pero Juan de la Cruz sonríe porque sospecha que también en él recae el afán de un aguardiente. Bebe y recuerda la época de la violencia cuando escucharon las impresionantes balaceras y explosiones que provenían desde Ulloa, un pueblo del Valle habitado por familias en extremo conservadoras. En ocasiones temían que los invadieran y hubo una noche en que los rumores de que iban a venir por ellos los obligó a refugiarse entre los cafetales. Don Arcesio recuerda a su primo, un cantante liberal perseguido y asesinado en plena calle. Luego brinda y con elocuencia dice que: "Lo que el cura nunca entendió fue que Altagracia logró mantenerse a salvo de la violencia partidista y refugiar a una que otra familia proveniente del valle, gracias al trago".



El poblado una comuna viva.



Entre colinas verdes, surcando un río, elevándose por sobre faldas empinadas, se encuentra ubicada, como un manto, la comuna El Poblado, una de las más jóvenes de Pereira.

Nació en la década de los ochenta y en ella se instalaron un grupo de personas valiosas que a través de la compra de casas que costaron cerca de un millón treinta mil pesos, y el aporte de una cuota inicial de $90.000, empezaron a edificar una de las comunas residenciales más tranquilas y bellas de Pereira.

Todo empezó, según la historiadora del barrio María Rubiela Cifuentes, el 9 de mayo de 1984, a las 5:00 p.m., cuando fueron instalados los servicios públicos del sector. Entonces se pasaron a vivir los dos primeros pobladores de

la comuna: don Arnoldo Rivera y su esposa Dora Arcila. Don Arnoldo, es ahora un maestro jubilado y se dedicado a escribir y a publicar su obra, está radicado en Bogotá y asistió al Museo de los recuerdos en Villa del Prado solo para dejar su testimonio acerca de cómo vibró con el crecimiento del barrio, como transitó por él y se inspiró para su obra. Ondeó sus dos libros con orgullo, con la petición explícita de que queden guardados en la cápsula del tiempo.



Mientras tanto, las personas recuerdan el paso de los años en la comunidad. Allá no existen episodios de violencia, salvo algunos casos aislados, cosa que tranquiliza a sus habitantes. Quizás el único episodio contundente data del choque de un bus que perdió los frenos y fue a parar al río Consota. Este accidente que dejó varios heridos por allá en marzo de 1987 lo rememoran como si acaso fuera el único recuerdo amargo de El Poblado.

También están las borrascas del río Consota, las innumerables inundaciones que recaían sobre sus habitantes y que obligaron a tomar medidas extremas y construir los muros que ahora protegen el barrio.

Dicen que tuvieron que cambiar el rumbo del río y canalizarlo, dicen los fundadores que entre ellos hicieron el pacto de no contaminarlo y recuerdan con nostalgia el charco de la Perra, uno de los balnearios preferidos de la ciudad para hacer paseos de olla y nadar en el verano. Recuerdan a sus hijos bañándose ahí y un asomo de lágrima pareciera el último vestigio de tal lugar. El charco desapareció con el crecimiento de las comunidades y el Consota terminó convertido en un río en donde cae la basura que personas inescrupulosas tiran sin entender ese pacto fundante que realizaron entre todos, por allá en 1985, cuando empezaron a organizarse como grupo social.

A la hora de preguntarles acerca de cómo sueñan su comuna dentro de 50 años, Don Luis Gonzaga Ospina hace de inmediato una referencia sobre el río, de cómo recuperarlo.



Los vecinos fundadores sueñan con que vuelvan los convites que hicieron la iglesia, que se sienta de nuevo la integración de la gente en torno a una causa común, y con el cansancio de los años, pero con la satisfacción del deber cumplido, tratan de delegar en los jóvenes la misión de seguir construyendo los lazos espirituales de aquel lugar, expresan que no todo está hecho y con cierta esperanza procuran marcar una ruta de nuevas acciones a seguir.

María Rubiela Cifuentes, es una de las fundadoras que se ha encargado de recoger los fragmentos de la historia de El Poblado, es una líder reconocida que fue galardonada con el premio Mujer Comfamiliar, y continúa su labor con un entusiasmo tal, que desborda cualquier expectativa. En una habitación guarda cientos de fotos y recortes de prensa, de documentos antiguos que dan cuenta de la historia de su comunidad, de su historia personal.

Dice que El Poblado fue construido sobre la antigua hacienda Santa Rita, que se llamó así y no Santa Rita porque la empresa urbanizadora se llamaba El Poblado ltda., y después de un hondo suspiro, expresa con orgullo patrio que su barrio abrió el camino hacia la población de los sectores de más arriba: Poblado 2, Villa del Prado, Samaria y ahora Villa Verde. Si uno observa el barrio desde cierta distancia, surcando el río, rodeado de guaduales y bosque, podría pensar en una pequeña comarca habitada por seres humanos, muy humanos, que tratan de trascender como comunidad y recordarnossu papel como constructores de un entorno de paz que fue galardonado de manera

simbólica como el barrio más limpio, el más cívico y el más patriótico, entonces todos aplauden recordando las fiestas que hubo alrededor de esas menciones de honor.

Una cartagenera llamada Xiomara Silgado, bella y locuaz, nos cuenta acerca de su llegada hace 24 años, dice que pese a extrañar el mar, se sintió acogida, como si en verdad aquí todos fueran pereiranos, entonces sonríe recordando al vecino picaro que durante meses aullaba desde un morro para asustar a la gente haciéndose pasar por fantasma, recuerda que la oscuridad del barrio era cómplice de aquel absurdo bromista que se delató con el primer poste de luz, luego se enfrasca en melancólicos recuerdos de una juventud en la que vio crecer a sus hijos que ya se fueron a buscar otro destino, el de ella se sembró en El Poblado.

Mientras tanto el grupo de la tercera edad, danza recordando a Marleny Quiceno, fundadora fallecida de Anhelos de Vivir, su esposo Eladio Jaime García, la invoca como si aún la viera bailar entre sus compañeras. Este grupo amenizo los encuentros con la felicidad de verse aún juntas sobreviviendo al olvido.



Más allá del barrio, se encuentran sectores como Cachipay y el Rocío Bajo, entonces una anciana llamada Doña Nora Salazar de Araque, nos dice ser hija nada más y nada menos que de Lisímaco Salazar, poeta decenario de Pereira, contemporáneo y amigo de Luis Carlos González, ella es una de las fundadoras de Cachipay, y con una voz cortada nos lee en una hoja temblorosa escrita con su puño y letra, la lista de los primeros habitantes de su barrio, de cómo llegaron a otra vieja hacienda del sector, quemaron maleza, y empezaron a preparar los lotes a través de convites dominicales. Aquellos lotes tuvieron en su tiempo un costo de nueve mil pesos.

Cachipay tiene cerca de treinta años de fundada. Luego, con un enfático orgullo, nos cuenta sobre su padre, el poeta, del homenaje reciente que recibió en la Librería Roma, y vuelve a sentarse con un gesto de satisfacción, como si al recordar los años de fundación de su pequeña comunidad, al ser aplaudida, sintiera que al final valió la pena existir en aquel pequeño terruño de su ciudad.



En Samaria aún brotan las gestas cívicas, las personas de aquel sector que queda un poco más arriba, siguen construyendo su barrio a fuerza de convites, recuerdan el cemento que les hicieron pagar dos veces, la ayuda recibida por gobernantes y políticos de turno, lo hacen con gratitud.

Recuerdan los terrenos baldíos y desolados, las casas sin servicios aún, los días en que los ladrones entraban y les robaban las baterías sanitarias recién puestas, pese a todo, contra viento y marea, lograron construir una de las comunidades más pujantes de Pereira, un sector agitado que se mueve alrededor del comercio y que ahora es apetecido por todo político en campaña.

Samaria se hace y se deshace a sí misma, está poblada por personas que le han sabido dar un valor especial a cada objeto, a cada símbolo de su comunidad. No en vano una señora guarda las doce copas con las que se brindó por el primer cumpleaños de su sector, tienen una avioneta en un parque, tienen una historia y hacen parte de esa enorme comuna en la que los sueños aún laten, con megacolegio, y nuevos vecindarios como Villa Verde.

Mientras tanto en el barrio El Poblado los sueños parecieran haber llegado a un estado de calma, al fin allá lograron hacer entre todos un hogar. Sin embargo, late la duda: ¿Qué sigue ahora? ¿Quiénes seguirán dándole vida a ese barrio?

La maldición de San Nicolás.

Al barrio San Nicolás también llegaron los gitanos, por allá en los años 70,s. Se instalaron sobre una colina y comenzaron a fabricar sus pailas de cobre, mientras trataban de encajar entre una comunidad que también apenas se acomodaba en aquel lugar.

San Nicolás fue un barrio pirata, las tierras no fueron invadidas sino loteadas a "precios de huevo", como dicen muchos de sus fundadores, por eso creció de manera irregular contra todo pronóstico y contra la mismísima municipalidad. Un hombre llamado Nicolás Benítez, era el propietario deaquellos predios que estaban cerca al centro de Pereira, y que él cedió por compasión para que fueran poblados por familias desplazadas y pobres.

En ese lugar un joven gitano se enamoró perdidamente de una "Colacha" hija de fundadores, y que por ser bella llevaba el sino de la fatalidad en su rostro. La muchacha nunca permitió que los cortejos del gitano la conquistaran, ella quería otra cosa diferente; irse lejos, dejar atrás la miseria del desplazamiento, la falta de agua, la absurda pesadez de la bota que tumbaba sus ranchos.

Su familia, al igual que muchas otras, se instaló en un lote que carecía de agua, luz, carreteras, y el cual tuvieron que comenzar a construir a diario, mientras se debatían en sendas peleas contra policías, ejército y funcionarios que venían a tumbar sus casas. Una pala y una pica que aún

permanecen resguardas en la casa de Cristóbal López, han sobrevivido al óxido y a los años hasta convertirse en el símbolo de lo que fue esta especie de recolonización urbana, también sus pobladores exhiben un escudo y un himno, que dan cuenta de la historia del barrio que habitan, con la esperanza de que nunca olviden sus gestas, esas luchas continuas contra las autoridades que querían expulsarlos, porque habitaban sin saberlo, el lugar que la ciudad reclamaba para su ansiado progreso.

La "colacha" vio como nombraron al barrio San Nicolás, porque de esa manera elevaban a la categoría de santo a su benefactor, porque San Nicolás es el santo patrono de los ladrones y porque así tendría ella un ángel al cual aferrarse después de padecer una absurda maldición que recayó sobre los pobladores de este sector.

Aquel gitano le recordaba su belleza con insistencia, pero ella no lo determinó, no valoró sus cánticos de poeta, tampoco vio en sus ojos enamorados una razón para amarlo, ni en sus obsequios de cobre la gratitud, ella quería el oro que su belleza pudiera conquistar, quería irse lejos y por eso, ante tanto desplante, el gitano optó por suicidarse.

La muchacha ni siquiera se molestó en mostrar un gesto de dolor, y la madre del gitano, llevada por la furia, conocedora del enamoramiento de su hijo, decidió lanzar una contundente maldición: "Esa niña jamás saldrá del barrio y por cada uno de ustedes que se muera, morirán cuatro más" les gritó encorvando las manos a Don Cristobal

y otros fundadores más que no le dieron crédito a semejante conjuro y siguieron sus vidas normales hasta que 25 años después, cuando uno de aquellos primeros fundadores cayó fulminado por un infarto. En el momento en que sus hijos y familiares que venían en auto desde Cali para el entierro, terminaron estrellándose contra un árbol y cuatro de los ocupantes perecieron, la sombra de la maldición recayó de nuevo sobre San Nicolás. Ahora ellos temen la muerte de otro fundador, pero guardan en secreto, hasta ahora que me atrevo a escribir, semejante hechizo. los gitanos se fueron y de la "colacha" solo les puedo decir que está en el barrio, jamás pudo irse.

Esta historia hace parte de esos mitos que se ocultan en los barrios, como parte de la realidad de una ciudad que crece nada ajena a maldiciones, brujas o diablos.

CAPÍTULO VIII

LOS ECOS



([Foto de Jaime Salazar Robledo que reposa en el archivo de la familia Salazar Sierra]. 1989

El apóstol de los pobres

Hoy le tengo miedo al
tiempo y ya me duele la
ausencia vuelvo a escribir
unos versos Para hablar con
ultratumba.
Jaime Salazar Robledo
un árbol fértil
que dio sombra a los humildes
su sabia nutriente
fueron sanos ideales
En un mañana de luz
para el pueblo colombiano.
Para él no contó el tiempo
ni el invierno calando el alma
recorrió ásperos caminos
veredaspueblos y ciudades.
Con palabras diáfanas de
combate a la oligarquía
y luchando por un mísero pan
y un modesto techo
Para los desamparados de una
sociedad insaciable
se que es leve el rumor una brizna
de poesía entre las manos.
Como una bala las letras perforan
el silencio de unos labios.
Apenas del guerrero asesinado
un dolor secode un nada absoluto.
El hombre desprotegido contempla
el abismo al que fue lanzado
el apóstol pereirano

Jaime Salazar Robledo fue asesinado.
¿Quién ha ganado?
¡Decidme! Quién?
No consigo una victoria
¿qué bandera puede alzarse
sobre la tumba del apóstol
de los pobres?
El enemigo cierra su boca
no encuentra armas
para matar las huellas
que dejó Jaime Salazar Robledo
en el corazón agradecido
del pueblo pereirano.

Rubén Darío Franco Narváez
(Poema que recibió la familia de
Jaime Salazar el día de su sepelio)

El poema según la familia, recogía el intenso sentir de muchas personas que se vieron beneficiadas por la labor del político, por tanto, lo acogieron con gratitud, así estos versos revelaran un cuestionamiento a la profunda desigualdad existente, al orden político, económico y social impuesto, realidades históricas en el que una sola persona no alcanzó a hacer otra cosa distinta a la de tratar de acomodarse en medio de un sistema bipartidista, defenderlo desde la orilla conservadora a la que pertenecía para cumplir así con algunos logros que hicieron parte de su obra: Un colegio, un barrio en la comuna del Río, una memoria viva en Villa Santana, un reconocimiento a su labor como soldado al servicio de la fundación de

Risaralda, y Ecos de Risaralda, una de las más antiguas y mejores emisoras radiales de la región, son algunas de las obras dejada por Jaime Salazar, y que aún resuenan al interior de la ciudad. La contemporaneidad es una época de memorias frágiles, de caminos que se borran con facilidad, hoy día las ciudades se hacen y deshacen tragándose esas voces que alguna vez la nombraron y pareciera que, en textos históricos, medios y espacios políticos hubiera insospechados esfuerzos por opacar el protagonismo de algunos hombres que, por su naturaleza política son sutilmente borrados de los libros de la historia de la región. Las divisiones entre los mismos conservadores seguidores de una corriente u otra, (El oro y la escoria, como plantearan los seguidores de Unificación conservadora) las tensiones entre los liberales emergentes y Jaime Salazar, entre la izquierda y la derecha, fueron convirtiendo la presencia de Jaime Salazar en un elemento insular, que después de su asesinato, es borrado de forma fulminante de la historia, al punto de encontrar muy pocos referentes escritos acerca de lo que él realizó, tanto desde las memorias del conservatismo y el liberalismo regional. Es en los anaqueles de la familia Salazar, de la emisora Ecos 1360, y la memoria de algunos fundadores vivos de los barrios y de varios antiguos políticos entrevistados, que se pueden hallar testimonios y documentos históricos que validan su labor y que se consignan acá, como ecos trascendentes de su presencia.

Su postura política conservadora, y el uso de los auxilios parlamentarios para defender su proyecto político por años, cuestión que lo inclinaba a estar siempre a favor

de los pobres de las comunidades, lo convirtieron en una suerte de "personaje incómodo" que fue separado sutilmente de los clubes y espacios sociales de una élite que no lo incluyó en el listado de fundadores del departamento, pese a su arduo trabajo en función de este propósito. Se alejaba de la izquierda revolucionaria de entonces, y era blanco de ataque de los liberales, dejándolo solo y criticado con el devenir del tiempo.

Jaime Salazar, pese a sus métodos, era un humanista y actuó como tal, vivió como tal, trató, pese a sus intereses políticos y sus estrategias clientelares, ser consecuente entre su discurso y sus acciones, demostró una capacidad de servicio y sacrificio por los otros, que, sin duda alguna, debe haber alcanzado en su instante de muerte, el reconocimiento de lo que él siempre llamó La DivinaProvidencia. Pudo disfrutar de su amada nieta y a la vez siempre recibió el amor, admiración y comprensión de sus hijos y esposa, así como el reconocimiento de muchas personas con las que se conversó para reconstruir este perfil biográfico, que al final es un acto de justicia frente a su asesinato a manos de fuerzas invisibles que hoy día no han recibido el castigo de la justicia.

A Patricia Salazar aún le parece prodigiosa la manera como él, siendo diputado, concejal, representante a la Cámara, político inmerso en los barrios y las comunidades más pobres, pudiera sacar tiempo para la familia, pagar los servicios de la casa y hacer cosas tan cotidianas y simples como un pesebre. Ir con ellos a Marsella y comer parva en

la panadería de La Chiquita, en Marsella, sin gastar afán para con sus hijos pequeños, aquellas correrías eran otro momento en familia.

Jaime Salazar marcó la vida de muchas familias, aún en algunas casas se ve que guardan su fotografía, cargan con ellas e incluso adornan algún tipo de santuario con su imagen, tal como ocurre en algunas casas de Villasantana. Ese eco, esa sombra tan difícil de abarcar solo puede ser vista por algunos que intentaron sin éxito cubrirla o reconocerla. Ninguno de los de su directorio pudo finalmente cobrar el enorme fortín electoral de Jaime Salazar, dejando perder tamaño capital político. Ivan Naranjo, político adscrito al partido conservador, de fuertes convicciones, y debates airados, no coincidió en el tiempo con Don Jaime, nunca hubo un vínculo político o fraternal con él, pero conoció de su historia. Llegó a la política diez años después del asesinato de Jaime, acompañando a Juan Hurtado cano. En el 2003 empezó su campaña al concejo de Pereira, porque según él, el partido Conservador en ese entonces no tenía concejal en Pereira, "no había liderazgo ni para eso", recrimina Iván sorbiendo una taza de café. Así que se lanzó a realizar una campaña austera, consistente en tratarde recoger los trozos de un partido que aún añoraba la presencia de Jaime Salazar Robledo. "Cuando fui a los barrios, no había referente conservador en las comunidades, solo veía liberales. Pero, encontraba una situación repetitiva, cada vez que entraba a la casa de un líder. El líder me decía después de entrar en confianza que no era liberal sino conservador, que entre

otras cosas la casa en que vivía se la había ayudado a construir Jaime Salazar, otro me contaba que su hijo había terminado estudios gracias a una beca que Jaime Salazar les dio, otro que un puesto en la alcaldía era gracias a Jaime Salazar. Fue como una labor de arqueología política en donde descubrí, que ellos tenían que decir que eran liberales para que no los echaran del puesto, no era que no hubiera conservadores, después de la muerte de Jaime se habían agazapado. Y era lógico; si el líder del barrio decía que era conservador nadie le paraba bolas, desde que se hicieron las elecciones no ha habido un líder conservador. Pero el eco de Jaime resonaba…. ¡Qué obra tan grande la de este hombre!" ¡Qué rico volver a tener un líder como Jaime! decían los líderes. Pero yo no era el llamado a reemplazarlo, aquella figura era muy grande para siquiera intentarloComencé a reunir a la gente de esa generación en la que Jaime tuvo incidencia, y con ellos pude acceder al concejo." En el año 2004, se estrena el tarjetón en las elecciones, Iván Naranjo logra llegar al concejo municipal de Pereira con 1310 votos. (I. Naranjo, entrevista personal, agosto de 2015)

Ya como concejal, les pregunté a los de la comunidad qué tipo de homenaje creían se le podía hacer a la figura de Jaime Salazar, y descubrió que sobre la avenida del río había una escuelita llamada Jaime Salazar Robledo. Patricia Salazar le pidió a Iván que recuperara aquella escuela caída y vulnerable al río, en homenaje a su padre. Entonces Iván presentó un proyecto para que se le diera el nombre de Jaime Salazar Robledo al colegio de Villa

Santana, en la comuna de Villa Santana. Era como si Jaime Salazar no se quisiera ir aún de aquel barrio que ayudó a construir con sus propias manos.

La emisora Ecos

En 1970, cuando Misael Pastrana Borrero es elegido presidente de la República, que Jaime Salazar se acerca a él, aprovechando la buena relación que habían establecido, para solicitarle un permiso especial y su apoyo en un nuevo proyecto que estaba a punto de emprender, la construcción de su propia emisora Ecos del Risaralda.

Jaime Salazar, en calidad de senador, le solicitó al nuevo presidente de la república un permiso para la licencia de la emisora, el cual le es otorgado sin ninguna contrariedad. Jaime hijo, cuenta como con un préstamo bancario y la liquidación de una cesantía, muy poca que tenía, logra montar finalmente la emisora. "Aquel préstamo demoró muchos años en pagarlo". Dice con admiración y nostalgia.

El político habilidoso se asesora con los Pava Camelo, propietarios de la emisora Super y quienes lo ayudan a contactar un ingeniero alemán llamado Mario Frink, quien se encarga de montar los equipos de transmisión de la emisora. Esta resultó ser una tarea muy compleja que requirió de una gran infraestructura, Para el montaje de los equipos se necesitaba de un área aproximada de dos cuadras, abrir una zanja de hasta 7 metros de profundidad. Por lo que Jaime invitó a sus compañeros conservadores y a sus seguidores del directorio para que juntos hicieran unos

convites, muy al estilo de la ciudad de Pereira, en su finca ubicada en el corregimiento de Dosquebradas.

No les faltaba a sus amigos las gaseosas y las cervezas, los obreros voluntarios le ayudaban en tales convites, maestros de obra que sabían exactamente qué hacer, trabajaban incansables y motivados. Entre 80 a 100 personas se la pasaban trabajando en aquel lugar en donde se instalaron los equipos repetidores, contando chistes, narrando cuentos, cantando y riendo, trabajando para un hombre que era el ideal político de todos y en el que se soportaba la solución de sus problemas. Eranjornadas duras en las que Jaime dirigía la obra, explicaba cómo hacer las cosas y escuchaba las ideas de otros. "Él no solo dirigía, si no que también rompía el terreno con una pica" Dice Jaime hijo con un orgullo evidente, luego, guarda un instante de silencio y sonríe, mientras los ojos brillan tratando de rememorar aquellos días. "Si yo me pongo a mirar todos los momentos que compartí con mi papá, estoy seguro de que los más alegres que tuvo, y en los que estuvo más sonriente, fue ese, allá en la finca, construyendo la emisora".

Quizás por eso, comprendiendo el intenso deseo de ver la emisora funcionando, es que Jaime Salazar se dedica el resto de su vida, con una disciplina espartana, a hablar a través de la emisora, dedicando la misma hora sagrada a su editorial diaria como político crítico de los sucesos de la ciudad. La emisora se fundó a través de una fiesta, y a partir de su primer día de emisión creció alegre y juiciosa en el dial de la AM.

Desde que la emisora comienza a funcionar, en 1974, él madrugaba siempre a las 7 de la mañana, de lunes a sábado, y usaba su espacio radial como fortín político. Lo más paradójico del asunto es que consigue como primer gerente de la emisora a un liberal llamado Orlando Cataño Céspedes. "Eso indicaba que mi padre no era sectario". Dice Jaime con vehemencia, para que así quede consignado el carácter democrático de su padre.

Durante su hora radial Jaime Salazar Robledo les avisaba a sus seguidores a dónde iba, qué hacer en caso de que la gente tuviera un reclamo, un pago excesivo de valorización, la necesidad de resolver un problema determinado con el gobierno, incluso asuntos que tenían que ver con lo jurídico, cómo escribir una carta de reclamo, etc. Sus seguidores escuchaban atentos sus críticas al gobierno local, las necesidades que veía en los barrios, emitía mensajes hasta de carácter espiritual, pero ante todo alentaba a la gente a seguir luchando en los barrios por sus sueños, por organizarse como comunidad.

Jorge Alberto Salazar Sierra, también recuerda que fue en 1974 cuando la emisora salió al aire por primera vez y que, a falta de disqueras en Pereira, la música se debía comprar en Medellín y solo hasta mucho tiempo después empezó a existir casas disqueras en la ciudad, aclara Jorge.

Al principio se escuchaban baladas en la mañana, por las tardes se hacía un programa de salsa que conducía Álvaro Sanjuan, en la mañana Álvaro López Echeverry era quien dirigía la programación musical, después ingresó a la emisora Elisio, quien hacía un programa llamado ruta 12 a

6, en el que se escuchaba música de doce am a 6 am y la emisora comenzó a funcionar las 24 horas. Un programa que se llamaba super servicios que lo hacía, Luís Elmer Castro Euse, se transmitía al medio día, la gente llamaba para hacer solicitudes u ofrecimientos de servicios que Jorge anotaba y trataba de asistir.Inicialmente la emisora se llamó Ecos de Risaralda, ese nombre permaneció hasta la década de los noventa, después de la muerte de Jaime Salazar. Hubo un tiempo en que adoptó el nombre de la Super Estación, pero la Super Estación duró poco tiempo al aire. Ahora adoptó una nueva imagen a través de Ecos 1360 radio.

Una de las actividades que realizaba Ecos de Risaralda y que más recuerda Jorge, era "La travesía al lago" este evento anual, que se trataba de atravesar el lago en bici, andando sobre una tabla y que se desarrollaba durante las fiestas de La Cosecha, fue una invención de Ecos de Risaralda, cuando el administrador era Orlando Castaño Céspedes. "Para hacer el evento había que cumplir hasta con una póliza de manejo por si le pasaba algo al parque." Recuerda Jorge, tratando de comprender las complejidades en la gestión que había detrás de una actividad como esta. "Ya eso no se va a repetir, menos ahora que el Lago Uribe Uribe está tan cambiado" dice con nostalgia Jorge.

Hubo locutores muy recordados como: Héctor Díaz Cárdenas "el cuchillo", Jorge Ortegón, Gustavo Adolfo Monsalve Ibarra, locutor de baladitas. La emisora aún cuenta con una vitalidad excepcional, realiza entrevistas

importantes, su programa noticioso de la mañana es muy escuchado y el dial Am. es quizás el único en Pereira que transmite noticias y música rock captando aún un público joven. Ecos 1360 radio se ha convertido en un muy importante espacio cultural, que les ha abierto los micrófonos a los protagonistas del devenir cultural de la ciudad. Su actual director de noticia Andrés Botero cuenta con un muy prestigioso equipo radial que sigue impulsando propuestas de ciudad y emitiendo noticias reflexionadas desde distintos ángulos.

La emisora tiene un libro con la firma de todos los invitados especiales que han ingresado a su cabina, desde artistas de talla nacional e internacional, hasta políticos, senadores e incluso presidentes.

Jorge siempre fue muy allegado a Jaime, la relación padre e hijo era de un vínculo muy fuerte, por eso Jorge buscaba la manera de acompañar a su padre en sus correrías, entonces buscaba conducir el carro, cuestión que a veces le representaba diferencias con Jairo Cardona el conductor de confianza de Jaime. Admiraba la oratoria de su padre, y confiesa un sentimiento de culpa por no haber estado el día de su asesinato, ya que estaba en Cali, en silla de ruedas. "Ese día no pude estar al lado de él y cargo una culpa con todo, porque pienso que el destino hubiera cambiado si yo hubiera estado al lado de él, a veces pienso por qué no se murió de una enfermedad o algo distinto". Luego de un silencio prolongado, Jorge respira profundamente y dice:

"Papá inspiraba un gran respeto, cuando él llegaba a despertarme ya estaba en el baño, no por miedo, sino por un gran respeto. Papá le gustaba mucho el diálogo, pese a su figura severa, era un hombre que nos hablaba mucho". (J.A. Salazar, entrevista personal, diciembre del 2015)El Jaime Salazar que yo conocí.

Juan Guillermo Ángel vive en una hermosa finca en la vereda Gaitán de Pereira, fue y aún es un político bastante activo y relevante para la ciudad, actualmente gerencia el proyecto del Megacable, y conoció a Jaime durante la época de la violencia, ya que tanto Jaime como Camilo Mejía surgen como figuras políticas incansables.

"Quizás el más intenso de ambos políticos fue Jaime Salazar que asistía a las sesiones del concejo municipal, del congreso e incluso de la asamblea, y aunque ambos tuvimos muchas diferencias, nunca dejé de admirar su capacidad de lucha y lo muy habilidoso que era para defender sus proyectos. Luchaba por sus proyectos hasta el último minuto, era un guerrero. La anécdota que más recuerdo de él y que más me impactó, ocurrió cuando yo era presidente de Unidad Liberal, y el aliado natural de nosotros era Emiliano Isaza, la idea era combatir a Camilo y Jaime que eran viejos caciques y los representantes del poder más grandes que había, para eso nos unimos por mucho tiempo en un bloque junto con la Anapo, Unidad Liberal y Unificación, pero pasó algo curioso, el senado sesionó ese día en la mañana y Jaime se me acercó en el recinto y me dijo; Usted siempre ha hecho coalición con Emiliano, ¿por qué mejor no hablamos y hace coalición

conmigo? Yo le dije que propusiera, entonces él me contó que salía en el avión a Pereira al medio día, yo le expliqué que salía en la tarde, y me invitó a que nos encontráramos en la noche. Tomé el vuelo, llegué tarde en la noche y le dije al conductor que me llevara al directorio de Jaime, pero cuando llegué me di cuenta de que habían acabado de asesinarlo. Eso fue muy impactante, jamás se me va a olvidar, porque era mi amigo, pese a las diferencias políticas había entre nosotros una muy cordial amistad. A veces nos alábamos y sacábamos proyectos juntos. No se puede hablar de la vida política del siglo 20 sin hablar de Jaime Salazar." (J.A. Ángel, entrevista personal, agosto de 2015)

Para Juan Guillermo Ángel, Jaime Salazar era un caudillista, populista y según él, le resultaba más fácil que se uniera a los liberales que a su propio partido, porque las diferencias entre el conservatismo eran muy marcadas:

"El Jaime Salazar que yo conocí fue, ante todo, un político honrado, no robaba plata, no se aprovechaba del poder para el lucro personal, sí, es verdad que se apalancaron del Estado para su proceso electoral, sí era populista, el solía resolver los problemas del hoy, poco pensaba en el mañana y lo problemas que sus acciones provocaban, pero Jaime no era un típico repartidor de mercados, él era un hombre muy preparado que creaba organizaciones, pensaba un poco más allá."

Es evidente con los testimonios recogidos que las formas de apalancamiento del Estado que menciona Juan Guillermo Ángel en la entrevista eran de algún modo

naturalizadas y aceptadas en elsistema político de entonces, que se valía de las figuras de mediación entre la comunidad y los gobiernos representadas en el tipo de políticos como Jaime y Camilo a lo largo de la región y todo el país, que tras de ellos emergían nuevas formas de movilización de comunidades a la obtención de recursos básicos a través de las "partidas parlamentarias" y que luego fueron modificándose en sistemas con mayor control.

Alfonso Gutiérrez Millán, quien fue contradictor político de Jaime Salazar, destaca que él siempre fue un adversario muy caballeroso, nunca fue agresivo, ni de palabras, ni de obra, ni en sus gestos. Cuando necesitaba hacer una coalición daba palo, pero con altura, eso es lo más importante que se debe recalcar de su figura.

"Del 72 al 74 y del 74 al 76 había unas divisiones en el partido y tuve que ser adversario de Jaime en esas épocas, era muy hábil para armar coaliciones y no era agresivo, por el contrario, saludaba muy amablemente y hasta tomábamos tinto de vez en cuando. Fue un individuo de corazón entregado al pueblo pereirano. Al conservatismo siempre se le tachó de ser muy elitista y estar siempre alejado del pueblo, pero Jaime fue una demostración de que hay una conciencia social en el conservatismo muy respetable. Ojalá eso se continuara. "Al final de su vida, en esos días, Jaime por primera vez en toda su carrera, se iba a pasar a la coalición con nosotros, porque el Camilismo estaba ya muy desgastado y acabándose. Entonces Juan Guillermo Ángel, que en ese momento era senador, me

llamó y me dijo; cómo te parece que Jaime se va a pasar para donde nosotros en todas partes. Pero fue justo ese día exactamente que lo asesinaron. Jaime estaba buscando acuerdos para seguir su misma línea política popular. Hay una diferencia entre popular y populista, lo de él era una línea popular, porque a él sí le interesaba la ciudad y sus grandes problemas, pero su vocación lo obligaba a trabajar con su pueblo. Lo veían caminar con un poco de gente detrás, gente del pueblo. Pidiéndole puesto y la gente decía con desprecio "Miren ahí va ese populachero" pero lo de él iba más allá de ser populista, eso era tener un encargo con la gente de abajo que iba más allá de la consecución de los pueblos. Por eso lo llamaron el apóstol de los pueblos. "Camilo Mejía Alzate se casó con una dama Trujillo, que era de la alta sociedad, y en los últimos años Camilo, gracias a ella, supongo, bajó un poco la agresividad de su discurso. Jaime, por el contrario, hablaba en otro tono. Incluso alguna vez le escuché un discurso en el que hablaba de la doctrina de Cristo, en rodear y proteger a los pobres, en el papel Conservador en torno a esa doctrina, y yo pensé; que ahora sí con ese discurso este nos iba a barrer."

El Jaime Salazar que yo conocí era de una elegancia parlamentaria única, recuerdo un debate en el que yo hablaba de una sentencia tal para defender un argumento mío, entonces Jaimedijo, pues usted va a tener que mostrar esa sentencia, a lo que le respondí; pues honorable concejal, sucede que no la cargo entre el bolsillo. Entonces todos rieron en el concejo, y él en vez de enojarse, también se rio. Eso es lo que llaman elegancia parlamentaria. Por

eso siempre conservé hasta la muerte de él y aún hoy día, un gran respeto por su persona. No era agresivo, ni grosero, era todo un caballero, que evitaba a toda costa la polarización. La polarización lamentablemente es la que nos llevó a la violencia y la que hoy día prima en los debates, por eso se debe actuar con caballerosidad."

El doctor Juan Hurtado Cano, es un importante político conservador, que ha sido senador, magistrado y líder indiscutible del conservatismo en Risaralda, ahora adscrito al partido del centro democrático, él entiende el papel contundente que Jaime Salazar tuvo en la conformación de Risaralda, valoró su tarea en esta lucha y se encarga de darla a conocer en todas las charlas que tiene al respecto, razón por la cual se ha ganado un lugar especial en los afectos de la familia de Jaime, pese a que ambos militaban en lugares distintos del conservatismo.

"El Jaime Salazar Robledo que yo conocí, era indiscutiblemente un hombre muy valioso para la ciudad y el departamento, su labor debe ser reconocida por la historia. Además, era un hombre de principio, muy al servicio del pueblo. Su carácter populista era una forma de servicio al pueblo muy valiente y consecuente con sus creencias. Valoré mucho su labor, aún hoy día, porque políticos como él, ante todo honestos y serios, poco se ven".

José Daniel Trujillo Arcila, es actualmente notario de Pereira, realizó su bachillerato en La Virginia, un municipio muy liberal y en el que los conservadores eran muy pocos, incluyéndolo.

"Mis encuentros con Jaime Salazar Robledo, ocurrieron cuando me nombraron gerente de los seguros sociales, cuestión que generó incomodidad en mi directorio por ese nombramiento, pero Jaime por el contrario vino a ofrecerme su respaldo, cosa que agradecí. Fui concejal en La Virginia y Jaime sacó un concejal en esa época, ambos éramos una minoría, ese fue uno de mis primeros encuentros con él. Cuando fui secretario de gobierno en 1981 la gente le tenía mucho miedo a Jaime, porque era muy populista, por las invasiones, como secretario de gobierno lo tenía que atender mil veces, y él siempre fue muy cordial conmigo. Hubo una vez que pudimos hacer coalición, cuando César Gaviria En 1984 fui elegido concejal de Pereira y el primer día de sesiones decidió no asistir al concejo, entonces propone una junta directiva netamente liberal, por eso buscamos a Jaime para pedirle su ayuda y oponernos a esa estrategia de Cesar Gaviria. ¡Doctor Jaime! ¿nos vamos a dejar hacer esto? ¿Quedar excluidos por la coalición liberal de la junta directiva? Jaime respondió que no había pensado en eso y decidió apoyarnos. Logramos voltearle la torta a Gaviria y ser los conservadores los que manejáramos esa junta directiva. Fue la primera vez quelogramos hacer una coalición con él y ganar toda la junta directiva. (J. D. Trujillo-Arcila, entrevista personal, julio de 2015)

Luis Enrique Arango, ex rector de la Universidad Tecnológica y activista político de gran relevancia en la ciudad, llega al concejo municipal de Pereira en 1974, durante el gobierno de López Michelsen, y ejerció un papel

de oposición frontal ya que la izquierda se estaba estrenando con él, en el Concejo municipal, convirtiéndose en vocero de una coalición de fuerzas de izquierda conformada por el partido de la ANAPO socialista, dirigida por Gabriel Darío Londoño Bolívar. Su papel era el de hacer una oposición frontal contra el establecimiento, crítico del sistema imperante y de ese Frente Nacional que se había instaurado en la ciudad, representado por Jaime Salazar y Camilo Mejía Duque.

Luis Enrique Arango recuerda con orgullo que no había casos de corrupción tan evidentes como lo que sucede de ahora, la política se hacía de forma distinta y los concejales no recibían sueldos. Enrique venía de Chile, de cursar una maestría y en Chile se estaba estimulando un proceso de izquierda social democrática muy poderosa. No le tocó el golpe de estado de chile, pero pudo venir a replicar sus aprendizajes en el concejo municipal.

"Tuve dos encuentros especiales con Jaime Salazar. El primero fue dentro de mi paso por el concejo, en donde ocurrió un episodio cuando estaba respaldando un proceso en una comunidad llamada Jesús de la Buena Esperanza y el barrio Salvador Allende, que era una comunidad de invasión alentada por la ANAPO. Aquellos fueron años de mucha turbulencia en lo social. En ese tiempo hubo un paro nacional de transportadores, en la época de Alfonso López Michelsen, y me aplicaron un decreto de orden público en el que me dieron cárcel, yo estaba en la plaza de Bolívar, haciendo arengas a favor del paro, como concejal me paré en la capota de mi carro y me

echaron mano, me llevaron a la 40 y estuve preso durante 7 días, mientras me hacía unos juicios muy duros del que salí libre a los días. Pero durante ese tiempo recuerdo dos visitas en especial, una la de Cesar Gaviria y la otra la de Jaime Salazar Robledo. Su visita me pareció solidaria, porque pese a lo que era una postura de lucha de clases y de protesta social, él se mostró cercano y en contra de esa decisión, amparada en un decreto represivo.

"Luego, años después, fui nombrado gerente de las empresas públicas de Pereira, y me tocó atender el problema de agua de Villa Santana, lidiando los reclamos de toda la comunidad liderada por Jaime Salazar. Ya era una realidad el asentamiento de Villa Santana y Jaime era el adalid de allá, y como la cota del agua no subía, tocó ponerle unos tanques de agua, cuestión que fue muy difícil. Años después, incluso fui respaldado como candidato a la alcaldía por Oscar Vélez Marulanda y el mismo Jaime Salazar se convirtió en un buen aliado que me llevó de la mano para presentarme en sus comunidades, él también podía moversecon facilidad entre liberales y conservadores. (L. E. Arango, entrevista personal, diciembre de 2015)

Para Luis Enrique Arango, Jaime Salazar era ante todo un caballero, de posturas fuertes, pero que no mezclaba la política con lo personal.

Carlos Ariel Trujillo Cardona recuerda que conoció a Jaime Salazar por allá en 1961, salió con él a hacer política en los pueblos.

"El Jaime Salazar que yo conocí siempre fue un hombre austero, no era de parrandas, ni sectario, solo le gustaba conversar como amigo".

Alberto Herrera, rival político perteneciente al grupo de Unificación califica a Jaime Salazar como un "tropero" de la política, un animal político, un Toon Politicum, un animal político.

"Recuerdo que cuando derrotamos a Jaime, lo dejamos como diputado suplente, él perdió las elecciones al senado, pero al otro día madrugó a seguir trabajando y se oxigenó. El tenía una vaina muy importante de servicio a la gente, le puso el lema de cambio social a su labor, en el concejo hay un acuerdo hecho por él, en el que logró que no se le cobrara impuesto predial a la gente marginada, estratos 1 y 2.

"Era imposible ganarle a Jaime en Pereira, él tenía un fortín en los barrios pobres. Ese sentido social con la gente de abajo era admirado por todos. Ayudó muchísimo a la gente. Tenía el respaldo sentimental y político de Mariano Ospina y Misael Pastrana que le ayudaron muchísimo".

Una de las anécdotas más importantes que Herrera recuerda fue cuando salió de las toldas de Emiliano Isaza, tras una discusión y lo que el denomina una traición por parte de los seguidores de Emiliano.

"Hubo mucha insistencia para que volviera, pero yo estaba muy ofendido, me ofrecieron puestos e incluso hacerme un homenaje que no acepté, entonces los jefes

salazaristas me llamaron, entre ellos, Hernando López Molina, José Jaramillo, para que los acompañara, me preguntaron qué pedía y les dije que nada, solo aportar al partido conservador, entonces hice una pasantía donde Jaime y salí elegido diputado dos veces, sin querer queriendo. Jaime me dio una bienvenida en la 21 con una gran manifestación, con músicos y fiesta. Luego me dijo: Usted me va a manejar todo el occidente, le dije que sí. Pero él empezó a levantarme a las cinco de la mañana. ¡Camine pues que vamos a trabajar! Yo solo aguanté un mes, y le dije que no más, que yo trabajaba, pero no de esa forma, que yo colaboraba los fines de semana, pero no de esa manera tan horrible. El se levantaba a las cuatro y llegaba en las noches".Para dejar claro el carácter de sacrificio que impregnaba Jaime Salazar en su labor política, Alberto Herrera recuerda la ocasión en que se delató que estaba en las toldas del Ospino Pastranismo del cambio social"

"Recuerdo que las correrías con Jaime eran muy duras, porque él tenía ese dicho de que "En la política ni se come, ni se duerme" y el almuerzo se embolataba. Una vez tuve que hacer un viaje muy largo, como de 16 horas de Samaná hasta Pueblo Rico, cuando llegué con el trasteo eran más de las diez de la noche, y no había ningún restaurante abierto. Entonces entré a una cantina en donde vendían pan y pandeyucas con gaseosa, eso comí esa noche. Al otro día un amigo muy pato me dijo: :oiga, ya sabemos que se volvió Salasarista, porque dicen que lo vieron comiendo al estilo de Jaime Salazar Robledo! Así era su fama. En esa época uno podía ser parlamentario, y concejal o diputado, Jaime siempre buscó ser concejal, pero curiosamente nunca dejó

de asistir como suplente. Una vez los amigos de Jaime le rogaron a Belisario le pidieron al presidente que le diera un paseo de un mes a Suiza a Jaime Salazar porque se reunía la OIT, pero él no quería ir, se preguntaba quién le iba a cuidar y organizar la gente, hasta que al fin lo embarcaron".

De Jaime Salazar se puede decir que era inquebrantable en el trabajo, la mayoría de los testimonios recogidos dan cuenta de eso.

"El Jaime Salazar que conocí era ante todo un señor, un excelente ciudadano y un gran caballero. Era un hombre totalmente entregado a la política conservadora, fervoroso defensor del partido y un gran luchador, sobre todo por el acento social que le ponía a la política en el departamento, yo lo apodé en una de mis columnas, cuando lo asesinaron; "el apóstol de los pobres" (A. Herrera, entrevista personal, julio de 2015)

Jaime Salazar hijo, recuerda los versos del poema el Apóstol de los pobres, que Rubén Darío Franco Narváez escribe después de su muerte. "papá era incómodo al Estado por la defensa de los pobres, el denunciaba lo que se hacía mal. Por eso es importante la emisora, la cual se vuelve su amplificador de denuncias".

Arnulfo de Jesús Castrillón Cárdenas, conocido como el socio, conoció a Jaime Salazar en 1982, desde entonces se ganó toda su confianza y terminó siendo el asistente político del doctor Jaime, lo recuerda con enorme cariño, se sabe apreciado por toda la familia Salazar y con una voz vital y recia aún rememora los días al lado de Jaime Salazar.

"A él le gustaba la base, el pueblo, y era muy transparente con la comunidad, era muy centrado en la política. Era un hombre que cuando perdía se levantaba muy temprano a la emisora para agradecerle a su gente. A él le gustaba mucho meterse a los barrios más humildes, se sentía orgulloso de enfocarse en esos barrios. Cuando llegaba control físico a tumbar las casas de las invasiones, la gente salía corriendo a buscarlo a él y Jaime paraba de inmediato esa amenaza. La invasión del Dorado es un ejemplo de desarrollo, porque con el tiempo terminó de arreglarse al fin. Una vez me tocó cargarlo a él por unos callejones y pantanos para llegar a sitios de reuniones, con el fin de evitar que se empantanara, él llegaba encorbatado a esos sitios, incluso con una boina en su cabeza" Luego muestra la foto de Jaime con su gorra tipo boina. Aquella foto la guarda aún en su billetera con un profundo respeto por su memoria.

"Daba puestos. Jaime se sentía muy orgulloso colocando en el gobierno a los obreros." Durante una reunión realizada en agosto del 2015 con fundadores del barrio Villa Santana, en su caseta comunal, bajo el insoportable ruido de las busetas y camiones bajando por la empinada vía principal, se lograron recoger varios e importantes testimonios de los habitantes del sector que tuvieron que ver con la vida de este político que fundó el barrio y ofreció los lotes de una finca perteneciente a su hermano para que gente de muy bajos recursos accediera a vivienda propia, pero bajo condiciones sanitarias inexistentes como el agua y la luz, que con el tiempo tuvieron que luchar los que se atrevieron a habitar aquella

loma que se levanta casi que en el centro de Pereira en ese entonces sin acceso vehicular.

Alexander Tribillo Castro, líder de la comunidad Villasantana, es un hombre joven de no más de treinta años, pero testigo en el barrio del legado de Jaime Salazar Robledo, por eso se encargó de señalar algunos fundadores de Villasanta que, según él, han podido tener una relación directa con el político.

Para lo cual se organizó una reunión a donde fueron varios de los habitantes fundadores del barrio, para hablar acerca de los inicios del barrio y el papel presencial y relevante de Jaime Salazar en la construcción del mismo.

María Isabel Jaramillo hija de Rafaela Caicedo, fundadora de Villa Santana, expresa su gratitud frente al gran legado no solo dejado por su madre sino por don Jaime Salazar.

"Mamá dijo que quería irse a vivir a una parte en donde estaban dando unos lotes muy favorables, pero esto no tenía entrada, era una finca llena de malezas, ramales, cañadas, sin energía, ni carretera. Los lotes nos costaban a dos mil pesos, y estaban llenos de solo trochas, don Abraham Barragán, fundador se apersonó con este tema, entonces empezaron a venir personas pobres, la entrada era por canceles, el material había que traerlo a hombros. La junta comunal de ese entonces, liderado por Jaime Salazar comenzaron a luchar por traer los servicios. Entre Jaime y Luis Eduardo, ayudaban mucho, traían tubos, material. Mamá murió de 98 años viendo al fin su casa

construida. Mamá era muy líder, se iba para las empresas yse sentaba todo el día para pedir que le trajeran energía al barrio. Mamá iba al directorio de Jaime en la 21 con séptima y traía un costalado de panela, para repartirle a las personas, Jaime le daba a ella mercados, panela y cosas para la gente. Cuando inauguramos la iglesia, se hizo la choza, cada 8 días Jaime venía con don Luis Eduardo a traer las donaciones para la iglesia. Mi mamá adoraba a Jaime. Se la llevaban muy bien.

Antes esto se llamaba San Vicente, pero a medida que la gente llegaba, empezaron a nombrar de distintas formas el territorio: La isla. Se llamó Villasantanta, por la iglesia que se llamaba Santa Ana, fue las empresas de super buses las que le pusieron Comuna Villasantana en sus letreros, porque esto se veía como una villa, llena de muchos pequeños sectores o barrios. La isla, Nuevo Plan, Intermedio, Las Margaritas, El Otoño, Comfamiliar, San Vicente... William Darío Miranda, quien fue presidente de la junta de acción del sector Comfamiliar,recuerda que a la edad de 14 años él iba al directorio de Jaime Salazar y escuchaba sus discursos en las diferentes reuniones, recorría los pueblos con él, y subió a su lado a Villasantana a entregar los lotes.

"Hombre más querido que él, jamás yo había conocido". Recuerda que el día del entierro no cabía la gente, incluso nos aporreábamos, lloramos a Jaime como si se nos hubiera muerto un papá. Muchos propusimos a un concejal que le pusiera el colegio de Tokio el nombre de Jaime Salazar Robledo. Jaime nos enseñó que uno no debe

trabajar por la plata, sino por la gente. "Hay que combatir el hambre porque un pueblo con hambre no es un pueblo" decía Jaime Salazar.

"A donde Jaime la gente llegaban con una formulita y él la compraba, así como una teja, un mercado, porque a él no le daba pereza servir, hoy día los políticos se esconden, pero él no conocía la palabra "no", él buscaba soluciones. Recuerdo que a mí me regaló unos zapatos, porque él me vio con los zapatos rotos. Mandó al secretario general de él a que me comprara un par de zapatos. Le di un beso en la mejilla al doctor Jaime con gratitud y él se sonrió. La asociación Villasantana jurídicamente murió, pero con ella logramos la iglesia.

Dora Alicia Ramírez quien vive en Villasatna hace 32 años, recuerda las condiciones de precariedad del sector, como el agua llegaba a través de una manguera, ella venía del páramo, de La Laguna del Otún, el lote lo compró a un costo de 15 mil pesos, y su relación con Jaime era muy servicial.

"Él nunca faltaba con el mercado en esos días, cada 15 u 8 días. Llegaba con el mercado para las familias del sector. Jaime nos llenaba la bolsita de mercado y con eso veníamos al barrio".Silvio Bueno Duque de 80 años es quizás uno de los habitantes más antiguos del sector de Villa Santana, rememora el estadio Mora Mora, y dice que el Bota Fogo y Vasco de Gama equipos muy reconocidos jugaron ahí.

"En los años 50 justo en donde estaba el puesto de salud, al frente del estadio, había una piscina pública, todo

el terreno era de guamales y cafetales cercados. En ese tiempo existía el Tranvía, valía cinco centavos la montada en el Tranvía, que llegaba hasta la iglesia, en el Descanso".

Silvio Bueno vivió en la cle 10 con 8ª y 9ª que era la zona de tolerancia de Pereira. Conoció a don Jaime en la década de los sesenta, dice que era un hombre muy nombrado por su nobleza.

"Logré un lote en Villa Santana. En el 88 todo esto era puro barro y ayudé a pavimentarlo". Ana Cened Flores Giraldo de 58 años, conoció a Jaime Salazar Robledo desde muy niña,

vivía en Mundo Nuevo y por medio de Jaime le salvaron las manos de una enfermedad que ella tenía, su padre era muy seguidor de Jaime, ellos llevaban vitaminas a la gota de leche, llevaban mercados, colaboraban con las veredas. Se enfermó de las manos y el médico pagado por Jaime Salazar, le mandó un tratamiento que la curó, eso fue de niña, ella no volvió a ver a Jaime, hasta cuando vino a vivir a Villa Santana, cuando le regalaron la casa, por un costo de Un millón de pesos.

"Cuando me dijeron que me iban a comprar la casa, me pareció horrible, por solo ver como subían los buses de llenos, con gente colgada en las puertas, aún así, me vine a vivir al barrio, levanté tres hijos, que se graduaron en el colegio".

María Adiela Delgado vive en Villa Santana hace 33 años, recuerda que bajaba a trabajar con botas

empantanadas, las tenía que dejar en algún lugar abajo, y luego regresaba en la noche. Las botas nunca se las robaron. Recuerda un bolso de cuero que Jaime Salazar le regaló. Recuerda la forma en que hablaba, "lento y calmado, se le veía la humildad por encima, sí...era muy calmado".

"Jaime Salazar era de mano dura con los funcionarios dice Chucho, recuerda que se enojaba con los funcionarios que no cumplían con los compromisos, él iba y hacía la gestión con la gente. Uno de los pueblos que más quería Jaime Salazar era la Celia, vivía enamorado de la Celia."

Dioselina Arenas vive en Villa Santana desde que en el barrio solo había tres casas, don Jaime y Luis Eduardo le ayudaron mucho a su familia. Cuando se vinieron a vivir, clavaron cuatro guaduas y pusieron un plástico. Al otro día llegó don Jaime con tejas, materiales y mercado para 8 días. Dioselina guarda ese recuerdo y retiene en su memoria el momento en que pusieron la primera piedra para construir la iglesia.

"Yo salía a politiquear con Jaime, y él nos ayudó para que junto con doña Rafaela fuéramos a Bogotá a pedir la carretera. Gracias a nuestra gestión en la alcaldía, al lado de Jaime, hicieron unos tanques al fondo, en la Isla. Todos iban a recoger el agua ahí, por el lavadero, Pero nosotras subíamos hasta el Chocho en donde había un chorro de agua, que, aunque más lejos uno se evitaba las peleas que se armaban por tener que hacer fila para recoger el agua de los tanques. La trocha la hicimos con convites, porque todo

era muy pantanoso. "Recuerdo que Jaime era muy alegre y a veces tomábamos trago, él no tomaba casi, pero íbamos a paseos, caminatas y él ahí con nosotros. Yo me vine con mis dos hijos y acá los levanté gracias a él. Un amigo nos dijo que, si teníamos 1.500 pesitos, porque estaban dando las fichas para unos lotes, yo los dí y fui a esa reunión en donde don Jaime nos explicó que nos iban a reubicar. Luchamos por la luz, por el agua y por el alcantarillado, yo fui la primera presidente de la junta, y fuimos nosotras las que entregamos el barrio con agua, con luz y con la carretera. La luz y el agua llegó primero por unas cuerditas. Había en el Plan un señor que tenía una casa con luz, fuimos donde el señor y le pedimos que si nos las vendía y el señor nos la vendió por 200 pesitos mensuales. Luego y después de muchas gestiones llegó la luz de Manizales. Acerca del agua, nos decían que no podía haber, pero don Luis Eduardo y Jaime nos regalaron unas mangueras, que conectamos del Chocho y las colocaron arriba junto con unos tanques, todos se prendía de ahí, entonces don Jaime me regaló unas mangueras y a mí casa llegó el agua, luego todos se pegaron a mi manguera. Yo no peleé con nadie por eso, compartí el agua."Jaime Salazar luchó mucho por el barrio, formamos un comité de salud y atendíamos a los enfermos, con unas barbacoas o camillas atendíamos y sacábamos a los enfermos de donde fuera y a la hora que fuera, recuerdo que el primer enfermo se nos murió bajando. También recuerdo un alumbrado en mayo en el que hicimos junto con don Jaime, una cruz inmensa en donde iba a quedar la iglesia y que iluminamos con velas, la cruz se veía hermosa desde abajo. Luego hicimos la iglesia

a punta de fritanga, éramos muy pedigüeñas, hicimos la iglesia con comités y la comunidad fue la que hizo el alcantarillado. Los tubos nos los regaló y señor Luis Eduardo López, director del Fondo de Vivienda.

Jaime Salazar es cierto que era populista, daba mercados, ayudaba la gente pobre, pero es que él siempre estaba presente en la comunidad. Venía en un camión a traer tejas, materiales y él mismo ayudaba a subirlos por la loma, porque antes no había carretera, sino una trocha toda pantanosa. Los políticos de hoy día están presentes solo en épocas de elecciones, pero Jaime no, él siempre estuvo presente. La clase dirigente de hoy día termina uno respondiéndole a los líderes; es que yo a usted le pagué con un mercado, le dí ya treinta mil pesos. Y con eso se nos salen.

Doña Dioselina dice que:

"Los habitantes de Villa Santana no recuerdan que Jaime les dijera que tenían obligatoriamente que votar por él, solo les decía que quedaba a su conciencia el voto, el jamás amarró el voto con lo que les daba".

"El no nos decía, vea le doy este mercado, pero tiene que votar por mí. Si usted tiene algo que agradecer mi Dios le pague, si no, a su conciencia. Para mí no hay un político como Jaime Salazar, ninguno como él. Vivo muy agradecida con Jaime Salazar, si había una viuda él iba y le llevaba el mercado, en silencio. En Votaciones no lo veíamos, ya no era necesario, todos sabían si votaban por él o no". Dice

doña Dioselina y luego sentencia más con enojo que con tristeza; "Es muy triste ver a estos candidatos que presionan por un voto, tenemos la fama de vendernos por un mercado, por una teja, pero es que los políticos de hoy poco se aparecen por acá. Don Jaime llevaba a Villa Santana en su corazón, y ayudaba con los libros y las becas de estudio para mis hijos y los de muchos otros. Yo los levanté gracias a él y ahora son buenos hijos, por eso que sea este un espacio para su homenaje. Qué bueno que otro político sea parecido si quiera a él."

La comuna de Villa Santana no se planeó para la proyección de tanto habitante que tiene hoy, han surgido nuevos barrios a su interior, y es histórica las situaciones conflictivas que se viven al interior de sus calles y casas. Los vecinos fundadores del barrio defienden con vehemencia su localidad, no permiten que se hable mal del barrio, porque según ellos a las seis de la mañana se venbajar los buses llenos de gente buena que madruga a trabajar, que mueve a la ciudad de Pereira son sus manos obreras. A las cinco de la mañana se puede ver en las calles un comercio activo y vio que vende arepas, porque la gente de Villa Santana, que Jaime Salazar ayudó a ubicar es trabajadora y buena. Ellos dicen que no sufren por nada, que ahí lo tienen todo, que los malos tiempos ya pasaron, que las tiendas se ven abiertas, y si alguien necesita comer algo, acá lo encuentra todo desde la madrugada.

"De Villasantana solo hablan lo malo, pero no hablan de nuestros líderes, de las cosas buenas que pasan". Dice don Silvio "Villasantana ha querido emular a Cuba en su

desarrollo, pero falta mucho, reconocen los líderes. "Dejamos gracias a Jaime de dejar de ser pobres, nos dignificamos gracias a mi Dios, Aunque todavía nos estigmatizan afuera, hemos crecido y dejado atrás la pobreza. El estigma de asesinos y ladrones es un estigma que cargamos, pero acá hay gente trabajadora, capacitada, con ganas de hacer cosas buenas. Villasantana debía ser como Cuba y sacar un concejal al menos, pero nos falta dejar de vendernos por la teja o los treinta mil pesos. Los barrios San Gregorio, Villa Santana, Monserrate, Nacederos, eran barrios construidos por la influencia directa de Jaime Salazar Robledo

Dice doña Ana Cened:

"La muerte de Jaime fue algo muy horrible. Todos lo lloramos en el barrio. La noticia extra sonó en radio y todos lo lamentamos, había muerto el padre de Villasantana, era el papá de los pobres, acá le decíamos así. Nos mataron al papá. Si hubieran seguido con el movimiento, si hubieran seguido con el ímpetu de Jaime, estaríamos ahí, pero nos abandonaron, ninguno del Cambio Social volvió por acá. Les faltaba la misma fuerza y compromiso." Expresa doña Cened con mucha tristeza.

Jairo Cardona, quien fue quizás uno de los hombres de más confianza de Jaime, fue su conductor desde 1949, cuando Jaime Salazar era el secretario del directorio conservador. A Jairo le tocó los tiempos de estudiante de Jaime Salazar, recuerda que él se iba a Bogotá 4 días y regresaba al directorio para trabajar en él. "Era un hombre que, andando con él, se enfermaba más fácil uno que él. Había que empujarlo para que almorzara".

"Don Jaime me nombró secretario del directorio, me ubicó a trabajar en la cárcel de menores y luego regresé a trabajar con él en la campaña política. Debía trabajar de día y de noche, en el día en el directorio, en las noches en los barrios y los fines de semana en los pueblos. No había forma de parar.

Él me ayudó a ubicar en el Magisterio, e iba por mí todos los domingos para que lo ayudara a recorrer los pueblos, pero cuando fue creado el Departamento, me dijo; no más, venga mejor ydirige el directorio, renunció al magisterio y lo acompañé el resto de su vida. Él me tenía mucha confianza y fui mucho más que el conductor, era su hombre de confianza."

Jairo Cardona recuerda las aventuras que tuvo al lado de su amigo, los momentos de peligro, los instantes de profunda vicisitud que vivió Jaime Salazar, las angustias como padre, el momento en que conoció a Rosa en Marsella y se enamoró de ella, los caminos que recorrieron montados en la Pulga, la manera como tuvo que defender a Laime de más de un enemigo, según él, vergajo, que andaba agazapado por ahí, el instante de su asesinato y el abismo de la tristeza en el que cayó.

"Jaime era de una familia muy prestante, cuando él murió ya no tenía casi nada, incluso me parece que la casa estaba hipotecada, y unos solares en unos barrios de la 30, cuando él murió le quedaron 4 lotes y una casa en Dosquebradas, toda su fortuna la fue gastando en la política, le daba a todo el mundo, incluso a liberales. Una vez le ayudó a un liberal a conseguir un puesto, pero la gente se le rebotó, él tuvo que explicar que ese era un

puesto liberal y que dejaran a ese pobre hombre tranquilo. La plata que daba para los mercados, lo daba de su bolsillo, lo del directorio era muy poco, todo lo sacaba de su bolsillo. Nunca pensó en usufructuarse de los auxilios que le daban. Le digo que los lunes eran romerías de gente pidiéndole ayuda a Jaime, los lunes eran los días en que el pueblo lo seguía para que les ayudara con los pagos de servicios.

"Recuerdo que había mucho vergajo por ahí, mucho vividor en la política, una vez un tipo estaba rajando de Jaime, hablaba mal de él y yo lo increpé, le dije, oiga usted cómo se le ocurre, si Jaime le ha servido, le ha dado becas para sus hijos y viene usted a hablar más de él, entonces yo muy grosero, le dije ¡vergajo! y la gente lo silbaba, e inclusive le gritaba liberal, y él se tuvo que ir."

Sin duda alguna el asesinato de Jaime marcó a más de un amigo y habitante de la ciudad, fue un jueves triste que Jairo Cardona recuerda aún con bronca.

"El día de mi cumpleaños que fue un 23 de junio el alcalde Castillo me dio de regalo la destitución, Jaime me dijo que tranquilo, que me fuera a trabajar con él, entonces me iba a nombrar en el directorio. Pero el 26 de julio llegó un hermano de Jaime a mi casa en el barrio Japón de Dosquebradas, yo estaba allá, descansando, y él me dijo; ¡Jairo, vámonos que mataron a Jaime!

"Yo no fui al entierro, me emborraché ese día, no quise ir, estaba muy mal, casi me cargo a un tipo que empezó a hablar mal de él. Estaba furioso y bebí. Recuerdo que me dijeron que me iban a matar por ser la "ñaña" de Jaime, pero no le paré bolas a eso, si me iban a matar que me

mataran... a él lo mataron por política, a mí que me matara por serle leal.

"42 años estuve con él, desde 1949 hasta el año que él murió, por eso me choca que algunos conservadores utilicen el nombre de Jaime para hacer su política, cuando solo se acuerdan de él cuando hay campaña, pero del resto no más. A veces creo que el pueblo fue malo conJaime, lo olvidó muy rápido y Jaime hizo mucho por el pueblo. Nosotros nos la pasamos conquistando a la gente de los pueblos para separar a Risaralda, pero la gente solo hablaba de Valleja, que no se movía de la oficina, en cambio nosotros debíamos buscar adeptos, gastar de su plata para contribuir a la separación de Risaralda. A nosotros nos tocó conversar con la gente, aguantar atentados y luchar mucho". (J. Cardona, entrevista personal, agosto de 2015)

Jairo dice que le falla la memoria, que los años no han pasado en vano, que aún bebe una que otra copa de wiski y que en más de una ocasión eleva la copa en memoria de su amigo Jaime Salazar.

El abogado Rodrigo Gómez Gómez, amigo cercano de Jaime Salazar, no quería ese jueves hacer ningún recorrido político junto con él, solo deseaba descansar, porque seguir el ritmo intenso de trabajo de Jaime era difícil, muy pocos podían alcanzar semejantes pasos tan delirantes, de máquina bien calibrada. No fue él único, varios de sus seguidores más cercanos preferían escabullirse a sus casas en vez de abordar el carro de Jaime para llegar a cualquiera de los municipios de Risaralda, ese viaje diario, de horas, por carreteras tortuosas y que debían transitarse de noche, era soportado solo por aquel líder político.

"No se me vaya a volar que tenemos que ir a una reunión". Le había dicho jaime. La verdad es que Rodrigo estaba cansado y ese día no tenía intención alguna de ir a cualquier lugar, prefirió decirle a su compañero, don Hernando López, que iba a estar abajo tomándose un tinto. Pero aprovechó para escabullirse hacia su casa, faltaban diez minutos para el momento del asesinato…

"Si yo no me hubiera ido, si hubiera estado ahí cinco minutos antes, si yo hubiera decidido acompañarlo, a lo mejor lograba matar al que lo asesinó, lograba impedirlo, no lo sé… porque en el directorio solo dos personas teníamos armas: Hernando López y yo, pero quién sabe qué tiroteo se hubiera armado. Adivinar el pasado es fácil".

Dice Rodrigo con cierto gesto de tristeza. Luego se quiebra, sabe que esa tonta decisión lo perseguirá hasta el día en que se encuentren, que esa tarde la ecuación de posibilidades hubiera variado de algún modo que ya es imposible determinar. Rodrigo con lágrimas en los ojos, carga una insoportable sensación de orfandad política, desde el día en que su amigo y mentor fue asesinado.

"La verdad es que el Jaime Salazar que yo conocí, era el que trabajaba y nosotros, sus amigos, éramos quienes bebíamos las mieles de sus triunfos y a él no parecía importarle". Confiesa él mientras muestra una foto de Jaime Salazar que siempre lleva en su billetera, y guarda un silencio ceremonioso, a la vez que seca sus lágrimas.

Conclusiones

Jaime Salazar Robledo fue sin duda uno de los políticos más importantes de Risaralda, sus posturas Conservadoras contrastaban de alguna manera con sus acciones políticas que algunos tildaban de populistas.

Es cierto que sus estrategias para anclarse en el poder por tantos años eran de por sí clientelistas, y como defensor del Frente Nacional encontró en esta política estatal un lugar para ejercer su poder. Sin embargo, esto no puede invisibilizar el titánico trabajo que realizó en aras de tener un fortín electoral enorme. Varios testimonios acá consignados dan cuenta de su labor, tanto en los recintos políticos, como en las comunidades marginadas, para ayudar a impulsar proyectos de desarrollo de la ciudad.

Cabe resaltar su papel en el proceso de la fundación de Risaralda, y la manera destacada acerca de cómo trabajó en los pueblos risaraldenses para lograr dicha separación, incluso a costa de su propia vida. Si bien es cierto que para algunos autores resultó cuestionable el proyecto fundacional del departamento, porque provocó la fragmentación del gran Caldas, perdiendo la región posibilidades de recursos, con el objetivo de lograr beneficios para algunos grupos élites, tal como plantea García.1978. y López Pacheco, Jairo Antonio, Correa Ramírez John Jaime 2012. Es necesario hacer una revisión al día de hoy de los logros obtenidos con dicha separación, de la autonomía que se alcanzó a obtener, después de años de tensión y arrinconamiento presupuestal que afectaba el

desarrollo de la ciudad durante la primera mitad de siglo 20, incluso la identidad cultural, las narrativas de ciudad, los imaginarios propios alcanzados y que ahora le dan fuerza al departamento y la ciudad.

Solo hasta el año 2017, el gobernador de Risaralda Víctor Manuel Tamayo, reconoció durante la celebración de los 50 años de Risaralda el papel protagónico de Jaime Salazar Robledo en la configuración del departamento.

Su postura clientelar es reprochable a la luz de esta época, pero este era un mecanismo que se normalizó a través de los "Auxilios Parlamentarios" para conservar el poder desde una apuesta populista. Dichos auxilios, así como los modos de gestión y de hacer política, vistos desde la distancia del tiempo por los entrevistados y a la luz de los documentos y libros leídos, generan sospechas válidas en muchos casos, pero a la vez demuestra que bajo esas lógicas de poder Jaime Salazar supo moverse, motivado por ideas solidarias que a la larga lo ayudaron a permanecer en el poder.

Como defensor del Frente Nacional, hacía pactos internos con Camilo Mejía Duque para conservar este sistema desde lo local, y mantenerse ambos en el poder, de modos muy evidentes excluían otros partidos, generaban otras tensiones en las comunidades, perpetuaron la violencia, y pese a esto, Jaime Salazar, en aras de la paz, fundamentaba aquel orden en el respeto y los debates con la argumentación, jamás en el acto violento. Él temía a la violencia como herramienta política, sin embargo, contradictoriamente, el Frente nacional era un generador de la misma.

Pereira se refunda con la separación de Caldas como capital del departamento. Y dicha refundación comenzó a darse desde las periferias y la construcción de barrios que se levantaban sobre lotes invadidos, a través de convites, y dichas ocupaciones irregulares eran apoyadas por los políticos populistas que generaban el problema motivando las invasiones, para luego garantizar el acceso a los servicios moviendo toda su maquinaria clientelar, con el propósito de que esas personas pudieran acceder a los servicios básicos, generando tensiones entre los gobiernos de turno que luego eran mediadas como político, de manera muy hábil y conveniente.

Jaime Salazar Persuadió a dueños de fincas y parientes para que vendieran o cedieran sus tierras, incluso él mismo renunció a parte de su propiedad privada para que, movido por un sentimiento complejo entre lo solidario y lo clientelar, producto de sus convicciones morales, religiosas, y políticas, se garantizara un lote, una vivienda, y sus respectivos servicios, a familias en condiciones de pobreza extrema que vieron en aquel político un "apóstol" comprometido. Esto le garantizó un fortín político que sin duda le permitió permanecer por mucho tiempo en su posición de poder.

Esto no era en sí una acción exclusiva de Jaime Salazar, también otros políticos que acolitaban las invasiones de terrenos a orillas del río Otún y barrios como San Nicolás o sectores como Matecaña, Villa Santana. Estas comunidades fueron hechas a la fuerza, sin planeación alguna, pero ahora, muchos años después, tales barrios han

renombrado a Pereira y se percibe una suerte de dignidad entre sus habitantes que recuerdan esta labor política como aceptable.

Mientras estas gestas políticas se daban en los estamentos públicos, al interior de las comunidades marginadas se evidenciaban otro tipo de tensiones durísimas de violencia, luchas simbólicas, afaánde superación, choques entre comunidades que terminan por confrontar a las comunidades pobres mientras habían filas por el agua, o luchaban contra la pobreza.

A lo largo de este recorrido, se realizaron entrevistas, recopilaron datos, recortes de prensa y testimonios únicos que permitieron establecer un perfil de este personaje tan importante en la vida política del departamento de Risaralda y que narra su existencia desde su niñez y juventud, que muestra el lado humano del padre, amigo, trabajador, político que fue hasta el día de su asesinato a manos de un sicario que jamás fue atrapado, ni su crimen resuelto.

La impunidad ha dejado herida a una familia que aún clama justicia y que vio cómo su padre sacrificó su vida en aras del trabajo y las comunidades sin que su labor fuera lo suficientemente reconocida y su crimen resuelto.

La muerte de Jaime Salazar representa la impunidad rampante de una nación que sigue sumida en la injusticia. Su familia, sus hijos, Patricia, siguen a la sombra de la incertidumbre, buscando una respuesta al por qué su padre no envejeció feliz, dejándolos en ese abismo ausente y desolador del que se llevan sin avisar.

Jaime Salazar fue un político que quiso promover una suerte de justicia social, aunque sus tácticas quizás pudieran ser cuestionadas e ir en contra de este precepto, realizó la labor que su época demandaba y solía inclinarse con humildad ante las circunstancias. Este gesto de inclinarse ante las familias pobres de la ciudad, lo acompañó hasta su último instante de vida en la que se marcó con su sangre la historia de una ciudad que se refundó gracias también a él.

El Jaime Salazar Robledo que conocí es parte de una Pereira que intentamos muchos descifrar a lo largo de su historia y que él ayudó a escribir trazando calles imaginarias en lotes invadidos, que luego se convirtieron torrentosos barrios en donde habita el olvido.

Recomendaciones

Se debe reabrir el caso de Jaime Salazar Robledo para esclarecer este crimen que conmocionó Durante los años 90 a la sociedad pereirana, hasta encontrar a los verdaderos responsables de su asesinato.

Se debe seguir investigando a fondo las movilizaciones políticas, cívicas y de convites que se dieron en las comunidades barriales de las periferias, marginadas, como elemento identitario y cultural de la ciudad de Pereira para así ir abordando otros imaginarios narrativos de la ciudad.

Debe seguirse explorando y reconociendo las narrativas fundacionales de los barrios como un elemento

cultural propio que permita que ciudadanos, nuevas generaciones, así como turistas encuentren en dichas narrativas un sentido de la pereiranidad distinto al que se quiere vender desde la oficialidad y el mercado.

Las fiestas de la Cosecha, así como las celebraciones anuales que dan cuenta de la existencia de Pereira como ciudad capital, deben brindarle un reconocimiento especial a estos fundadores que apoyados o atacados por políticos de la época fueron capaces de configurar sus barrios y darle un nuevo cuerpo multicultural a la ciudad.

La ciudad de Pereira debe seguir reconociendo a esos hombres y mujeres que de algún modo ayudaron al crecimiento y desarrollo de una ciudad desde lo político, social, comunitarios que lograron hacer crecer a Pereira desde las periferias y lo rural.

La ciudad de Pereira debe hacer un profundo análisis de lo que las invasiones y métodos clientelistas provocaron para la configuración de la Pereira que hoy conocemos y las estructuras culturales, simbólicas y violentas que quedaron montadas desde estas prácticas.

Se deben seguir indagando las historias de los barrios y de las comunidades, sus formas de relacionamiento social en esta época y hacer comparaciones con los modos de relacionamiento comunitario que se dieron Durante los años 60.Por último se debe realizar indagaciones sobre cómo se están configurando nuevas comunidades y qué valores se promueven en esta actuales emergencias sociales.

Referencias bibliográficas:

Vallejo Restrepo Gonzalo.
Así se creó Risaralda. Risaralda Cultural, 1992 - 226 páginas

Zuluaga, V. (2013). Historia extensa de Pereira. Editorial Universidad Tecnológica de Pereira Cano Stella.

Periodista pereirana. Entrevista en audios pertenecientes a la familia Salazar Sierra.

López Pacheco, Jairo Antonio y Correa Ramírez, john Jaime. Disputas por la centralización/ descentralización administrativa en el Viejo Caldas, 1905-1966: los casos de Manizales y Pereira. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura. 2012;39(2):187-216.[fecha de Consulta 2 de noviembre de 2020]. ISSN: 0120-2456. Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127125866008

Ángel-Ramírez, G. (1995). El Solar del Grano. Editorial Gráficas Olimpica

Chalela, A. (1983). Escritos histórico-políticos de José Eusebio Caro. Fondo cultural cafetero

Ocampo L., A. (s.f.) Mariano Ospina Pérez. La enciclopedia de Banrepcultural. Https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Mariano_Ospina_P%C3%A9rez

TORRES CARILLO, A. La Ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares. 1950-1977, CINEP, Bogotá, 1993.

Michelazzo y Salguero. Capitalismo, refundación y conflicto: La disputa por el espacio-tiempo urbano en Córdoba, Argentina. Universidad del Rosario Revista Territorios (2017)Calle-Restrepo, A. (1964).

Conflictos familiares y problemas humanos: la familia en zonas de rapida urbanizacion; estudio sociologico en tres barrios populares de Pereira (Colombia). Editado por Escuelas Profesionales 'Sagrado Corazón', Madrid, 196

Correa Ramírez, Jhon Jaime. Civismo y educación en Pereira Y Manizales (1925-1950): un análisis comparativo entre sus sociabilidades, visiones de ciudad y cultura cívica. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica De Pereira, 2015. 270 pp Correa, Ramírez, Pérez, y López García, (2016 Revista GESTIÓN & REGIÓN No. 22

LÓPEZ PACHECO, JAIRO ANTONIO, CORREA RAMÍREZJOHN JAIME Disputas por la centralización/descentralización administrativa en el Viejo Caldas, 1905-1966: los casos de Manizales y Pereira. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* [en línea]. 2012, 39(2), 187-216[fecha de Consulta 2 de noviembre de 2022]. ISSN: 0120-2456.Disponible en: https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127125866008"

Pardo Motta, Diego Nicolás. Laureano Gómez Castro y su proyecto de Facultad de Jurisprudencia (1951-1953) reforma constitucional. 2008. Unidad de jurisdisprudencia Universidad del Rosario

Bibliografía

Ángel Ramírez, G. (1995). *El solar del Grano*. Pereira: Editorial Gráfica Olimpica.

Calle-Restrepo, A. (1964). *Conflictos familiares y problemas humanos: la familia en zonas de rapida urbanizacion; estudio sociologico en tres barrios populares de Pereira (Colombia)*. Madrid: Escuelas Profesionales 'Sagrado Corazón'.

Chalela, A. (1983). *Escritos histórico-políticos de José Eusebio Caro*. s.l.: Fondo Cultural cafetero.

Correa Ramírez, J. J. (2015). *Civismo y educación en Pereira y Manizales (1925-1950): un análisis comparativo entre sus sociabilidades, visiones de ciudad y cultura cívica. Pereira*. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica De Pereira.

López Pacheco, J. A., & Correa Ramírez, J. J. (2012). Disputas por la centralización/descentralización administrativa en el Viejo Caldas, 1905-1966: los casos de Manizales y Pereira. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, 39*(2), 187-216. Recuperado el 02 de noviembre de 2020, de https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=127125866008

Ocampo L., A. (s.f.). *Mariano Ospina Pérez*. Obtenido de La enciclopedia de Banrepcultural: https://enciclopedia.banrepcultural.org/index.php/Mariano_Ospina_P%C3%A9rez

Pardo Motta, D. N. (2008). Laureano Gómez Castro y su

proyecto de Facultad de Jurisprudencia (1951-1953) reforma constitucional.

Salguero, M. y. (2017). Capitalismo, refundación y conflicto: La disputa por el espacio-tiempo urbano en Córdoba, Argentina. *Revista Territorios*.

Torres Carrillo, A. (1993). *La Ciudad en la sombra. Barrios y luchas populares. 1950-1977.* Bogotá: C1NEP.

Vallejo Restrepo, G. (1992). Así se creó Risaralda. *Risaralda Cultural*, 226.

Zuluaga, V. (2013). *Historia extensa de Pereira*. Pereira: Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.

Entrevistas Cápsulas del tiempo 2013 realizadas por la Compañía creativa Trazasueños Entrevista Bibliobús de la memoria 2018 Realizada por la Compañía Creativa Trazasueños

Ecos de Jaime Salazar Robledo

Perfil biográfico y un asomo a las narrativas fundacionales de los barrios de Pereira



Este libro ahonda en la vida y la obra del político risaraldense Jaime Salazar Robledo, hasta el día de su asesinato en 1990, y que aún mantiene impune como casi todos los crímenes políticos del país.

A manera de perfil biográfico, se recogen las voces de varios protagonistas de la época, que junto con Jaime Salazar impulsaron la separación de Caldas y la conformación de Pereira como capital de Risaralda, así como los testimonios de familiares, políticos y fundadores de algunos barrios de la ciudad que hicieron parte de un proceso histórico que da cuenta del papel protagónico y a veces polémico de tan importante político conservador, ante la emergencia provocada por el desplazamiento, recepción y reubicación de familias pobres y desplazadas por la violencia bipartidista de la época, así como los métodos políticos y sociales a veces transgresores, que se dieron para la configuración poblacional de Pereira durante los años sesenta, setenta y ochenta.

Carlos Vicente Sánchez H.

Editorial Papeles Sueltos